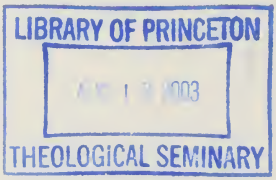


BX4705.J373 R67 1918
Rossells, Jaime.
Corona fznebre a la memoria
el
ilustrmsimo Seqor Obispo de
a Serena
Dr. D. Ramon Angel Jara /

Corona Fúnebre

A LA MEMORIA
DEL
ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO
DE
LA SERENA

Dr. Dn. Ramón Angel Jara

HOMENAGE DE AFECTO Y GRATITUD

JAIME ROSSELLÓ

1918

LIBRARY OF PRINCETON
NOV 13 2000
THEOLOGICAL SEMINARY

CORONA FÚNEBRE

LIBRERIA
Zamorano y Caperan
SANTIAGO
COMPAÑIA 1015
CASILLA 362

Edición de mil ejemplares.

Corona Fúnebre

A LA MEMORIA

DEL

Ilustrísimo Señor Obispo de La Serena

Dr. D. Ramón Angel Jara

" Homenaje de afecto y gratitud "

Jaime Rosselló.

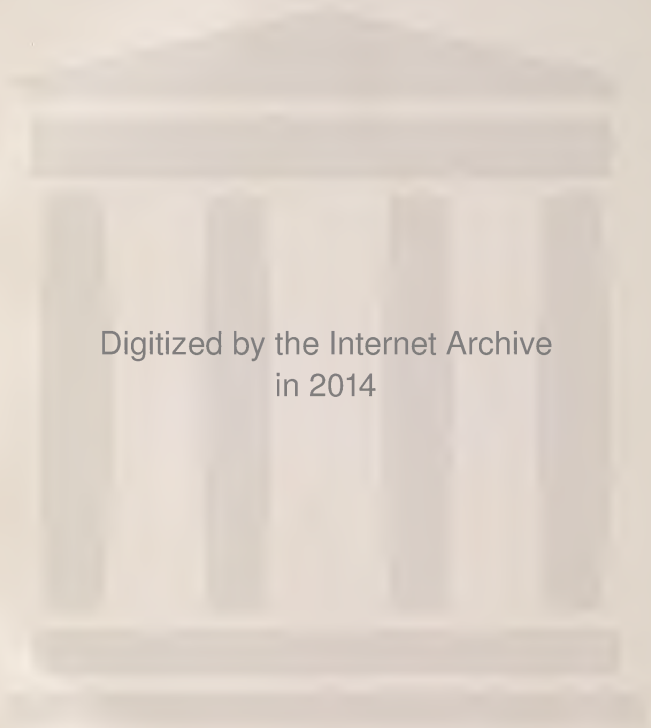
LIBRARY OF PRINCETON
NOV 2000
THEOLOGICAL SEM

BUENOS AIRES

Talleres Gráficos Casa Jacobo Peuser

1918

ZAMORANO Y CAPERAN
SANTIAGO
Compañía



Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/coronafunebrelam00ross

" A la memoria de mi amadísimo Obispo y Padre

Iltmo. Monseñor Jara

como modesta pero sincera expresión del afecto y gratitud
que siempre le consagraré en mi alma ".

Jaime Rosselló,
Ex-Secretario del Iltmo. Sr. Jara.

EXCMO. SEÑOR DR. D. RAMÓN ANGEL JARA

DIGMO. OBISPO DE LA SERENA (Chile)

Caballero de la Real Orden Gran Cruz de Isabel La Católica, Caballero de la Real Orden Gran Cruz de Carlos III, Comendador de la Orden del Santo Sepulcro, Condecorado con la Medalla de oro de los Sitios de Zaragoza, Miembro de la Academia de la Arcadia Romana, Miembro Correspondiente de la Real Academia Española, etc.

INTRODUCCIÓN

Pbro. Sr. D. JAIME ROSSELLÓ,

Ex-Secretario del Ilmo. Sr. Jara

INTRODUCCIÓN

La gratitud debería iluminar siempre, con luz de pleno día, el camino que recorre la humanidad.

Este sentimiento noble y bello — que es motivo de consagraciones eternas para con aquellos que con la espada supieron cortarse un ámplio manto de gloria, o para con esos otros que, teniendo por cerebro un sol, inundaron con luz de ciencia y arte los tiempos y las edades — debería informar siempre las ideas de los hombres y de los pueblos.

Considero que la más alta manifestación de los sentires del alma cristaliza, en forma esplendente, en el homenage de justicia que se rinde a los que fueron grandes y buenos.

Y por esto es que, guiado por esa idea que me fascina y este sentimiento que me obsesiona y obedeciendo a una fuerza irresistible de afecto intenso y reconocimiento el más profundo, he querido desentenderme de que, tal vez, sea un atrevimiento el intentar llevarme la gloria de ser yo quien consagre un homenage al esclarecido ciudadano que, hace ya más de un año, cayó al sepulcro fatigado al peso de una jornada larga y gloriosa.

Muchos, ciertamente, podrían haber emprendido la grata labor de consagrar un tributo de homenage al eminente Prelado que marcó con huellas luminosas su carrera triunfal, tanto en el nuevo como viejo mundo.

Pero, si es cierto que otros con mayor caudal de prestígio, por contar con una pluma de mérito, habrían podido ofrecer a la memoria del ilustre Príncipe de la Iglesia un brillante elógio de sus grandezas y virtudes, no lo es menos — y a esto lo confieso con toda sinceridad — que nadie podría como yo haber consagrado un recuerdo de gratitud y afecto al gran Obispo y que fuera tan hondamente sentido y en el que latiera con más fuerza un corazón.

No es de extrañar, por tanto, el que, intimamente convencido de la afirmación que acabo de anotar, no haya mirado el cúmulo de sacrificios y dificultades que suponíame el confiar a mis débiles fuerzas el ver realizadas mis ánsias de que se tributara un recuerdo a la memoria del Iltmo. señor Obispo, Dr. Dn. Ramón Angel Jara, publicándose una «Corona Fúnebre» que fuese una pequeña manifestación de sus preclaras virtudes y enormes merecimientos.

Y he aquí porqué, contando tan sólo con mi decidida voluntad de cancelar, a medida de mis pobres recursos, la inmensa deuda de gratitud contraída para con el gran Obispo, — que durante más de siete años fué también mi Padre amantísimo — he afrontado la empresa de juntar los más señalados elógios tributados al Iltmo. señor Jara, para que así, reunidos en una publicación, sean corona de justicia y de gloria que señale a las generaciones que se levantan, que fueron las sienes de un ilustre Príncipe de la Iglesia las que merecieron ceñir lauros de triunfo, porque fué grande y bueno.

·—※—·

No es mi intención, al escribir estas pocas líneas que sirven como de preámbulo a la «Corona Fúnebre», el hacer una biografía del ilustre muerto, como generalmente suele acontecer en trabajos de esta

misma índole. Pues, además de incurrir en una repetición, ya que en las Oraciones Fúnebres y artículos de prensa que se insertan en este libro encuéntranse, aunque en forma abreviada, los datos principales que constituyen la biografía del Iltmo. señor Jara, debo añadir también que prefiero dar más libertad a mi espíritu a fin de que, recordando en forma más íntima al hombre extraordinario, — que fué para mí camino de luz — pueda mi pluma anotar, aunque en forma muy descolorida, las impresiones que en mi alma se sucedan.

Hecha, pues, esta advertencia de que tan solo vertiré en estas pocas líneas aquellas ideas que a mi mente ocurran bajo el impulso de la gratitud y el afecto, — puesto que no intento ni biografiar la figura gigante del ilustre Obispo, ni mucho menos componer un escrito de alcance literario, — creo tener derecho a seguir con mis deseos de consagrar a la memoria del amadísimo Obispo un recuerdo íntimo, aunque no tenga otro valor que el del sentimiento y la sinceridad.

En todo corazón joven, que siente ánsias nobles y aspiraciones de futuro, tiene colocación muy importante el justo anhelo de poder triunfar bajo el luminoso amparo de una mentalidad robusta y de un espíritu fuerte capaces de señalar caminos a hombres y a pueblos, con la seguridad de conducirlos a un término de gloria. Anhelo que se comprende claramente, puesto que la historia nos señala esos prodigios operados en todos tiempos y edades, cuando naciones enteras sintiéronse sacudidas por la fuerza prepotente de esos génios que con los resplandores de su sabiduría o de sus virtudes cubrieron de gloria al mundo.

Y es por la realización feliz de tales ánsias, que mi alma será siempre un incensario vivo que ofrendará olores de gratitud y cariño intensos a la memoria de aquel corazón — gigante de la caridad — que, fiel sucesor de los Apóstoles, llenó ámpliamente el elógio que del Cristo hacen los Libros Santos: «Pertransit bene faciendo», pasó haciendo el bien.

Es indiscutible que toda empresa noble, santa y de altas repercusiones, que se emprendiera durante la vida del Iltmo. señor Jara, si no lo contaba como fautor, era al menos uno de sus más importantes cooperadores.

Mas, no es este el trabajo en donde quiero probar con documentos la verdad de lo que afirmo, porque sus cortas dimensiones no me

permiten sino un bosquejo íntimo de sentimientos que en mi alma despierta el recuerdo del santo y sabio Obispo.

Ya cuidará la historia de la noble Nación chilena de honrar con páginas luminosas — que serán una gloria y un ejemplo — la memoria de un ciudadano tan esclarecido y que, en forma tan brillante, supo pasear el estandarte de su Patria para cubrirlo siempre de triunfos.

·—⁘—·

En esta ocasión no haré sino confesar que, corriendo tras nuevos horizontes de más ámplias perspectivas, y contando solamente con las pocas fuerzas e inexperiencia de los dieciocho años, encontré aquella mano noble del incomparable Obispo que, con ademán de Padre, me la tendiera para conducirme en el camino de la vida, señalándome, experto y bondadoso, las dificultades con que debería tropezar y las penosas ascensiones que importa el arribar a un final de triunfo.

En aquel momento y al contacto de aquella mano de bendiciones, produjose en mi alma una floración de dicha y me sentí besado por la suerte que pródiga me acariciaba....

Después.... camino de luz.... contemplación de gloria.... visiones de grandeza.... ejemplos incomparables de virtud y de sacrificio.... calor de corazón grande, noble y bueno....

. . . . . .

·—⁘—·

Tal fué mi vida hasta el momento en que aquella noche de mirada torva hundió a mansalva y con mano sacrílega el arma negra de la desgracia y la soledad en mi corazón, joven aún y que tan plácida y serenamente viviera junto al gigante del bien y de la bondad.

La muerte, aprovechando la hora de las sombras, entró sorpresiva y, como ladrón nocturno, arrebató el tesoro que guardaran aquellas paredes del Palacio Episcopal....

Monseñor Jara ya no era el hombre que, con su palabra de prodígio, levantara tempestades de afecto; el Obispo preclaro que, en momentos de grandeza de sentimiento, junto con volcar ánforas de elocuéncia sobre las multitudes que asombradas lo escuchaban, era

apagada su voz de trueno por aquellas aclamaciones y aplausos todavía más atronadores....

El Obispo gigante era polvo.... ceniza.... nada....

La muerte había consumado su obra.

La palidéz cadavérica, que cubría aquel rostro de un sabio y un santo, mostraba que había sonado ya la hora de crueles separaciones, pero también de merecidas y eternas recompensas.

¡Monseñor Jara había muerto a la vida, para resucitar triunfante de gloria!....

Pero nó; he incurrido en un error.

La envoltura deleznable, que aprisionara el alma del Príncipe de la Iglesia, es cierto que habíase tornado polvo, ceniza y nada. Mas aquel soplo de vida de espíritu, que infundiera durante su vida de peregrino, ha quedado latente en hombres y en cosas.

Jamás podrán borrarse las huellas de luz que señalan el paso del egrégio personage, y, en todas partes donde Monseñor Jara estuviera, tengo seguridad plena que su recuerdo no morirá.

·—※—·

A nadie debe causar sorpresa si confieso que el golpe, asestado por la muerte en el corazón del gran Obispo, ocasionó dos víctimas. La una, es indudable que, como premio, ganó un cielo. La otra —que sin duda alguna soy yo— recibió, en cambio, una herencia de lágrimas, soledades y desgarramientos de alma....

¡Qué hondamente ligado sentíame a ese hombre, que admiré como a un prodígio y a quien amaba como a un Padre!....

Los años, vividos bajo el techo de un mismo hogar, habían ocasionado comunión tan íntima entre el alma de mi querido Obispo y la mía propia, que sentíame un pedazo de su vida. Y por esto es que su muerte tuvo también en mi alma repercusiones de cataclismo....

·—※—·

Quisiera en este instante dar libertad a mi sentimiento para que la pluma anotase los estados de alma que he vivido, desde que se hundió en el más allá el sol que me iluminaba; pero paréceme comprender que, tal vez, son pocos los que sabrían encontrar en mis

lágrimas y desmayos la fuerza de dolor que me domina; y, por tanto, prefiero encerrarme a solas con mi desgracia para que así no haya persona alguna que se atreva a profanar ese santuario de mi dolor....

Desflorar rosas y derramar lágrimas sobre la tumba de mi amadísimo Obispo, junto con elevar plegarias al cielo, serán los consuelos de mi vida toda.

No ansío el vivir, sino para ofrendar gratitud y recuerdo cariñoso al incomparable Obispo que para mí lo fué todo...

Haciéndome violencia para no continuar dando expansión a mi alma herida, añadiré tan sólo unas cuantas líneas, ya que no es posible restar espacio que necesítase para ofrecer cabida a otros escritos, que forman la parte principal de esta «Corona Fúnebre».

Mas, antes de terminar, deseo advertir que, si me he permitido el hacer esta publicación, me ha guiado, además de las razones ya anotadas, la no menos importante de que pasaban los meses y nadie tomaba la iniciatíva de consagrar un merecido recuerdo a la memoria del Ilmo. señor Jara.

Si hubiérase tratado de una obra que requería talento, no habría sido yo quien hubiese caído en el extravío de emprenderla; pero, como en este caso, lo que necesitábanse eran sentimientos de afecto, veneración y gratitud hacia Monseñor Jara, he aquí el motivo porque he vencido cuantas dificultades surgieran a mi paso, y tengo la dicha y el consuelo de haber triunfado.

Mi amor al Obispo de mi corazón lo ha podido todo. Él, con su pupila iluminada por la luz eterna, descubrirá el fondo de mi alma y, al contemplar la sinceridad de mi homenage y el esfuerzo que me importa el realizarlo, estoy cierto ha de prodigarme sus bendiciones.

Habría deseado, ciertamente, que al lado de los bellos y valiosos artículos con que altas personalidades del clero y de la sociedad, tanto argentinas como chilenas, han querido avalorar esta «Corona Fúnebre», hubiese figurado también el recuerdo póstumo de algunos que, por razones múltiples, deberían haber consagrado un sentido homenage al ilustre Obispo y eminente ciudadano; pero mis deseos no han tenido realización y ha sido necesario que me convenciera, una vez más, de la pequeñéz de muchos corazones....

Que lleguen, en cambio, hasta todos aquellos que, sintiendo noblemente, han querido coadyuvar, con el prestigio de su pluma, a rendir culto de homenage a esa gran figura americana, mis expresiones del más profundo reconocimiento.

Y, para terminar, formularé un voto que ansío con toda mi alma tenga luego una hermosa realización:

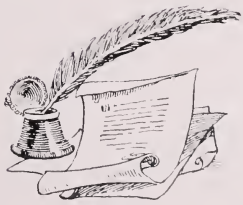
Que pronto, muy pronto, se haga justicia a las exímias virtudes y méritos relevantes del gran Prelado — que quiso Dios dar en suerte a la gloriosa Nación chilena — y que este mi homenage sea sólo el génesis de aquella merecida glorificación en que el mármol y el bronce canten con su elocuéncia muda las grandezas de ese génio que, mago de la palabra, supo calmar tempestades de ódio, para que brillara el iris de paz; motivar aclamaciones delirantes al nombre de su Patria, tanto en la vieja Europa como en el nuevo mundo, y que, llevando abrazadas la enseña santa de la cruz y la bandera de su Patria, coronó siempre con laureles de victoria a esas dos augustas madres, a quienes él amaba con todas las fuerzas de su nobilísimo corazón.

¡Que descanse en paz el santo Obispo y eminente ciudadano!

Buenos Aires, Junio de 1918.

JAIME ROSSELLÓ J.

Ex-Secretario del Ilmo. señor Jara.



MUERTE Y FUNERALES

DUELO NACIONAL

(De «El Chileno» de La Serena, Marzo 9)

Hoy a las 3.15 a. m. fallece el Iltmo. señor Obispo Dr. D. Ramón Angel Jara

Tenemos el gran sentimiento de comunicar a nuestros lectores que en la madrugada de hoy, a las 3.15 a. m., ha fallecido en esta ciudad el Iltmo. señor Obispo Diocesano, Dr. D. Ramón Angel Jara.

Ayer, Su Señoría Ilustrísima se encontraba muy restablecido de la grave enfermedad que, desde hace tiempo, venía padeciendo; todo el día se ocupó en los asuntos de su Diócesis, y aun presidió una sesión que tuvo el Venerable Cabildo Eclesiástico.

En la noche, a la hora de costumbre, se retiró a sus habitaciones privadas en busca de reposo.

A las 2 de la mañana, más o menos, llamó a su Secretario el Presbítero señor Rosselló, quien levantándose apresuradamente lo encontró con una gran fatiga. Inmediatamente el señor Rosselló, comprendiendo la gravedad del caso, llamó a los doctores señores Illanes y Herrera, quienes fueron enseguida a Palacio; pero ya no había tiempo; Su Señoría acababa de entregar su alma a Dios, después de haber recibido los últimos Sacramentos de manos del R. P. Cidad.

Pocos momentos después llegaba a Palacio el Ilustrísimo señor Obispo Solar Vicuña, los Prebendados señores Manuel A. Guerrero y Daniel Frictes, el Canónigo Honorario señor Tristán Fernández y

algunas otras respetables personas a quienes se comunicó tan lamentable desgracia.

Nuestros lectores podrán disculparnos si no damos mayores datos, por cuanto, cuando recibimos la noticia de tan sensible fallecimiento, nuestro diario estaba en prensa y tuvimos que suspender su impresión para poder comunicar la fatal noticia.

Con el fallecimiento del Ilustrísimo señor Jara, la Iglesia de La Serena, o mejor dicho, todo Chile pierde a uno de sus más sabios, elocuentes y virtuosos Prelados.

¡Qué Dios Nuestro Señor haya dado el prémio a tan santo Príncipe de la Iglesia, por sus grandes virtudes!

Profunda consternación causada por el fallecimiento del Iltmo. señor Jara.

(De «El Chileno» de La Serena, Marzo 10)

La sensible noticia que, a última hora y con profundo pesar, dimos ayer a nuestros lectores, dando cuenta de la pérdida que para la Iglesia chilena y americana significaba el fallecimiento del ilustre Prelado Diocesano, Dr. D. Ramón Angel Jara, de gran memoria, ha causado dentro y fuera del país dolorosísima y penosa impresión; pues desaparece una de las más esclarecidas figuras de Chile y uno de los más virtuosos Príncipes de la Iglesia.

Pocos momentos después de la muerte del ilustre Prelado, los señores sacerdotes, acompañados de sus familiares y dirigidos por el Maestro de Ceremonias presbítero señor Pedro N. González, procedieron a dar cumplimiento a lo que dispone en estos casos el Ritual.

Se empezó a vestir el cadáver con los ornamentos sagrados de Pontifical, colocándolo enseguida en una Capilla Ardiente provisionalmente levantada en uno de los salones del Palacio.

Se desmanteló también todo el Palacio Episcopal, como una manifestación de duelo.

Durante el día se preparó en la Capilla Episcopal del Santuario de Andacollo un catafalco conforme a las prescripciones del ceremonial.

En la tarde, por disposición del Ilustrísimo señor Obispo Solar, fué embalsamado el cadáver por los doctores señores Illanes y Herrera.

En la noche, a las 9 p. m., se reunió el clero y el cadáver fué trasladado procesionalmente hasta la Capilla Ardiente, colocándolo en el túmulo que ostentaba las insignias de la jurisdicción y dignidad episcopales.

Poco después de las 9.30 de la noche se dió entrada libre al numeroso público, el que, por espacio de más de dos horas, había estado aguardando en el átrio de la Iglesia Catedral, aceras y avenidas de la Plaza de Armas.

Durante todo el día de ayer las campanas de todas las iglesias de la ciudad anunciaron la sensible noticia del fallecimiento del ilustre Prelado, con sus tristes y acompasados toques.

El Venerable Cabildo, en conformidad a lo dispuesto en estos casos, se reunió ayer y acordó, por el momento, nombrar al Ilustrísimo Obispo de Selga, Dr. D. Eduardo Solar Vicuña, como Delegado para disponer de todo lo concerniente a los funerales.

Funerales del Iltmo. señor Jara.

(De «El Chileno», Marzo 12)

Traslación del cadáver a la Catedral

Todo el día de ayer, desde las primeras horas de la mañana, centenares de personas visitaron la Capilla Ardiente en donde se velaban los restos del Iltmo. señor Obispo Jara.

Por la tarde, a las 5.30, las corporaciones eclesiásticas de las diferentes Comunidades fueron turnándose para recitar las diversas Horas del Oficio de Difuntos.

Terminado este acto, se colocó el cadáver en la urna fúnebre y se inició la procesión en dirección a la Iglesia Catedral, acto que revistió gran solemnidad, pues tomaron parte en él los Iltmos. señores Obispos Edwards y Solar, este último revestido de pluvial, Venerable Cabildo, todo el clero secular y regular, y distinguidos caballeros.

El féretro era conducido por los parientes del extinto y Presidentes de las Sociedades católicas de esta ciudad.

En la puerta de la Iglesia Catedral, la procesión fué recibida por el Venerable Deán.

Una vez que se colocó la urna en el catafalco, erigido de antemano, el Iltmo. señor Solar recitó el Responso final.

A esta ceremonia asistieron en corporación todas las Sociedades católicas, distinguidos caballeros y una numerosa concurrencia de fieles que ocuparon por completo las ámplias naves de la Catedral.

Funerales

Como ya se ha anunciado, hoy a las 9 a. m. se llevarán a efecto los funerales.

El Iltmo. señor Obispo Solar celebrará de Pontifical; le servirán de Ministros asistentes los Canónigos Honorarios señores José Gabriel

Cortés, Cura del Sagrario y Revdo. Padre Santiago Jansen, Rector del Seminario.

La Oración fúnebre está encomendada, como ya hemos dicho, al Presbítero don Manuel Ignacio Munizaga.

Al terminar la Misa, se cantarán los cinco Responsos que ordenan los ritos en el siguiente orden:

Prebendados, señores Diógenes Varas, Manuel A. Guerrero, Manuel A. Olivares, Iltmos. señores Obispos Edwards y Solar.

Al terminar las honras fúnebres, se organizará la procesión a la tumba en donde, después de bendecida, será provisoriamente colocada la urna mortuoria; pues, según disposición especial del Iltmo. señor Jara hecha en vida a sus albaceas, sus restos deberán depositarse bajo el altar dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

Asistencia oficial

El Iltmo. señor Obispo de Selga y el Venerable Cabildo han invitado a las exéquias fúnebres de hoy especialmente a las autoridades administrativas, judiciales y militares y Directores de los Establecimientos de instrucción secundaria, Presidentes de las diversas instituciones y distinguidos caballeros de nuestra sociedad.

Para designarles el asiento respectivo a cada uno de los invitados, se nombró ayer una Comisión compuesta del Canónigo Magistral señor Daniel Frictes y Tesorero de la Curia Pbro. señor Manuel Peña V.

Representaciones oficiales

En representación del Excmo. Nuncio Apostólico, Monseñor Sebastián Nicotra, asistirá a las exéquias el Iltmo. Obispo de Dodona, Monseñor Edwards; en representación del esclarecido ciudadano y Presidente del Partido Conservador don Abdón Cifuentes, asistirá el Deán don Manuel A. Olivares; en representación del señor Intendente de Concepción, el Ministro de la Iltma. Corte de Apelaciones don Darío Navarro Ocampo; del Cónsul de España en Coquimbo don Bartolomé Balanda, que actualmente se encuentra en Santiago, el señor Pbro. Angel Fernández y representando a los sacerdotes de esta Diócesis señores Francisco de B. Guerrero, Luis a Díaz, Roberto Carcasson, Roberto Sierra, Eutiquiano de la Granja, el señor Manuel Peña V.

La condolencia del Excmo. señor Nuncio Apostólico

En cumplimiento de la misión que le confiara el Excmo. señor Nuncio, Monseñor Nicotra, el Ilustrísimo señor doctor don Rafael Edwards manifestó ayer al Iltmo. Vicario Capitular y V. Cabildo la sentida condolencia del Representante de la Santa Sede y el pesar con que se veía impedido de trasladarse a La Serena para concurrir personalmente a los funerales del Iltmo. Monseñor Jara, a quien, si no tuvo el gusto de conocer personalmente, apreciaba sobremanera por la fama de sus altas cualidades y virtudes y de quien el Santo Padre Benedicto XV, al despedirlo en Roma, le había hecho los elogios más entusiastas y cariñosos presentándolo como un Prelado eminente por sus virtudes, su adhesión a la Santa Sede, por el brillo de su talento y elocuencia y por las numerosas y fecundas obras realizadas por tan ilustre y benemérito Príncipe de la Iglesia.

Monseñor Edwards presentó enseguida sus personales condolencias.

Tanto el Iltmo. señor Solar Vicuña como los señores Canónigos, pidieron al Iltmo. Monseñor Edwards que manifestase al Excmo. Señor Nuncio Apostólico sus sinceros agradecimientos por la honra y deferencia con que los favorecía al hacerse representar por el señor Obispo en tan dolorosa circunstancia y en las tristes ceremonias con que la Iglesia de La Serena rinde su último homenage a su eminente y llorado Pastor. Expresaron también al esclarecido Obispo Monseñor Edwards, sus reconocimientos por haberse dignado él venir desde Santiago a asociarse al duelo que aflige a la Iglesa serenense.

Honores militares

Según anunciamos en nuestra edición de ayer, obedeciendo a instrucciones recibidas del Ministerio del ramo, la superioridad militar de la Provincia ha dispuesto que se rindan honores correspondientes al grado de General de División al Iltmo. extinto.

Manifestación de condolencia

Como una manifestación de condolencia, la Inspección General de Instrucción Primaria ha dispuesto gocen hoy de feriado, a fin de asistir a los funerales, los alumnos de las escuelas públicas del Departamento.

El comercio, por otra parte, cerrará sus puertas hasta el medio día, como una manifestación de condolencia por el fallecimiento de Monseñor Jara.

Los Funerales del Iltmo. señor Jara.

(De «El Chileno» de La Serena, Marzo 13)

Imponentes y solemnísimos fueron los servicios fúnebres, que se efectuaron en la mañana de ayer en la Iglesia Catedral por el alma de Monseñor doctor don Ramón Angel Jara, como coronación a las grandes manifestaciones de duelo que La Serena entera ha tributado a su esclarecido e ilustre Pastor.

El templo estaba completamente enlutado y, en el centro de la nave principal, se había levantado un imponente catafalco.

De un artístico dosel, formado con las banderas nacionales, se desprendían cuatro grandes fajas de terciopelo negro, adornadas con flecaduras de oro, y sus extremos eran sostenidos por cuatro hermosos ángeles con cirios encendidos.

En el centro del túmulo, rodeado de centenares de luces, palmeras y coronas, se encontraba la urna mortuoria que contenía los restos del extinto.

A la cabecera se habían colocado entrelazadas las banderas chilena y española y en el medio un ángel con una hermosa corona de blancas flores, y, delante de la urna, un cogín en que se ostentaban las medallas y cintas con que el ilustre Obispo había sido condecorado.

Desde mucho antes de la hora anunciada para la celebración de los Oficios, la Iglesia se encontraba totalmente ocupada en sus naves laterales por las más distinguidas damas de la sociedad serenense, corporaciones religiosas, instituciones católicas de señoras, escuelas públicas, etc.

En la nave central, tomaron colocación las siguientes personas:

Presb. don Agustín Jara Ruz, hermano del Iltmo. señor Jara, y sobrinos señores Carlos y Enrique Jara, doctor Silvano Sepúlveda y Ramón Herrera; Presbítero don Jaime Rosselló, Secretario del Iltmo. señor Jara; Intendente interino de la Provincia, señor Manuel Aracena

N.: Presidente de la Ilustrísima Corte de Apelaciones, don Eduardo Gómez H.; señores Ministros don Maximiliano Abalos, don Darío Navarro O., don Miguel Carreño G., Primer Alcalde, don Remigio Araya Toro, Regidores don Alberto López O., don Alberto Galán, don Pedro J. O'Brien, Comandante del «Arica», don José Domingo Márquez, Capitán don Rafael Zepeda, Capitán de Corbeta don Agustín Prat, don Cárlos Moraga Prefecto de Policía, Superintendente del Cuerpo de Bomberos don Claudio Yeomans y miembros del Directorio, don Cárlos Bolados R., Fiscal, don Pedro Pascual Molina, en representación de los católicos de Vicuña; don Reinaldo Torres, don Abdón Jiménez y don Jorge Adaros, en representación de los católicos de Ovalle; don José Manuel Monreal; don Rafael Delpiano, Director de El Chileno.

Juez Letrado de La Serena, don Eulogio Robles; Juez Letrado de Coquimbo, don Juan R. Pomar; Fiscal de la I. Corte, don Ricardo Monreal M.; Secretario de la Corte, don Enrique Vergara; Relator de la Corte, don Alejandro González G.; Rector del Liceo, don Eliseo Peña Villalon y profesores; Director de la Escuela de Minería, don Demetrio Rojas E. y profesores, don José A. Valdes, don Exequiel Bolados, Visitador de Escuelas, don Juan V. Nieto y Directores de Escuelas, don Roberto Chadwick, don Fortunato Peralta, don Diego Peralta, don Federico Marín, don Francisco Alvarez Z.; Administrador interino de los Ferrocarriles, don Pastor Román; don Enrique Abbott, don Roberto Solar V., don Antonio Zorrilla C., don Antonio Zorrilla Solar, don Angel Fernández, en representación del Vice Cónsul de España; don Fernando Kenmis, Vice Cónsul de Alemania; don Aurelio del Río, en representación de la Universidad Católica; Prebdo. don Manuel Olivares, en representación de don Abdón Cifuentes; don Manuel Peña, en representación de los Presbíteros señores Francisco de B. Guerrero, Roberto Sierra, Roberto Carcasson, Luis Santiago Díaz y Eutiquiano de la Granja, don Pedro Lucio Pinto, don Arturo Amenábar, don Jorge Anastassiau, don Guillermo Escanilla, don Atilano Moreno, don Juan Rivas, don Justiniano Moas, don Guillermo Pinto, don Pedro Ossa V., don José del C. Barraza, don Abdón Barraza, don Alejandro Varela M., don Claudio Núñez, don Juan Luis Monreal, don Francisco Munizaga, Administrador de la Caja de Ahorros, don Guillermo Fietcher; don Humberto Ruiz Tagle, don Rómulo Vega, don Juan de D. Peralta, don Hugo Peralta, don Armando Salamanca, don Alberto Fernández Ch., don Enrique Figueroa, don Augusto Opazo, don Ernesto Peñafiel, don Luis 2º Illanes, don José A.

Larraguibel, don Roman Mery, don Carlos Naranjo H., don Pío Aguirre, don Arturo 2° Castro, don Matías Salinas, don Clemente Toro, don Mateo Alvarez V., don Jorge Varela C. M., don Pablo Valín, don Román Carmona, don Pacomio Bunster, don Manuel Domingo Illanes, don Agustín Larraguibel S., don Tomás Aracena, don Rafael Tirado, don Cipriano Cortés, don Ruperto Zepeda, don Juan de D. Marín, don Jorge Marín, don Victorino Rivera, don Mateo Rojas, don Luis Aguirre Mercado, don Francisco Alvarez V., y muchos otros cuyos nombres no fué posible anotar.

Asistían también 20 miembros oficiales y voluntarios de las cuatro Compañías de bomberos con sus estandartes enlutados, la Sociedad de Veteranos del 79, también con su estandarte enlutado; miembros de las instituciones: Círculo Católico y Centro Conservador y numerosos otros caballeros que nos fué imposible anotar.

Atendían a las autoridades e invitados el Canónigo Magistral señor don Daniel Frictes y el Tesorero de la Curia Pbro. señor Manuel Peña V.

A las nueve y media se dió principio a las honras, presididas por el Iltmo. señor Obispo de Selga, doctor don Eduardo Solar Vicuña, que era atendido por los Canónigos Honorarios señores Santiago Jansen, Rector del Seminario y José Gabriel Cortés, Cura del Sagrario, y con asistencia del Iltmo. Obispo de Dodona, doctor don Rafael Edwards, en representación del Excmo. Nuncio Apostólico, Monseñor Nicotra, que fué atendido por los señores Canónigo Honorario don Tristán Fernández y Presbítero don José del T. González, Visitador Parroquial.

Asistían en el Presbitério los siguientes sacerdotes: Señor Deán, don Manuel A. Olivares, Canónigo Doctoral don Manuel A. Guerrero, Canónigo de Merced don Diógenes Varas, Canónigo Magistral don Daniel Frictes, Secretario del Cabildo Presbítero don Pedro Thelis, Curas Párrocos: del Sagrario don José Gabriel Cortés, de Ovalle don Antonio Villalon, Teniente Cura don Enrique Rojas, de Coquimbo don José de los S. Manobrera, Teniente Cura don Pedro A. Muranda, de Vicuña don José F. Jofré, Teniente Cura don Gabriel Arrieta, de Andacollo Rdo. Padre Blas Hernández, de Pahiuano don Miguel Alcayaga, de Algarrobito don Osvaldo Jara, de Huasco Alto don Cosme

Juliá, de Hurtado don Juan Gelabert, de Rapel don Antonio Barceló, de Carén don Arturo García L., Teniente Cura de Vallenar don Carlos Seura, de Tongoi don Eulogio Araya T., de la Compañía Rdo. Padre Euquerio Collin, de San Isidro Rdo. Padre Reginaldo, Superior de los Franciscanos Padre Aidano De Vresse, Padre Bienvenido Staal, Superior de los Dominicos Rdo. Padre Albornoz, Superior de los Agustinos Rdo. Padre G. Celis, Superior de los Misioneros Corazón de María Rdo. Padre Mariano Cidad, Superior del Divino Verbo Rdo. Padre Santiago Jansen, Director de los Salesianos, Rdo. Padre Martín Bertrand, Presbíteros señores Manuel Peña V., Roberto Ortiz L., José A. Torres, Pedro N. González, Marcos A. Calleja, Manuel Ignacio Munizaga y demás clérigos del Seminario.

Después de la Misa, el elocuente orador sagrado, Presbítero don Manuel Ignacio Munizaga, pronunció una hermosa Oración fúnebre que publicaremos oportunamente.

Los ilustres Prelados asistentes, acompañados del clero, bajaron enseguida hasta el túmulo en donde cantaron los Responsos que ordena la litúrgia en el siguiente orden: Canónigo Varas, Guerrero, Olivares, Iltmo. señor Edwards e Iltmo. señor Solar Vicuña.

Terminados los Oficios, los restos de Monseñor Jara fueron llevados en procesión hasta la puerta de la Iglesia en donde el Regimiento de Artillería «Arica» le hizo los honores de General de División, según disposición del Gobierno; de allí siguió la procesión hasta el costado derecho del altar mayor, donde habíase abierto la tumba.

Una vez que se hubo bendecido este lugar por el Ilustrísimo señor Obispo Solar, se procedió a la sepultación de los restos en presencia de las autoridades eclesiásticas, civiles, judiciales y militares y distinguida concurrencia. Todos, piadosos y recogidos, acompañaban al clero en esta triste ceremonia, con que se dió término a los solemnes funerales del Iltmo. señor Jara.

El fallecimiento del Ilustrísimo señor Obispo Monseñor Ramón Angel Jara.

(De «La Unión» de Santiago)

El duelo público por el lamentable fallecimiento del Ilustrísimo Obispo de La Serena, Monseñor Ramón Angel Jara, ha sido ayer mucho más ostensible, con ocasión del traslado del cadáver desde la Capilla Ardiente, erigida en el Palacio Episcopal, a la Catedral.

Las comunicaciones, que nos ha enviado nuestro corresponsal en La Serena, nos manifiestan que en la ciudad se ha notado un aspecto de tristeza, revelador de los sentimientos que embargan al pueblo, con motivo de la sensible muerte del ilustre Prelado.

Casi todos los edificios amanecieron ayer con la bandera a media asta y algunos de ellos con colgaduras negras en los balcones.

Las lámparas del alumbrado público se encuentran con sus luces encendidas y cubiertas de tul negro.

Las campanas de los templos dejan oir, de tiempo en tiempo, su impresionante tañido funerario.

La Capilla Ardiente continuó viéndose concurridísima de un inmenso gentío que desfilaba ante el féretro. Numerosas señoras y caballeros se veían de rodillas elevando al cielo sus oraciones por el descanso eterno del alma del que fué su Pastor.

Hasta momentos antes de procederse a la traslación del cadáver a la Catedral, el gentío no cesó de desfilar por la Capilla.

Ayer en la tarde se efectuó con solemnidad la ceremonia de la traslación de los restos, acto al que concurrió lo más distinguido que hay en La Serena, las autoridades, las comisiones departamentales, venidas de toda la Provincia, y el pueblo en crecido número.

Presidió la ceremonia el Ilustrísimo Obispo Capitular, Monseñor Solar Vicuña, asistiendo el Cabildo de la Diócesis y todos los sacerdotes venidos de los pueblos de la Provincia.

Fué un acto imponente y tristísimo. Durante él, se vió a muchas personas que, dominadas de la emoción que les causaba la ceremonia, no podían ocultar sus lágrimas. Era una demostración del afecto sincero que guardaban sus corazones hacia el insigne y bondadoso bienhechor, de perpetua memoria.

En estos momentos, todas las campanas de los templos doblaban.

Llevada la urna, en que se han depositado los despojos mortales del señor Jara, por personalidades de la ciudad, deudos del extinto y dignidades de la Iglesia, fué colocada sobre un sencillo catafalco que se ha levantado en el centro del templo.

Seguidamente se rezó un Responso, que fué oído con el mayor recogimiento por el enorme gentío que llenaba completamente la Catedral, y con ello se dió por terminada la ceremonia.

Las puertas de la Catedral continuaron abiertas algún tiempo más a fin de que el pueblo pudiera desfilar ante el féretro, frente al cual se han colocado las diversas condecoraciones y distinciones otorgadas en vida a Monseñor Jara.

Conforme está acordado, en la mañana de hoy, a las 9, se efectuarán con toda pompa las honras fúnebres, después de las cuales, la urna mortuoria será depositada al pie del altar mayor.

La Misa, como hemos dicho, será pontificada por el Vicario Capitular, Ilustrísimo señor Solar Vicuña.

El gran duelo público. — Mayores detalles a última hora

Nuestro corresponsal en La Serena, en un largo telegrama que llega a nuestro poder a la 1.30 de la madrugada de hoy, nos amplía las primeras noticias que nos trasmitiera, y las que ya hemos trascripto.

Nuestro corresponsal nos dice:

« El fallecimiento del Ilustrísimo Obispo, Monseñor Jara, sigue siendo lamentadísimo y dando motivo a impresionantes demostraciones públicas de pesar.

El clero, las autoridades civiles y militares y el pueblo, en procesión interminable de hombres, mujeres, derramando lágrimas y en medio de sollozos, han visitado el túmulo durante todo el día, rezando reverentes.

Los sacerdotes regulares, seculares, se turnan para orar al pie del túmulo.

La pérdida del eminente Prelado es la única preocupación de toda La Serena.

Se producen las escenas más conmovedoras entre los huérfanos, jóvenes, ancianos y las innumerables familias vergonzantes que con su inagotable caridad protegía el Ilustrísimo Obispo.

De todas partes del país y del Perú, de Bolivia, de Argentina, del Uruguay y de naciones europeas, se reciben por centenares las comunicaciones de condolencia, teniendo un trabajo abrumador las personas encargadas de contestar esos telegramas de pésame.

En casi todos ellos, se deplora la dolorosa pérdida que para la Iglesia, para Chile y para América, significa el fallecimiento de Monseñor Jara.

En los vapores «Maipo» y «California», llegados hoy, han venido el Presbítero don Agustín Jara, hermano del señor Obispo, y otros parientes del extinto y el Ilustrísimo Obispo, Monseñor Rafael Edwards.

Monseñor Edwards, apenas hubo llegado al Palacio, se trasladó a la Capilla Ardiente y estuvo largo rato orando al pie del féretro.

Poco después, Monseñor Edwards cumplió ante el Vicario Capitular, Iltmo. señor Solar Vicuña, y el Cabildo, la comisión que le había confiado el Excmo. Nuncio Apostólico de la Santa Sede, Monseñor Nicotra, de presentar su condolencia personal.

Expresó el señor Edwards que el señor Nuncio habría deseado ir a asociarse al dolor de la Iglesia serenense y rendir su homenage al ilustre extinto, a aquél a quien tanto se apreciaba en Roma, como en todas partes.

·—※—·

La Capilla Ardiente ha estado espléndidamente arreglada en el Santuario de Andacollo, al lado de la Catedral.

Durante el día, un gentío enorme la ha visitado, rezando en ella.

El Cabildo y las Comunidades religiosas han cantado los Oficios de los Difuntos, solemnemente.

Terminado este acto, el cuerpo de Monseñor Jara fué colocado en el ataúd que ha de guardarlo para siempre; ceremonia solemne que fué hecha por los señores Prebendados, sacerdotes y miembros de la familia del extinto.

Cuando el cuerpo fué sacado procesionalmente, se desarrollaron las escenas más conmovedoras. Llantos incontenibles del clero y del público que asistían a la ceremonia se dejaban oir, haciendo el momento casi irresistible.

Presidía la procesión, el Iltmo. señor Solar Vicuña, quien era acompañado por el Iltmo. Obispo señor Edwards y por los Canónigos.

Adelante marchaban incontable número de caballeros, el Seminario, las Comunidades y el clero.

En la puerta de la Catedral recibió los restos el Deán, Prebendado señor Olivares, siendo enseguida colocados en un imponente y artístico túmulo.

Las luces, las estatuas, los ángeles, las flores, las banderas que hay colocadas en el templo, se hallan con luto.

El Ilustrísimo señor Solar cantó el Responso, respondiéndole el clero y el Coro de cantores de la Catedral.

En la tarde y en la noche continúan velando los restos algunos caballeros y sacerdotes que se turnan.

El lunes, a las 9 de la mañana, se efectuarán los funerales, con asistencia de las autoridades, de la sociedad entera, del clero, etc.

Pontificará el Ilustrísimo señor Solar y concurrirá, en representación del Nuncio Apostólico, el Obispo señor Edwards.

El presbítero señor Manuel Ignacio Munizaga pronunciará la Oración fúnebre.

La sepultación se hará en la Catedral.

Tropa del Ejército rendirá en estos momentos los honores de General de División, decretados por el Gobierno, haciéndose delante del templo las salvas de ordenanza.

Los funerales del Iltmo. señor Obispo de La Serena, Monseñor Ramón Angel Jara.

(De «La Unión» de Santiago)

El pueblo de La Serena, que en estos días ha sufrido la más profunda consternación con el fallecimiento del Ilustrísimo Obispo, Monseñor Ramón Angel Jara, exteriorizó ayer en forma jamás vista y de que haya recuerdo, su manifestación de pesar por la pérdida del que fué su querido Prelado.

El acto solemne de los funerales, realizado con toda magnificencia, fué la última y más elocuente demostración del sentimiento público de ese pueblo, ante la inesperada desgracia que le visitara.

Desde temprano un inusitado movimiento de personas se notó en toda la ciudad y de todas partes iban llegando a la Catedral, señoras, caballeros y un gentío enorme que deseaba asistir a los solemnes funerales, para participar de este modo en el último tributo de cariño que se haría a los restos inanimados del que fué el dignísimo Prelado.

El templo se vió, desde muy tempano, invadido de esa multitud, que se esforzaba para buscar un mejor sitio, desde donde poder presenciar la triste ceremonia fúnebre.

La policía se vió obligada a tender cordones dentro del templo, a fin de que no fuera invadido el local destinado al elemento oficial; pero cuantas medidas se adoptaron no fueron suficientes, pues en muchas partes la afluencia de gente pasó más allá de los límites determinados por la policía.

Fuera de la Catedral se situó una concurrencia inmensa, por no haberle sido posible, materialmente, entrar al templo.

La Catedral presentaba un aspecto de tristeza que impresionaba, con sus artísticos arreglos fúnebres.

En el centro se había levantado el catafalco en que estaban colocados los restos de Monseñor Jara, bajo un dosel negro formado

por colgaduras. En ese sitio se veían ángeles, flores, banderas y luces, que rodeaban el catafalco, dándole un aspecto de regia severidad.

La nave central del templo, que estaba reservada, se fué llenando poco a poco, encontrándose en ella las autoridades, los miembros de la familia del señor Jara, las representaciones del Ejército, los marinos venidos de los buques surtos en Coquimbo, y cuanto hay de más distinguido en La Serena y Coquimbo.

Presidieron el duelo don Agustín Jara, don Enrique y don Carlos Jara Torres y don Ramón Herrera. A su lado estaba el Intendente de la Provincia don Manuel Aracena, en representación de S. E. el Presidente de la República y del Gobierno; el Presidente y Ministros de la Ilma. Corte; el Primer Alcalde de la I. Municipalidad, que asistió en corporación; los Gobernadores de los Departamentos serenenses; el Gobernador Marítimo de Coquimbo, que tenía la representación de las autoridades de Valparaíso, el Superintendente y directores del Cuerpo de Bomberos de Coquimbo y Serena; los Presidentes de la Sociedades de Veteranos del 79 y de las de Socorros Mutuos de obreros, de todo género; casi todos los funcionarios públicos de la ciudad y un enorme número de caballeros que llenaban por completo la nave central.

El resto del templo estaba ocupado por incalculable número de señoras, por los círculos obreros y por el pueblo que, devotamente y dominado de la mayor tristeza, asistía a la ceremonia.

En el presbitério estaban los Obispos, Ilustrísimos señores Solar Vicuña y Edwards, el Venerable Cabildo de la Diócesis, numerosísimos sacerdotes y las Comunidades religiosas.

Antes de la Misa se entonaron por el clero, acompañado de un magnífico Coro de cantores, los Maitines de Difuntos, que eran escuchados con devoción y hondo recogimiento por el público.

La Misa fué pontificada por el Vicario Capitular, Ilustrísimo señor Solar Vicuña, siendo asistido por el Visitador Diocesano y por el Secretario del Obispado.

El Ilustrísimo Obispo Monseñor Rafael Edwards asistió desde un estrado especial, erigido en el presbitério.

Durante la Misa una magnífica Capilla de cantores, acompañada de numerosa orquesta, ejecutó el «Dies Irae» de Perosi, de un modo que produjo honda emoción entre los oyentes.

Terminada la Misa, subió al púlpito el presbítero señor Manuel Ignacio Munizaga, quien pronunció una elocuente y sentida Oración fúnebre, que fué una pieza magistral.

Las palabras del distinguido orador sagrado impresionaron de tal modo a los oyentes, que en esos momentos se dejaban oir sollozos que salían de todos los ámbitos del templo. Los Prelados, el clero y el pueblo dejaban correr sus lágrimas ante el recuerdo sentido que del ilustre y querido Pastor, les hacía la palabra elocuente del señor Munizaga.

Una vez terminada la Oración fúnebre, los Obispos señores Solar y Edwards y tres miembros del Venerable Cabildo, cantaron los Responsos en estilo gregoriano, al pie del féretro, y un momento después se organizó la procesión.

El ataúd que guarda los restos mortales del querido Prelado, fué conducido procesionalmente hasta la plaza, llevándosele por la nave central del templo.

Inmediatamente las tropas del Ejército, que estaban apostadas frente a la Catedral, hicieron los honores de ordenanza, presentando sus armas, ejecutando la banda de música una sentida marcha fúnebre y disparando los cañones la salva mayor reglamentaria.

Al primer disparo del cañón, todas las campanas de los templos de la ciudad dejaron oir sus tristes tañidos funerarios.

El gentío inmenso, que con profundo recogimiento asistía al acto, se sintió electrizado en esos instantes y, embargados sus corazones del más hondo sentimiento, las lágrimas hacían visible su inmenso pesar.

La procesión volvió a entrar al templo, cantándose en esos momentos el «Benedictus».

Después de rezados los últimos Responsos, el cadáver fué descendido por los sacerdotes a la cripta que queda cerca del altar mayor, en donde quedarán los restos provisoriamente, para después ser trasladados al altar del Corazón de Jesús, conforme a la voluntad manifestada, en sus disposiciones testamentarias, por el Ilustrísimo señor Obispo.

El pueblo, poco después, invadió el presbitério, para desfilar con el mayor respeto frente a la cripta en que descansan los restos mortales del recordado Diocesano.

En todas las iglesias de La Serena se harán funerales por el descanso del alma del dignísimo Prelado, Monseñor Ramón Angel Jara.

El fallecimiento del Iltmo. señor Jara.

CONSTERNACIÓN QUE CAUSA LA NOTICIA.

(De La Unión de Valparaíso, Marzo 10)

El país entero, y Valparaíso en primer lugar, fué sorprendido ayer con la dolorosa cuanto inesperada noticia de haber fallecido repentinamente, víctima de un violento ataque, el Iltmo. señor Obispo de La Serena, Dr. D. Ramón Angel Jara.

Desde algún tiempo, la salud del ilustre Prelado se encontraba resentida y momentos de angustiosa ansiedad tuvo la sociedad chilena cuando en su último viaje a Europa, el señor Jara se vió acometido de grave enfermedad; pero la Providencia quiso devolverlo a la Patria que tanto amó, para que en ella rindiese su alma al Creador, y sus ojos se cerrasen mirando al cielo de su querido Chile, del cual Monseñor Jara era un hijo amante como pocos.

La primera noticia que llegó a Valparaíso la recibió el señor Intendente de la Provincia, quien la comunicó en el acto al Presidente de la República, que iba en viaje a Santiago. El señor Pinto Cruz pidió comunicación telefónica con Llay-Llay, calculando la pasada del expreso, para que S. E. fuese enterado de la noticia.

El Excmo. señor Sanfuentes recibió la triste nueva profundamente emocionado. Cuando los pasajeros del expreso se dieron cuenta de la comunicación recibida por el Presidente de la República, la consternación fué general y se puede decir que no quedó una sola persona en el tren que no sintiese oprimido su corazón, al saber que ya era cadáver el más querido y popular de los chilenos, el caballero sin tacha, el sacerdote modelo, el amigo incomparable, el Padre cariñoso y caritativo que enjugaba las lágrimas de la viuda descon-

solada y cubría la desnudéz del huérfano abandonado, el orador por excelencia que llevaba, sin que nadie osara disputarle el título, el nombre de Crisóstomo chileno.

En Valparaíso, el pesar ha sido, sin duda alguna, más hondo que en cualquiera otra parte, porque nuestra ciudad era la predilecta del ilustre extinto, como también era ella la primera en el cariño para con el inolvidable Obispo que era el primer invitado para celebrar sus glorias, sus días felices y sus mejores fiestas, como también era el mejor consuelo y el que más delicada y tiernamente sabía enjugar el llanto, cuando la ciudad lloraba una desgracia.

¿Quién no recuerda la palabra vibrante y llena de consuelo del Obispo Jara, cuando vino a Valparaíso a rezar el último Responso por las víctimas de la gran catástrofe de 1906?

Y cuando la ciudad, renaciendo de sus ruinas e inaugurando sus edificios públicos, quería demostrar su alegría, ¿quién sino el Ilustrísimo señor Jara era el que pronunciaba el mejor discurso y la más entusiasta arenga?

¿Quién sino el Iltmo. señor Jara podía realzar con su presencia el gran regocijo de Valparaíso, por la exaltación de su Gobernador Eclesiástico al principado de la Iglesia?

Cuando lo vimos en Octubre, risueño, contento entre sus amigos y lleno de esperanzas para su Valparaíso, ¿quién iba a pensar que, dentro de poco tiempo, íbamos a enlutar las columnas en que saludábamos al querido Prelado y le deseábamos, junto con el nuevo Obispo, los muchos años de vida que todos anhelábamos para el señor Jara?

Circular del Arzobispado

Buenos Aires, Marzo 9 de 1917.

A los señores Curas y Encargados de Iglesias de la Arquidiócesis:

Habiendo fallecido el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo de La Serena, Dr. D. Ramón Angel Jara, Canónigo Honorario de esta Metropolitana, el Excelentísimo señor Arzobispo ordena se redoble mañana en todas las Iglesias, por espacio de media hora, a las 9 a. m. 12 y 8 p. m.

Dios guarde a ustedes.

Manuel Elzaurdia,
Canónigo-Secretario.

El viernes se celebró en la Catedral un solemne funeral por Monseñor Jara, quien a los muchos títulos que tenía para esta demostración, unía el de Canónigo argentino, de esta Iglesia Metropolitana.

Homenage a Monseñor Jara

Nota del Iltmo. señor Obispo.

Salta, 10 de Marzo de 1917.

Señores Rectores de Iglesias:

Habiendo fallecido en Chile el Iltmo. señor Obispo de La Serena, Monseñor Dr. D. Ramón Angel Jara, eminente Prelado, vinculado

estrechamente a la Nación Argentina y a esta Iglesia de Salta, que honró y la ilustró con su palabra apostólica, les pido a ustedes tengan a bien ordenar que se doble hoy a las 3 p. m., como homenage al egregio Prelado y a la Nación Chilena.

Saludo a ustedes atte.

José Gregorio Romero,
Obispo de Salta.

El Iltmo. señor Obispo ha dispuesto la celebración de un funeral en la Iglesia Catedral por el alma de Monseñor Jara; se publicará oportunamente el día y la hora.

Monseñor Dr. D. Ramón Angel Jara

Obispo de La Serena en Chile, falleció el día 9 del corriente.

El Obispo Diocesano y el Capítulo de la Iglesia Catedral, deseando rendir el merecido homenage al eminente Obispo y a la Nación Chilena, que ennobleció con sus altas virtudes y apostólico celo, y pagar una deuda de gratitud al sincero amigo de nuestra Patria y de esta Diócesis especialmente, que la honró con su visita, invitan al clero, Comunidades religiosas, Sociedades pías, a las familias y al pueblo todo al solemne funeral que tendrá lugar en nuestra Iglesia Catedral, el viernes 16 del corriente a las 9.30 a. m.—*Unica invitación.*

ORACIONES FÚNEBRES

Sr. Pbro. MANUEL IGNACIO MUNIZAGA

ORACIÓN FÚNEBRE

Pronunciada por el Pbro. Don Manuel Ignacio Munizaga en las solemnes exéquias celebradas en honor del Iltmo. Señor Obispo, Dr. D. Ramón Angel Jara, en la Catedral de La Serena, el 12 de Marzo de 1917.

Fuit vir... potens in opere et sermone coram Deo et omni populo.—Fué un varón poderoso en obras y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo.—S. Lucas, Cap. XXIV, ver. 19.

Iltmos. Sres. Obispos (1): Venerable Deán y Cabildo Eclesiástico: Sr. Intendente y Honorables Autoridades: Señores:

Como resuena en la selva la caída estrepitosa de la robusta encina que troncha el huracán violento; como el sol de los trópicos que se hunde sin las sombras del ocaso en la tarde cálida de un día esplendoroso; como el atleta que se desploma sonriente sin conocer las debilidades

(1) Monseñor Solar Vicuña y Monseñor Edwards.

de la agonía; así acaba de bajar a la tumba el gran Obispo, el gran patriota, el gran orador, cuya muerte ha repercutido con éco doloroso dentro y fuera del país, en la plenitud de su actividad asombrosa, con la dulce tranquilidad del justo que comparece, cargado de méritos y virtudes, ante el tribunal del Supremo Juéz.

Esa figura extraordinaria, ese verdadero gigante, ese superhombre en todo el concepto de la expresión era, sin duda, uno de esos seres que nacen predestinados para la gloria, para la inmortalidad. Ved porqué el sepulcro, que hoy se abre para recibir los despojos inertes del que fué el Iltmo. Señor Obispo Dr. D. Ramón Angel Jara, no será sino el pedestal de su fama imperecedera, el puente por donde su existencia mortal pasa a los fulgores de la vida que no acaba, la cima desde la cual su espíritu superior emprende el vuelo a las regiones de la luz eterna.

Mas, ¡ay! el corazón humano es de tal naturaleza que las esperanzas ultraterrenas lo convencen, pero no lo consuelan facilmente. El hijo llora siempre la pérdida de su padre amado, aun en medio de la íntima persuasión de que su nombre querido ha de sobrevivir a las mudanzas volubles del tiempo y de que su alma goza del eterno premio. Para los que sólo han conocido la fama mundial del preclaro Obispo chileno, para los que no tuvieron la suerte de tratarlo de cerca, de apreciar la magnanimidad de su corazón bondadoso, se comprende que sólo deploren el fallecimiento de un hombre ilustre, que sólo se asocien al duelo de la Iglesia y de la Patria chilena; pero para el rebaño que lo contó como a su abnegado Pastor, para los hijos que nos gloriábamos de tener un Padre sin semejante en la solicitud y en la ternura, su desaparición significa la orfandad con todas sus tristezas, el dolor con todas sus amarguras.

La muerte de un Crisóstomo, de un Bossuet, no nos impresiona ante la admiración que despierta en nosotros, hijos de otras generaciones, la elocuencia que dejaron, como estela perpétua, esos astros de la palabra humana; pero la muerte del Crisóstomo americano, del Bossuet chileno, nos conmueve y afecta profundamente a nosotros que no sólo escuchamos los acentos de su verbo de oro, sino los latidos de su corazón paternal.

La Iglesia y la Patria, a quienes dió como pocos gloria y honor, se han cubierto de luto; mas nosotros nos hemos cubierto de lágrimas, porque hemos perdido al mejor de los Padres. Sobre ese túmulo mortuorio ondean los emblemas fúnebres de la Religión, porque ahí

yace un Pontífice eminente; se inclina enlutado el glorioso pabellón chileno, porque ahí descansa un ciudadano ejemplar; la letras nacionales han colgado también ahí coronas de laurel y siemprevivas, porque ese difunto fué el más hábil e inspirado de los oradores; mas nosotros rodeamos su sepulcro y lo empapamos con sentidas lágrimas, porque ese Pontífice, ese patriota, ese orador por excelencia, fué nuestro Padre bien amado, nuestro Pastor solícito, dispuesto, en cada circunstancia, a dar la vida por sus ovejas.

Mas, señores, sea porque el hijo que se anima a levantar la voz, para consolar a la familia desolada en el día de la desgracia, se guarda de ahondar la pena no tocando las virtudes íntimas, los recuerdos y detalles más sensibles del extinto; sea porque, tratándose de los hombres grandes, se prefiere, de ordinario, la actuación pública a la vida privada, la grandeza de la inteligencia y del carácter a la grandeza del corazón, yo me propongo, en esta hora solemne, desflorar siquiera la historia brillante y fecunda de ese «varón poderoso en obras y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo», como dice el texto citado de San Lucas, que sintetiza admirablemente la vida del que fué el quinto Prelado de la Diócesis serenense.

Señores, no vais a escuchar una Oración Fúnebre; de más estaría que manifestase que soy incapáz de hacerla, tratándose de uno de los más grandes Obispos y oradores sagrados americanos. En el corto espacio de tiempo de que he podido disponer, apenas si me será posible presentaros el breve compendio de una vida que bien merece la entonación patética de la más alta pieza oratoria, que bien merece ser cantada en las cuerdas épicas de una lira y referida, más tarde, en las páginas lucidas de una historia.

Quien cumple, y con la mejor voluntad, una orden superior, tiene derecho a esperar la benevolencia que yo solicito de vosotros.

I

Don Ramón Angel Jara fué la más feliz comprobación de aquel principio de experiencia que enseña que el hijo es la obra de la educación del hogar. Perteneciente a una familia de ilustres abolengos, entre los cuales se enumera al más bizarro de los Gobernadores de Chile y más tarde Virrey del Perú, don García Hurtado de Mendoza, fué hijo del íntegro y cristiano servidor público don Juán Ne-

pomuceno Jara y de la piadosa y distinguida dama doña Carmen Rus y Fernández, quienes vieron alegrado su hogar en la capital de la República, el 2 de Agosto de 1852, con el nacimiento de un hijo de bendición.

Junto con la leche, el niño bebió de su madre la devoción a Nuestra Señora del Carmen, de la cual debía ser apóstol y cuya imagen realzaría un día su escudo episcopal. Ella atribuía a la Virgen del Carmen la salvación de su hijo en un grave accidente ocurrido en la época de su infancia. Fué ella también quien preparó su carrera de orador famoso, a semejanza de Antusa, la madre de San Juan «Boca de Oro», enseñándole, desde su más tierna edad, el arte gracioso de la declamación. ¡Feliz madre que supo formar a tal hijo! ¡Ah, venerable Obispo, yo se que, al escuchar el recuerdo que consagro a tu madre adorada, tus restos inanimados se agitan en el fondo del ataúd, porque en tí el amor a tu madre era un culto comparable solamente con el amor que profesabas a esas otras dos madres que se llaman la Iglesia y la Patria!

El Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso primero y después el Seminario de Santiago, vieron crecer al joven Jara «en edad, gracia y sabiduría», a semejanza del niño de Nazaret. Si los años del colegio deciden del porvenir del hombre, los triunfos escolares del joven Jara auguraban su brillante carrera. Fué siempre el primero entre sus numerosos y distinguidos condiscípulos, a muchos de los cuales les ha tocado actuar en las más elevadas esferas de la República. Concluídos sus estudios de Humanidades y graduado de bachiller, se incorporó al curso de Leyes de la Universidad del Estado. Fué en este período de su vida cuando el señor Jara se dedicó con ardor a cultivar sus aficiones literarias, descollando entre esa pléyade de jóvenes literatos y poetas cristianos que, como Zorobabel Rodríguez, Rómulo Mandiola, Carlos Walker, José A. Soffia, Rafael Gumucio y tantos otros, constituyeron la edad de oro de las letras nacionales. Con ellos colaboró en «La Estrella de Chile», interesante revista que hasta el presente no ha sido superada.

El talento y excepcionales aptitudes del joven Jara llamaron la atención del popular Intedente de Santiago, don Benjamín Vicuña Mackenna, «el fénix de los ingenios chilenos», quien le encomendó la difícil tarea de organizar la Visitación de las Escuelas de la Sociedad de Instrucción Primaria, y, cuando el infatigable funcionario dotó a la capital de Chile del más hermoso de sus adornos, comisionó a su joven amigo para pronunciar el discurso de inauguración de

las obras de embellecimiento del Cerro Santa Lucía. Entusiasmo delirante despertó la palabra fogosa y artística del tribuno que más tarde había de obtener los más ruidosos triunfos de que haga mención la historia de la elocuéncia.

Mas, cuando le sonreía el porvenir más lisonjero, el joven Jara, sintiendo los impulsos de la vocación divina, renuncia al mundo y, como el águila que prefiere ocultarse tras los flancos de la montaña antes de cruzar otras regiones más altas, va a encerrarse en los cláustros del Seminario. El 1° de Enero de 1876, el joven que había sido el encanto de los salones más aristocráticos de la sociedad, aparece en el altar del Señor, radiante de alegría, ofreciendo por vez primera el augusto Sacrificio de la Misa.

II

Desde los comienzos de su carrera sacerdotal, el señor Jara «fué un varón poderoso en obras»: FUIT VIR POTENS IN OPERE.

Después de haber consagrado a la enseñanza las primicias de su ministerio, el gran Valdivieso le encomendó la organización de los primeros Círculos de Obreros y la dirección de la Sociedad de caballeros de San Luis Gonzaga y la de las Madres Cristianas.

La guerra del Pacífico presentó al esforzado sacerdote ancho campo donde ejercer sus virtudes cívicas y apostólicas. Para cuidar de los huérfanos de la guerra, para educar a los hijos de los héroes, que habían rendido sus vidas en los campos de batalla, fundó el Asilo de la Patria, y, para atender a la otra porción más digna de amparo aún por tratarse del sexo débil, creó la Casa de Purísima, confiando su cuidado a las religiosas alemanas de la Inmaculada Concepción, que él mismo logró establecer en Santiago. ¡Ah! el señor Jara fué, desde su juventud, POPULO JUVAMEN, «auxilio del pueblo», como reza una parte del lema de su escudo pastoral.

Para completar su obra de sacerdote patriota, erigió el bellísimo templo de la Gratitud Nacional, como un homenage de la República al Señor de los Ejércitos que había coronado nuestras armas con los laureles inmarcesibles de la victoria. Más tarde entregó esa obra, la predilecta de su corazón, a los beneméritos Hijos de don Bosco, a quienes él mismo trajo y fundó en Chile.

Para realizar el mas noble ideal de su alma, el de ser JUVENTUTI LUX, «luz de la juventud», fundó los Pensionados Universitarios del

Carmen y de San Juan Evangelista, destinados a proporcionar hogar a los jóvenes de las provincias que acuden a la capital para dedicarse a las carreras profesionales.

Los católicos de Santiago, de acuerdo con la autoridad eclesiástica, anhelaban desde antiguo el hermoso y necesario proyecto de echar las bases de la que es hoy floreciente Universidad Católica. Con tal motivo el distinguido presbítero recibió el encargo de estudiar en el Viejo Mundo la organización y programa de los grandes centros intelectuales. Sus luminosos informes facilitaron la realización de la magna obra, siendo nombrado el señor Jara Secretario General y profesor de Derecho Canónico de la nueva Universidad.

En este su primer viaje había recorrido también algunos países de los continentes africano y asiático, y al visitar la Palestina fué cuando concibió la idea de levantar en el Monte Carmelo, ese gallardo monumento a la Patrona Jurada de la República, monumento que ostentó por vez primera en el Oriente el nombre de Chile.

Las cualidades sobresalientes del ya célebre señor Jara, determinaron al Rdmo. señor Arzobispo Casanova, a confiarle el delicado cargo de Gobernador Eclesiástico de Valparaíso. Digno sucesor de aquel digno sacerdote de querida memoria, don Salvador Donoso, dedicóse con ahinco tesonero a fundar en el primer puerto del Pacífico Sur, las obras sociales cuya orientación trazara con mano maestra el inmortal León XIII. El Centro Social de la Juventud, la Unión Social de Orden y Trabajo y varias otras instituciones fueron el fruto de su celo apostólico.

El señor Jara era, a la sazón, una figura culminante del clero chileno y de aquí que todas las miradas se fijaran en él para ocupar la sede vacante del Obispado de Ancud. Como Obispo será todavía «más poderoso en grandes obras».

Poco después de ceñida la mitra, se trasladó a Roma para asistir al Concilio Plenario de la América Latina, siendo objeto, en todas partes, de las más cariñosas muestras de admiración y simpatía.

Durante once años rigió los destinos de la Diócesis de Ancud, y la magnífica Catedral y veinticinco nuevas parroquias y las Gobernaciones Eclesiásticas de Magallanes y Valdivia y varios colegios y Comunidades religiosas y un Sínodo Diocesano y varios órganos de publicidad para la defensa y propaganda religiosa y repetidas visitas al través de las islas, canales y accidentado territorio de esa apartada Diócesis, bastan para hacer del Obispo de San Carlos de

Ancud un digno émulo, en los afanes del apostolado, del Patrono de esa Diócesis, el ínclito San Carlos Borromeo.

Dios tenía dispuesto que el primer canonista y el primer orador de la América Latina, los Ilmos. señores Donoso y Jara, fuesen trasladados desde Ancud a La Serena, como astros que se levantan desde las regiones del polo sur, buscando el cenit del firmamento, para venir a irradiar sus esplendores en la Diócesis más septentrional de la Nación.

El 30 de Enero de 1910, el Iltmo. señor Jara hacía su entrada triunfal en esta ciudad de La Serena. Han trascurrido siete años y paréceme escuchar la voz potente del majestuoso y elocuentísimo Obispo que hacía vibrar las bóvedas de este templo al unísono de los corazones, el día solemne en que tomara posesión del cayado de esta grey. ¡Iglesia serenense, los azahares con que te engalanaste el día de tus desposórios, se han deshojado, al fin de siete años, para caer marchitos en la fosa que guardará los restos mortales del que fué tu esposo inolvidable; pero han de reverdecer y retoñar al ser acariciados por los vientos de la fama que conservará siempre fresco su nombre inmortal!

En el breve plazo de siete años el Iltmo. señor Jara desarrolló, en esta Diócesis, un vasto programa de gobierno. Fundó colegios, amparó la buena prensa, instituyó sociedades piadosas y de beneficencia, la de las Madres Cristianas y la Protectora de la Infancia; construyó templos, protegió los Centros de obreros, cuidó del Seminario con amorosa solicitud, creó varias parroquias, fundó una casa para el clero, escribió hermosas Pastorales, dictó sabios decretos, aumentó el Coro de esta Iglesia Catedral, que también dotó con ese magnífico órgano cuyas notas hoy gimen dolientes, y coronó su cadena de beneficios adornando con una mitra la cabeza de la primera figura de nuestro clero.

A todo atendía su actividad pasmosa y no ya dentro de las líneas generales del que manda, sino con la prolijidad y detalles minuciosos del que sabe ejecutar lo que manda.

Asombra el cúmulo de correspondencia que ese hombre, conocido y relacionado en todos los puntos del globo, debía contestar diariamente. Ocupado constantemente en los cuidados y en las labores de la administración, no escatimaba su tiempo para atender y servir a todo el que acudiera en demanda de sus luces o de las bondades inagotables de su corazón y siempre con los atractivos de su cultísimo trato social, de su irresistible DON DE GENTES.

Así se comprende como en esta Diócesis fué, no sólo admirado, sino hondamente querido. Así se comprende la consternación que produjo la noticia de la grave dolencia que lo aquejó en su último viaje a Europa y que ha sido la que traidoramente acaba de arrebatarlo al cariño de nuestros corazones, en medio del espanto y conmoción general.

Vosotros sabéis que hasta en la víspera del día infausto, estaba entregado de lleno a sus árduas tareas y, pocos días antes, había decretado la fundación de un Instituto Comercial, en una importante ciudad de la Diócesis. ¡Ah! Monseñor Jara, hasta en sus últimos momentos, «fué un varón poderoso en obras».

III

Y, si «fué un varón poderoso en obras, lo fué mucho más en palabras»: FUIT POTENS IN SERMONE.

El Iltmo. señor Obispo, Dr. D. Ramón Angel Jara, fué reconocido y aclamado como el primer orador sagrado de habla castellana. No hay, señores, hipérbole ninguna al designarlo con el nombre de Crisóstomo americano, de Bossuet o Lacordaire chileno.

Se ha dicho que el poeta nace y el orador se forma; mas el señor Jara nació orador. Su inteligencia aguda, su imaginación fecunda, su memoria de privilégio, su ilustración vastísima, su porte majestuoso, su voz potente y afinada, su ademán naturalmente artístico, su entusiasmo jamás decadente, todo en él era innato, era propio de los hombres que nacen para brillar en la tribuna o en el púlpito.

La oratória de Monseñor Jara reunía la frase majestuosa de Bossuet, el estilo vehemente de Bourdaloue, la unción razonadora de Massillon y el aparato académico de Flechier. Sus discursos, cuanto más improvisados, son tanto más sorprendentes, interesantes y oportunos.

¿Quién que lo haya escuchado alguna vez pudo negarle el homenage del aplauso sincero o de las lágrimas, que involuntariamente acudían a los ojos ante la conmoción eléctrica del fluido con que se saturaba su palabra, que era concebida en su mente clara, pero que se caldeaba en el horno de su corazón? Yo pregunto, señores, ¿qué orador contemporáneo ha obtenido triunfos más espléndidos que los que cosechó el incomparable orador chileno en su Patria y en el extranjero?

Apenas ordenado de sacerdote, el señor Jara era disputado por los púlpitos de la capital y del país entero. Jamás negó el pan de su palabra y difícilmente habrá habido un predicador que más haya prodigado su verbo elocuente. Desde la sencilla homilía, hasta la grave Oración fúnebre, desde la ordinaria alocución hasta el elegante panegírico, desde el sermón de misión o de la plática de los ejercicios espirituales, hasta la ardiente Oración patriótica, desde el discurso esmeradamente preparado hasta las impetuosidades de la improvisación, el señor Jara pasó evangelizando, predicando, perorando, durante los cuarenta largos años de su fecundo apostolado.

¿Cómo no recordar siquiera el famoso sermón que pronunció en la Basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén, el día Viernes Santo, ante los peregrinos del mundo entero? ¿Cómo no recordar su brillantísimo panegírico de San Luis Gonzaga en San Ignacio de Roma, que entusiasmó al Embajador español hasta el punto de que, sin poder contenerse, trepó la escala del púlpito para abrazar al orador chileno? Y su discurso en latín sobre el Sagrado Corazón de Jesús en la misma Ciudad Eterna, que mereció las felicitaciones de los más altos dignatarios del Vaticano? Y su Oración gratulatoria en la dulce lengua del Dante en la Catedral de Génova? y su celebrada figuración en la Basílica del Pilar de Zaragoza y en el Congreso Eucarístico de Londres en que hizo aclamar el nombre de su Patria? Pero son dos las páginas culminantes en la história del Príncipe de nuestros oradores: su actuación en Buenos Aires y en Lima.

En el período más álgido de las relaciones diplomáticas con nuestros vecinos de allende los Andes, fué asociado a la misión de paz que emprendiera el Metropolitano de Chile. El entusiasmo que despertó en la capital del Plata el elocuente orador chileno, rayó en el delirio e influyó en el acercamiento de ambos pueblos más que todo el trabajo de las Cancillerías. Cuando los años pasen y el tiempo se aleje, la história sabrá decirnos hasta dónde contribuyó a la pacificación de dos naciones la sola palabra de un hombre, bien así como ahora creemos que la voz de Demóstenes fué capáz de encender una sangrienta guerra. Su éxito en la «ciudad de los Vireyes» fué todavía de mayor brillo, como quiera que las manos de los vencidos de ayer, se agitaron para vitorear y aplaudir al que representaba la estrella invicta de la bandera tricolor.

IV

«Fué un varón poderoso en obras y en palabra DELANTE DE DIOS Y DE TODO EL PUEBLO».

Unida íntimamente a sus obras y a su palabra figura la piedad del virtuoso Obispo cuya muerte lloramos. Sí, «fué poderoso en obras y en palabra delante de Dios», porque el móvil de toda su vida fué la gloria de Dios y de su Santa Iglesia.

¡Qué injustos suelen ser los hombres para apreciar a sus contemporáneos más ilustres! A Monseñor Jara se le tildó muchas veces de amigo de la vanagloria, del aplauso, del incienso de la adulación, de fastuoso, de personalista. Señores, los que tuvimos la suerte de conocerlo mejor podemos dar testimonio de que ese «varón grande por sus obras y por su palabra» albergaba una alma de niño, humilde, tierna y sencilla. Era, y con razón, cuidador celoso de la dignidad que investía, porque más que a su persona esa dignidad pertenecía a la Iglesia de la cual era Príncipe.

Monseñor Jara poseía en alto grado el sentimiento estético y sus delicadas manifestaciones no siempre eran bien comprendidas por los espíritus vulgares.

Dotado de un corazón sensible, lo afectaba la ingratitud cuya amargura tuvo que apurar con harta frecuencia hasta las heces; pero nadie como él era más noble y fácil para olvidar, para el perdón.

Los hombres grandes, extraordinarios, que proyectan mucha sombra, son las víctimas preferidas de la emulación, de la envidia, la más baja y por lo tanto la más inconfesable de las pasiones.

Así quedan explicadas muchas injusticias, muchos agravios, muchas persecuciones que el grande hombre sufría en silencio, delante de Dios y de su conciencia. En la piedad buscaba el consuelo, pues era, como Samuel, «un Pontífice cortado según el Corazón de Dios».

Cuando la desgracia se ensañó contra él, dejándolo viejo y achacoso, solitario en su hogar destrozado por la muerte, se reveló en toda su grandeza cristiana y redobló el fervor de su piedad.

Fué su amor a la Sma. Vírgen lo que lo impulsó a transformar su Capilla doméstica en Santuario de Nuestra Señora de Andacollo. Las señoras de este pueblo podrán referir el culto permanente que él mismo ahí dirigía. Los eclesiásticos podemos declarar que a todos ejemplarizaba en los Santos Ejercicios anuales, y sus íntimos pueden dar testimonio de su prolongada oración y fervorosas devociones.

Con los grandes hombres pasa lo que con las elevadas montañas que, vistas a la distancia, sólo imponen por la magnificencia de la altura; pero está reservado a los que viven en sus alrededores recrearse con el perfume y colorido de las flores que crecen en sus faldas.

Para nosotros que hemos tenido la dicha de vivir a su lado, para nosotros que fuimos los Hijos de ese amante Padre, para La Serena que lo conoció y trató de cerca, Monseñor Jara « fué un varón poderoso en obras y en palabra delante de Dios y DE TODO EL PUEBLO ».

Hijo adicto de la Santa Sede, mereció de los últimos Pontífices Romanos honrosísimas distinciones.

Los Gobiernos y los pueblos extranjeros reconocieron también su grandeza, y por eso cargaron de condecoraciones y tributaron muchas veces verdaderas apoteósis al que fué uno de los más grandes hijos de Chile.

V

Señores, nada resume mejor la vida del egrégio Obispo serenense que el lema de su escudo: «PRO ECCLESIA ET PATRIA». Fué ese el ideal de su vida tan llena, tan fecunda, tan gloriosa de sesenta y cinco años. Es justo entonces que la Iglesia y la Patria hayan hecho suyos el duelo que en particular afecta a la Diócesis de La Serena; es merecido el solemne homenage que se le rinde en la presente ceremonia fúnebre, en el cual están representados los poderes públicos, religiosos, civiles, judiciales, militares y locales. Distinguidos amigos, como el Iltmo. Señor Vicario General Castrense y algunos marinos de nuestra Armada, han acudido también a formar guardia de honor alrededor del féretro que encierra los despojos venerandos del viejo maestro.

Pero, mientras el Ejército tributa sus póstumos homenages al que fué cantor de sus glorias, mientras el Supremo Gobierno y las Instituciones Nacionales se adhieren a nuestro duelo, mientras recibimos mensajes de condolencia venidos de todo el mundo, demos nosotros el adiós postrero al mejor de los Padres, al mejor de los Pastores, al mejor de los consejeros, al mejor de los amigos.

¡Venerable Obispo, jamás han de faltar sobre tu sepulcro las flores del recuerdo y las lágrimas de la gratitud de tus hijos!

¡REQUIESCAT IN PACE!

Prebendado Don VICENTE A. LAS CASAS.

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL ILUSTRÍSIMO OBISPO MONSEÑOR JARA

Pronunciada por el Prebendado don Vicente A. Las Casas en las honras solemnes que se celebraron en la Catedral de Concepción el 20 de Marzo de 1917.

Lex veritatis fuit in ore ejus, llevó en sus labios la ley de la verdad; in pace et aequitate ambulavit mecum, recorrió conmigo los caminos de la paz y de la equidad; et multos avertit ab iniquitate, y preservó a muchos de la iniquidad.... quia Angelus Domini exercituum est, y todo porque es el Angel del Dios de los Ejércitos.—Malaquías, Cap. 2. v. 6 y t. II.

I

Iltmo. Señor (1):

El águila de Patmos, señores, oyó que continuaban en el cielo los cantos de los hombres que fueron ángeles de Dios acá en la tierra.

Y tú, Angel, que cantaste en tu vida himnos siempre nuevos de incomparable armonía, al emprender el vuelo

(1) Iltmo. Obispo Monseñor Luis Enrique Izquierdo.

hacia la altura para modular las notas del eterno cantar, alcánzame algunas vibraciones de aquella lengua de oro que yace ¡ay! helada bajo la mano de la muerte... y arranca del Foco divino, que enardeció tu corazón, una centella de amor que preste calor y vida a mis pobres palabras.

Se estremece mi espíritu, señores, al verme en este sitio, en esta misma cátedra donde aquella voz resonó poderosa como las olas del mar, en una hora de dolor como la presente, para acompañarnos a llorar la partida del «hombre más grande de mi Patria», que era, a la vez, el Padre querido de nuestras almas.

¡Qué elocuéncia, señores, la del panegirista de los Valdivieso, Salas, Larráin, Portales, Las Heras y tantos otros! Y yo... ¿cómo atreverme a celebrar sus glorias, sin temor de mancillarlas? ¿cómo medir, señores, la talla de este gigante cuyas plantas se posan sobre dos continentes, mientras su cabeza se yergue majestuosa hasta las más eminentes y serenas regiones de la gloria?...

¡Qué héroe tan grande, señores, y cuan pequeño su orador!... y todavía bregando en un mar inmenso de dolor... Dolor que ha roto los linderos de la Patria, para ir a repercutir poderoso al otro lado de los Andes y más allá de los mares, como lo confirman sus ecos de general condolencia llegados de los países que tuvieron la dicha de conocerlo. Dolor que nos congrega en estos momentos al pie de la Víctima Divina, al llamado de nuestro querido Prelado, que viene a buscar aquí la paz eterna para el Hermano predilecto y el alívio para su atribulado corazón. Dolor, en fin, que llega hasta mí, destrozando mi alma; pues me arrebata un tesoro, tanto más noble y generoso de parte de quien lo brinda, cuanto menos merecido y honroso para el que lo recibe.

Viven aún en mi alma halagadoras esas geniales intimidades de ese corazón sin hiel y guardo, en cofre de oro, esas comunicaciones que hasta ayer y en las horas más tristes y obscuras de mi vida, cayeron sobre mi alma como un maná del cielo, amasado en el más intenso cariño y de la más inteligente oportunidad.

Pero, señores, por uno de esos misterios profundos del corazón humano, vemos que el mayor valer de nuestros muertos queridos, a la vez que avivan nuestro dolor al perderlos, despiertan en nuestro corazón cierta ternura y amorosa satisfacción que suaviza el nuestro y que llorando nos hace besar la mano que nos los arrebata.

Hablemos, pues, así alentados por nuestro propio dolor.

¿Y qué decir, señores? Yo diviso, a través de esos fúnebres crespo-

nes, el Escudo del Príncipe de la Iglesia, del Iltmo. señor Jara, en el cual, vaciando los grandes anhelos de su corazón, marca el magnífico programa de su misión episcopal, que es al mismo tiempo, como expresión genuína de su alma, el que había ya realizado en su apostólico sacerdocio «*Pro Ecclesia et Patria. Juventuti lux. Populo juvamen. Omnibus charitas*».

Un santo Padre, en transporte de encendido amor, lanzó un día en un panegírico de San Pablo, esta expresión que me fascina y me encanta: *Cor Pauli, Cor Jesu.* ¡Ah, señores, qué dicha y qué gloria! el corazón de Pablo es tan semejante al de Cristo, que es su propio Corazón...

¿Por qué no me sería permitido, en el breve y humilde elógio de mi amigo, decir yo también, para en una palabra resumirlo todo: El corazón de él es el corazón de Pablo, y el de Pablo es el de Jesús?...

Sí, señores: el Iltmo. señor Jara lo debe todo al Corazón de Jesús, y de particular manera; no sólo las extraordinarias dotes de su espíritu, sino también las prendas singulares de su corazón de gran sacerdote y de grande Obispo. Del Corazón de Jesús, que preside su Escudo, arrancó, como de foco esplendoroso de inextinguible amor, los cuatro nobles amores de su alma privilegiada: a la Iglesia, a la Patria, a la Juventud y al Pueblo.

Y el Corazón Divino, para el cumplimiento de sus soberanos designios en este hombre extraordinario, puso «la ley de la verdad en sus labios» para el eficáz servicio de los intereses de la Iglesia: *Lex veritatis fuit in ore ejus;* «le llevó consigo por los senderos de la equidad y de la paz», para beneficio de la Patria: *In pace et aequitate ambulavit mecum;* «le hizo salvador de muchas almas, sobre todo entre la juventud y el pueblo»: *Et multos avertit ab iniquitate;* «y todo, porque le constituyó Angel del Señor de los Ejércitos»: *quia Angelus Domini exercituum est.*

Veámoslo ya, señores, y sea para glorificar a Dios con la gloria de su siervo.

II

Alboreó serena su infancia al amparo de los Sagrados Corazones, en Valparaíso, y a los diez años ingresó al Seminario de Santiago, en cuyas aulas dió fin a su curso de Humanidades. El esplendor y atractivo de la profesión forense le llevaron a la Universidad después;

mas, bien pronto llegó a los oídos de su grande alma la voz de Dios y regresó al Seminario, con la aspiración de abrazarse a los místicos encantos y a los redentores sacrificios de la vida sacerdotal.

Subió al altar el joven sacerdote con el bagaje rico de una piedad acendrada y de una vasta ilustración, consagrándose desde el primer momento, con abnegado celo, al ejercício del ministerio, principalmente en los ramos de la predicación y de la enseñanza.

Había tenido la dicha de ser formado en la escuela de aquellos dos inmortales maestros, de preclara inteligencia y de corazón gigante, que se llamaron Valdivieso y Larrain Gandarillas; y fué un colaborador asíduo y poderoso de ambos Prelados en su labor titánica de propaganda de las augustas doctrinas de la Iglesia. «*Pro Ecclesia*».

Cuando sonó la hora de suprema angustia, en que tuvo la Patria que llevar desplegadas sus banderas a contienda desigual, el señor Jara fué a los templos y a los cuarteles, en aquellos a implorar para las armas de Chile la protección del Cielo, y en éstos a enardecer el patriotísmo de sus gallardos defensores; y en todas partes, con su elocuencia incomparable, arrebató los corazones, conmovió a los pueblos, y arrastró a las multitudes a los campos lejanos del combate y de la gloria. «*Pro Patria*».

Recorre más tarde, una vez consagrada la victoria de las huestes que aclamaban Generala a la Reina del Carmelo, las grandes poblaciones del norte y del centro del país, en salvadora cruzada que se encamina a levantar el Asilo de la Patria y el templo de la Gratitud Nacional, para gloria de Dios éste, y aquél para dar un hogar a los huérfanos de los que murieron por el inmaculado honor de la bandera. «*Pro Ecclesia et Patria*».

Se dió tiempo luego para sostener, con ignorados pero ingentes sacrificios, la magnífica revista popular «El Mensagero del Pueblo», que como lluvia benéfica difundió por todo el país, llevando a los hogares obreros la enseñanza moralizadora, en escogido material de redacción, brotado casi totalmente de su brillante pluma. «*Pro Populo*»,

Así empezó a preparar el incansable sacerdote la obra colosal de su amor al pueblo. Fundó la Sociedad de Obreros de San José, inmensa red tendida por su mano protectora de los pobres, y que alcanzó a congregar en su seno varios millares de artesanos de la capital de la República, constituyendo una resistencia colosal a la ola de la impiedad entre las clases populares, y al mismo tiempo una paloma poderosa del bienestar social. «*Pro Pópulo*».

Más tarde, el gran corazón del señor Jara inició y mantuvo dos Pensionados Universitarios, a los cuales consagró sus más sacrificados esfuerzos y sus más entusiastas energías, dedicándoles personal asistencia y vigilancia asídua, y amenizando con la exquisita afabilidad de su espíritu esos hogares que sirvieron de escuela de formación a tantos jóvenes que hoy descuellan en el público escenario como honra y ornamento de la Patria. ¡Así amaba el señor Jara a la juventud, a la juventud que es reserva del porvenir y que requiere para el cumplimiento de su bella misión futura, ser educada en las santas normas de la moral y de la fe. «*Juventuti lux*».

Y, persiguiendo el abnegado sacerdote la realización de esos mismos anhelos de su alma por el bien de la juventud, colaboró con ejemplar actividad en numerosas obras de cristiana educación, como las sociedades de Instrucción Primaria, las Escuelas Católicas de Santo Tomás de Aquino y diversos centros de enseñanza y de soláz para los niños y los jóvenes; y, subiendo en un vuelo poderoso desde la baja llanura de la instrucción elemental hasta la cumbre eminente de la enseñanza superior, tuvo su parte de trabajo, bien ámplio y eficáz, como uno de sus organizadores, como su primer Secretario General y como su sabio profesor en el curso de Derecho, en la obra magna y trascendental de la Universidad Católica de Chile, la primera institución libre de su género en la América del Sur y grandioso testimónio de cuanto la Iglesia ama a la ciencia, continuando su misión civilizadora de veinte siglos en la sociedad humana. «*Juventuti lux*».

El señor Jara quiso también visitar el Viejo Mundo, nó por cierto en cómoda gira de placer, sino en viaje de estudio y en peregrinación de piedad, para fortalecer su espíritu vibrante de hondo amor a la Iglesia, entre las sagradas y venerables tradiciones de la Ciudad Eterna, y para recoger, en las grandes capitales del mundo, las lecciones del progreso cristiano que pudieran servir al bienestar de la Patria. «*Pro Ecclesia et Patria*».

Y, llevado por sus dos amores, va a Jerusalén, la cuna sacrosanta de la religión, visita el Carmelo, el monte donde la Virgen María quiso erigir su trono, y allí el sacerdote chileno levanta el monumento gloriosísimo, que coronado por la imagen de la Reina de nuestros Ejércitos, ídolo santo de su amor, ve constantemente como en su cúspide flamea, soberano y hermoso, el tricolor que simboliza por donde vaya, las glorias y las virtudes de la Patria. «*Pro Ecclesia et Patria*».

III

Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, en fecha posterior, el señor Jara dió cima a una incesante y múltiple labor. Vió que la gran necesidad de su época era salvar al pueblo, cuya alma corrompen perversas e inmorales doctrinas, y cuya vida material agobian la indigencia y el dolor, y entonces fundó la Unión Social «Orden y Trabajo», cuyos fundamentos puso sobre su propia sangre, arrancada por piedra criminal. La basó en los principios del socorro mutuo y de la más estricta moral, llenando perfectamente en aquel puerto su misión de paz, de caridad y de justicia. «*Populo juvamen*».

Desde su llegada a Valparaíso, el Gobernador Eclesiástico fundó, solícito, varios centros de juventud en cuyo seno, como en su propio hogar, pudieron exteriorizarse los nobles amores de su corazón. Luego le abrió sus puertas la Escuela Naval, donde a raudales cayeron las ternuras paternales de su alma, teniendo para cada uno de los jóvenes alumnos afecto alentador y cariñoso, y contribuyendo con la influencia vivificante de su acción a formar el espíritu de los héroes del porvenir, entre esa gallarda muchachada que ha de llevar un día los colores del pabellón por caminos de gloria, sobre la augusta inmensidad del mar. «*Pro juventute, pro Patria*».

Pero falta contemplar la actuación del señor Jara en la santa cruzada de la paz. «*In pace et aequitate ambulavit mecum*».

¡Qué días aquellos, señores!... Los Príncipes de la Iglesia, y los Gefes del Estado temieron. El cóndor solitario de la montaña, al desplegar sus alas sobre la nieve eterna de los Andes, parecía una ave siniestra, agorera de la guerra fratricida entre dos pueblos a quienes arrullaron los besos de una misma madre sobre una misma cuna. Y entonces la misión conciliadora fué llevada por el Iltmo. y Revdmo. señor Casanova, que con su lema de «Pax multa» fué asesorado por el señor Jara, que desde Mendoza a Luján fué arrancando al cielo el sol de la Argentina y la estrella de Chile, para alumbrar a la senda de la paz generosa y fraternal, y fué arrebatando hasta el delírio a las multitudes desconfiadas y hostiles, con el poder avasallador de su elocuéncia; convirtiendo hasta los fieros huracanes de la montaña en suaves brisas de paz; hizo de los templos, de las academias, de las plazas públicas, otras tantas cátedras de esa misma paz que trajo el Salvador al mundo, hasta que se deshicieron las nubes de tormenta y se estrecharon las almas de dos países hermanos y se alejó la san-

grienta perspectiva de que fueran holladas por el tránsito de los ejércitos esas sábanas de nieve, que sólo han visto a los cóndores andinos pasar por ellas en majestuoso vuelo. ¡Es que el apóstol de la paz iba con Dios! «*In pace ambulavit mecum*», con Dios, que había puesto en sus labios la ley de la verdad. «*Lex veritatis in ore ejus*». Y todo por amor a la Iglesia y a la Patria. «*Pro Ecclesia et Patria*».

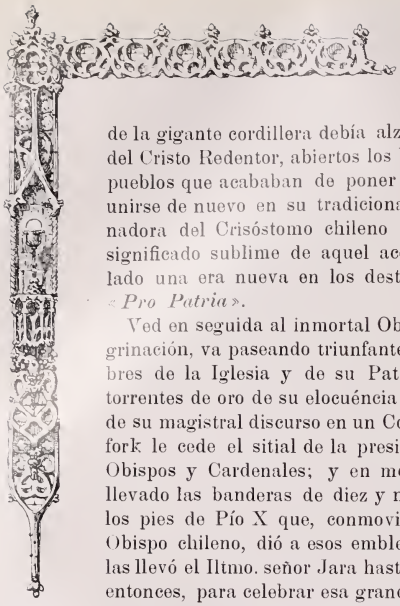
Hasta aquí el abnegado sacerdote, el cual con su actuación magnífica había ya realizado en su apostólica vida el programa que inscribió en su escudo episcopal, cuando el Espíritu Santo le eligió para regir la Diócesis de Ancud.

IV

¡Y cómo se enardeció su gran corazón al recibir con la unción sacra la plenitud del sacerdocio! Supo multiplicarse en la atención de las necesidades de su vasta grey; visitó varias veces la Diócesis, con incomparables sacrificios; creó muchas parroquias, organizando sobre acertadas bases el servicio parroquial; levantó una gran catedral, precioso monumento arquitectónico; fomentó la prensa católica, fundando además, la revista «El Buen Pastor»; dió vida robusta a la enseñanza cristiana, estableciendo escuelas y el Instituto Comercial de Valdivia; llevó a su Diócesis nuevas Congregaciones religiosas, como los Carmelitas y los Salesianos; confió la dirección del Seminario de Ancud a la inmortal Compañía de Jesús, con una previsión admirable que los más consoladores resultados han venido a justificar más tarde; sus magníficas Pastorales, modelos de sabiduría y elocuencia, pusieron al Padre en íntimo consorcio con los Hijos, y derramaron en los corazones de éstos, raudales de doctrina y de virtud. «*Pro Ecclesia, pro Juventute*».

En frecuentes viajes realizó las más grandes obras pacíficas y gloriosas para el país. Tardarán en apagarse los écos de su voz, que resonando, vibrante y armoniosa, en la vieja Catedral de los sucesores de Santo Toribio, conmovió un día a la capital de Perú con sus acentos de religión y de paz, arrancando del auditório los vítores más entusiastas en honor de Chile, por primera vez desde los días aciágos de la guerra del Pacífico. «*Pro Patria*».

Y, continuando en este nuevo análisis de su labor de paz, hay que recordar que el ilustre Obispo asistió al acto internacional más grandioso que registran los anales históricos de América. Sobre el altar



de la gigante cordillera debía alzarse, amorosa y solemne, la imagen del Cristo Redentor, abiertos los brazos para recibir en ellos a los dos pueblos que acababan de poner fin a sus disidencias territoriales y unirse de nuevo en su tradicional fraternidad. La elocuéncia fascinadora del Crisóstomo chileno supo traducir en digno lenguage el significado sublime de aquel acontecimiento histórico, que ha señalado una era nueva en los destinos gloriosos del mundo de Colón. «*Pro Patria*».

Ved en seguida al inmortal Obispo como, en nueva y solemne peregrinación, va paseando triunfante por el escenario de Europa los nombres de la Iglesia y de su Patria, hechos gloria y armonía en los torrentes de oro de su elocuéncia soberana. Así en Londres, después de su magistral discurso en un Congreso Eucarístico, el Duque de Nolfork le cede el sitial de la presidencia, distinguiéndolo entre nobles, Obispos y Cardenales; y en memorable ocasión, después de haber llevado las banderas de diez y nueve naciones hispano-americanas a los pies de Pío X que, conmovido ante la oratoria fascinadora del Obispo chileno, dió a esos emblemas sus bendiciones y sus lágrimas, las llevó el Iltmo. señor Jara hasta el Pilar de Zaragoza, pronunciando entonces, para celebrar esa grandiosa fiesta en que la Madre España y sus antiguas hijas se abrazaron a las plantas virginales de *María*, la más soberbia alocución sagrada, que hizo vibrar, llorar y aplaudir al enorme auditório congregado en la plaza de la Constitución; que hizo pronunciar en todas partes el nombre de Chile, así enaltecido por su ilustre hijo, y que hizo decir a un crítico que era esta la más brillante Oración que labios humanos habían modulado en la armoniosa lengua de Cervantes. «*Pro Ecclesia et Patria*».

Trasladado más tarde este hombre extraordinario, por motivos imperiosos de salud, a la Diócesis de La Serena, puede decirse que si su antiguo celo varió, fué sólo para acrecentarse. Ahí quedan sus magníficas Pastorales, arsenal copioso de erudición, de prudencia, de virtud y de amor; célebres son sus primeras Conferencias para caballeros que atraían a estos por centenares a la Iglesia Catedral de La Serena; fundó y dió poderoso impulso a las benéficas asociaciones de señoras, Madres Católicas, Damas Chilenas, Protectora de la Infancia; recorrió dos veces su dilatada Diócesis para conocer personalmente sus necesidades y sus anhelos; y de él recibieron nuevo realce de progreso el Seminario serenense y el Santuario de Andacollo, confiado el primero a la benemérita Congregación educacionista del *Divino Verbo*, y el segundo a los apostólicos Hijos del Corazón de María;

pero ambos bajo la dirección superior, sapientísima y celosa del inmortal Prelado. « *Pro Populo, pro Juventute, pro Ecclesia* ».

La buena prensa, las escuelas y colegios, nuevos templos y Centros de Obreros recibieron de su mano paternal vida robusta y esplendorosa. « *Pro Juventute, pro Ecclesia et Populo* ».

Y como para cerrar con un broche de oro toda su hermosa vida, muere el grande Obispo cuando acaba de fundar en la ciudad de Ovalle el Instituto Comercial « *Juana Ross de Edwards* », destinado a procurar a la juventud de su Diócesis una educación sana y perfectamente práctica: « *Pro Juventute* »; y cuando acababa de enviar al Excmo. Nuncio Apostólico un mensaje de bienvenida empapado en afectos de filial amor y de adhesión incondicional a la Santa Iglesia de Cristo, en la persona del *Papa* y de su digno Representante en Chile: « *Pro Ecclesia* ».

He aquí, señores, el hombre que hemos perdido. Digo mal; *que es el Angel de los Ejércitos del Señor* que, llevando en los labios la ley de la verdad y caminando siempre por gloriosos senderos de paz y de equidad, trabajó incesantemente por el honor y la felicidad de la Patria y salvó a muchos de la iniquidad, preservando por millares a los jóvenes y a los humildes hijos del pueblo, porque encarnó en su propio corazón, sacados del Corazón mismo de Dios, aquellos sus grandes amores, a la Iglesia, a la Patria, a la juventud y al pueblo.

Si lo alcanzó a llenar cumplidamente, dígalo el vasto escenario de su actuación casi mundial: Chile, su Patria; Roma, su madre; la Argentina, España, Francia, Inglaterra, Suiza, Alemania, Jerusalén, el Perú y demás centros de civilización y de fe en que él obtuvo los triunfos incomparables de su elocuencia, *aguijoneado siempre por la ambición suprema y constante de la gloria, pero la de Dios*, jamás la de sí mismo... por lo cual esos fueron triunfos de la Iglesia y de la Patria, para la juventud y para el pueblo.

Pero basta, señores. El Ministro de Dios se acerca, y es necesario callar...

La muerte quiso sorprenderle; pero él escuchó sus pasos. Estaba preparado para el eterno viaje, como lo reveló íntimamente, según acaba de hacerse público: *Tempus resolutionis me instat.* Y, al irse al reposo, breves horas antes de pasar al reposo sin fin, decía a uno de los suyos: «A ver si tenemos novedades esta noche». Así, la muerte quedó burlada... Es que si ella quiso cogerle de improviso, fué por temor a que se le escapara de sus manos de hielo, reteniéndolo en la vida la oración ferviente de sus hijos, que por cierto se

habría alzado suplicante y eficáz, si la muerte hubiera avisado a otras horas su aproximación fatal.

Elevemos, señores, por él, nuestras plegarias, que puede no necesitar acaso, pero que, si nos hubiera sobrevivido, nos las habría consagrado de seguro.

·—※—·

— Y para concluir este pobre bosquejo, débil homenage de cariño y gratitud, dejadme, señores, terminar con una plegaria que brotó del corazón piadoso del Iltmo. señor Jara, en la circunstancia solemne de la consagración del mundo al Corazón de Jesús, en el centro de la cristiandad, Roma: «Oh Jesús dulcísimo, así como el Evangelista Juan, reclinado sobre tu pecho en la última Cena, embriagado en las delicias de tu Corazón, mereció llamarse y ser el Apóstol del Amor, así también nosotros, morando en ese mismo Corazón y disfrutando de sus dulzuras en el Altar, le procuraremos, con todas nuestras fuerzas, la mayor gloria que le es debida y publicaremos ante nuestros pueblos sus bondades.

«Acuérdate dulcísimo Jesús que nuestra querida Patria, en sus amarguras y en sus goces, en sus peligros y en sus glorias, siempre acude confiada a tu Sagrado Corazón, consagrándote, en testimonio de gratitud, colegios, sociedades, altares y templos.

«¡Que los Angeles del Señor, que rodean este Altar, lleven a ese Corazón Amantísimo nuestra consagración y traigan a nosotros sus copiosas bendiciones. Amén».

·—※—·

Así lo pediste, alma justa, un día. Así reclámalo, ahora, más cerca de Dios, rogando por nosotros, por nuestra Patria y por la Iglesia Universal.

¡ Requiescat in pace!.

Pbro. Sr. Don JOSÉ DE LOS SANTOS MANOBRERA

ORACIÓN FÚNEBRE

Pronunciada por el Pbro. señor D. José de los Santos Manobrera, Cura Párroco de Coquimbo, en las solemnes honras fúnebres que, en memoria del Ilustrísimo señor Jara, se efectuaron en la Parroquia de Coquimbo.

Erat summus sacerdos, virum bonum et benignum, verecundum risu, modestum moribus, et eloquio decorum... virum etate et gloria mirabilem... Hic est fratrum amator et populi.

Había sido gran sacerdote, hombre de bien y afable, de presencia venerable, modesto en sus costumbres y de gracia en sus discursos... varón insigne por la edad y majestad y... amado de sus hermanos y del pueblo. (Libro 2º de los Mach. Cap. XV, vers. 12, 13 y 14).

Señores Gobernadores Departamental y Marítimo: Señor Juéz Letrado: Honorable Cuerpo Consular: Señores:

A un sepulcro abierto recientemente, para recibir los despojos queridos de un Padre solícito y de un Pastor amante, se le ha colocado la losa que, tarde o temprano, encierra todas las grandezas humanas. La desgracia nacional con la sorpresa de la muerte inexorable,

los atavíos del cruel dolor, de la amarga pena en estas fúnebres manifestaciones, nos hacen verter lágrimas del corazón emocionado. La solemnidad austera del Santuario, el riguroso luto de este recinto sagrado, ese sarcófago con los ornamentos Pontificales, los cirios encendidos con su melancólica luz, el bronce sagrado de nuestra torre con el tañido de la plegaria triste, y vuestra misma respetuosa presencia me señalan con la palmaria evidencia los contrastes de la vida humana. ¡Lo que es la vida, señores; es un conjunto de misterios, es una luz que se apaga al más pequeño esfuerzo de la muerte!

La gratitud al que fué el Iltmo. señor Obispo de La Serena, Doctor D. Ramón Angel Jara Rus, y el fiel cumplimiento de un deber ineludible de justicia, nos reune para demostrar en esta fúnebre ceremonia nuestra admiración a ese gran patriota de Chile, que nos lega su ejemplo, al esclarecido Obispo de La Serena, Príncipe ilustre de la Iglesia y sin igual en el Episcopado Americano y de fama mundial en el viejo continente como en el nuevo mundo de Colón.

Bosquejaremos, siquiera a grandes rasgos, su actuación fecunda, en los puntos más culminantes de su vida espectable. Empero, siéntome débil con la impresión del que sufre por la pérdida del Padre amado, a quien trató muy de cerca, de un Prelado magnánimo con quien colaboraba en las tareas Pastorales, del mejor amigo para las comunicaciones íntimas en los ejercicios del ministerio. ¡Espíritu de fortaleza y de ciencia, ayudadme!

I

Según los tiempos y las necesidades de la época, la Providencia inefable de un Dios, que no se cansa ni se agota con el caudal de los recursos que reparte, envía a los hombres que elige para que cumplan con su destino los fines paternales de su voluntad soberana; así llegó a la mitad del pasado siglo XIX, el Pontífice que lloramos, el 2 de Agosto de 1852, siendo un hermoso vástago de preclaros padres, que lo fueron el señor Juán Nepomuceno Jara y la respetable dama doña Carmen Rus; la aristocrática familia celebró al niño en su fausto nacimiento con la fiesta bautismal; su nombre fué Ramón Angel. ¿Quién se imaginaría, señores, que ese tierno infante llegaría, al través de algunos años, a la muy elevada cumbre que ocupó y que el centinela de los tiempos le aguardaría con los merecidos títulos de los grandes honores que le esperaban, junto con la brillante fama de orador, y con

los abundantes medios que completaría las aspiraciones en sus variados servicios?

Los minuciosos anales de la Patria de consuno con la Historia Eclesiástica de Chile con sus prolijos detalles, ambos narrarán en sus páginas de oro la activa y colosal acción de esa figura extraordinaria, de talla gigantesca, el Iltmo. señor Dr. D. Ramón Angel Jara. Podemos aplicar perfectamente las sublimes expresiones evangélicas: *Pertransit benefaciendo:* «pasó por la tierra haciendo el bien». Y por todas partes se ve su obra, como si fuera una providencia universal.

El recuerdo de los primeros años de su vida en las aulas del aprendizaje, nos hace comprender que estaba elegido desde lo alto para desempeños de gran magnitud entre sus contemporáneos: en el hogar de sus respetables padres, primero; en el Colegio de los RR. PP. Franceses en Valparaíso; en el Seminario de Santiago en el curso de las Humanidades; después en la Universidad del Estado en la recepción del bachillerato y en el estudio de tres años de Leyes y Ciencias Políticas, siendo siempre brillantes sus pruebas finales de cada año. Este tiempo precioso lo aprovechó muy bien, para completar sus conocimientos literarios, como lo prueban sus discursos, sus variadas composiciones en prosa y en verso.

Dios, que gobierna como dueño absoluto, lo llamaba, y él inmediatamente obedece y vuelve al Seminario para dedicarse a los ramos de los cursos superiores eclesiásticos; porque ha sido escogido y pertenece a la tribu Levítica, para el servicio del altar del Señor, por eso como Samuel contestó a Jehová sometiendo su voluntad a la obediencia suprema. Ordenado de sacerdote el 18 de Diciembre de 1875, dió comienzo a la era de sus fervorosas aspiraciones; entra de lleno al trabajo en el vasto campo, que se le presentaba a su paso, sin vacilaciones ni dudas; ha comprendido las palabras de Cristo al apostolado sacerdotal: *Sicut missit me Pater, et ego mitto vos:* «Así como mi Padre me envió, así yo también te envío». (San Juan XX, 21); por eso la paternidad de las almas le perteneció durante toda su carrera del santo ministerio y jamás escatimó su esfuerzo con su decidida voluntad. El propósito hecho para el desempeño sagrado, lo demuestran sus prácticas y su incansable dedicación a las tareas apostólicas. La eminencia de su oratoria fué universalmente reconocida: por eso, con muy calificados motivos, se le ha nombrado el Crisóstomo Americano, el Bossuet chileno y el Príncipe de la oratoria sagrada.

II

Las magníficas dotes reveladas en el joven Presbítero D. Ramón Angel Jara, llamaron la atención de su sabio Prelado el Iltmo. y Reverendísimo señor Arzobispo Dr. D. Rafael Valentín Valdivieso, quien le confió honrosas comisiones científicas, y, a la vez que se dedicaba al ministerio de la enseñanza, organizaba las obras sociales, establecía Centros para caballeros y jóvenes, Círculos para obreros, Patronatos para niños y Asociaciones para respetables damas; se comunicaba con todas las gentes y a cada uno entendía y le hablaba en su lenguaje, multiplicándose para sus instituciones; se daba tiempo para todo.

La contienda guerrera del Pacífico se reveló ante los hijos de Chile con toda su importancia de honor y de justicia; parecía que el estampido con el fuego de los cañones del norte, y la agitación de las batallas en las ardientes arenas del desierto, habían repercutido y caldeado el pecho del señor Jara, porque su corazón fogoso, palpitaba de amor a su Patria y rebosaba caridad para con todos, especialmente para con los soldados; aquí fué donde se inspiró el señor Jara y echó las bases de la fundación del Asilo de la Patria, destinado para los huérfanos, y después la artística construcción del bello templo de la Gratitud Nacional, para que también allí descansaran los despojos, en honrosas sepulturas, de las víctimas del deber, caídas en los campos de batalla.

Nombrado el señor Jara Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, allí fué el teatro de sus energías y del derroche de su talento; nada dejó por hacer; todo lo atendió e ingenió con esmero. Encontrándose en el desarrollo activo de sus ideales, lo llama el Iltmo. y Rmo. señor Arzobispo, Dr. don Mariano Casanova, y lo elige por compañero para marchar juntos allende los Andes, a la imposición del sagrado Palio al Rmo. señor Arzobispo Castellanos en 1895, llevando por lema el *Par multa,* cuyas influencias religioso-diplomáticas nos libraron de una guerra inminente. La palabra arrebatadora y elocuente del señor Jara se dejó oir en esta ocasión en Buenos Aires, en Luján y en Mendoza, siendo aplaudido con incontenible entusiasmo aun en los mismos templos, y así se consiguió la paz deseada.

Poco después del regreso a su grey porteña, fué preconizado y consagrado Obispo de San Carlos de Ancud, por el Iltmo. señor Obispo Dr. don Florencio Fontecilla, también de feliz memoria. En esa parte

austral del país, Monseñor Jara, ya Obispo, desplegó su vuelo de águila, dando libre curso al ardiente celo de un apóstol; sinembargo de ser difícil ese territorio para su servicio, él no dejó de visitar, y por varias veces, a sus amados diocesanos, quienes se encontraban repartidos entre las islas, en los parajes escarpados de las montañas y entre bosques, laderas y peñascales; a todos distribuía el alimento espiritual y material.

III

Jamás podríamos silenciar las verdaderas maravillas obradas por el Iltmo. Monseñor Jara en sus repetidos viajes al viejo continente; allá, en nombre de la Iglesia y como chileno, figuró con brillo en las Cortes europeas, siendo aplaudido en las públicas asambleas, en sus relaciones y confidencias con los Soberanos, de los cuales algunos lo condecoraron con insignias honoríficas de alto rango.

Su personalidad es una garantía y una gloria para los americanos. Obispo chileno, que gozó de gran prestigio y en él se engrandeció el clero de la Patria; en Roma era el distinguido de los Pontífices; León XIII, de inmortal memoria, celebró con él sus audiencias particulares con preferencia; el recordado Pío X lo enalteció y le dió suficientes pruebas de su paternal benevolencia y confianza, y nuestro Gran Benedicto XV lo llamó el Obispo querido y por cable ha comunidado en estos días al Excmo. señor Nuncio en Santiago, el gran pesar que ha sentido por la triste noticia del fallecimiento de Monseñor Jara y que en Roma se elevarían preces en su obsequio. Esto indica la mucha estimación que se le tenía en el extranjero.

Monseñor Jara viajó también por el África y por el Asia; en la Palestina, allá en la lejana Siria, en la cima del Monte Carmelo, erigió un monumento a Nuestra Señora del Carmen, a nombre de esta nuestra querida Patria y como Titular y Patrona de la República de Chile, colocando a su lado la bandera nacional, esculpiendo en el mármol y grabando en el bronce los hechos gloriosos del Ejército chileno y las proezas de la Armada nacional; el valor y heroísmo de los marinos y soldados en sus jornadas guerreras y del valer positivo del querido suelo de la Patria. Dió a conocer por todas partes la grandeza de Chile con sus glorias conquistadas que lo inmortalizan, en Italia, en Francia, en España y en Londres, en cuya Asam-

blea Eucarística que celebraban, le señalaron uno de los asientos de preferencia.

Como orador, fué lucido en los púlpitos de Tierra Santa, en la Catedral de Génova, en la Basílica de Asís, en la Plaza de los Mártires de Zaragoza y en el Santuario del Pilar, en donde colocó a la Virgen milagrosa, como trofeo del cariño filial, las diez y nueve banderas de las Repúblicas Sudamericanas.

Pero, aquí mismo, señores, en nuestro Departamento de Coquimbo, en el año de 1901, con motivo de la solemne Coronación de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, a donde asistieron cinco Obispos, en ese gran día de la fiesta clásica en ese pueblo, Monseñor Jara predicó el Sermón de la festividad, y el auditorio de miles de personas, se olvidaron que se encontraban en el templo y, al terminar Monseñor, todos prorrumpieron en un aplauso, que se hizo general por algunos instantes. Un hecho análogo le sucedió a Monseñor Jara en la Catedral de Buenos Aires, por la potencia de su palabra fascinadora, en el día aniversario del Centenario de la Independencia Argentina, cuya Iglesia estaba completamente llena de gente en la ceremonia oficial. Monseñor Jara tenía el arte de sugestionar con su palabra de orador, y atraerse las atenciones de sus oyentes y comunicar a todos la impresión que él sentía. Al recordar a los Padres de la Patria se fijó en el ínclito don José de San Martín, y dice: ¡Adelante General! mirando hacia la puerta principal; todo fué oirse esta feliz exclamación, los generales y oficiales presentes se colocan de pie y levantan la mano para el saludo militar, como que realmente penetraba allí el Gran San Martín; tal fué el poder de su elocuéncia. Y ¿por qué extrañar, señores, ese aplauso unánime, cuando en 1908, Monseñor Jara hace su viaje a la capital del Perú? Allí, en esa ciudad de los Virreyes del Coloniaje, entusiasmó con su palabra mágica de orador inimitable a todo el pueblo limeño, desde el personal de su Gobierno hasta el último del pueblo, desde la aristocrácia hasta el último plebeyo. ¿Como se explica, señores, que al salir de la Catedral este Obispo chileno, una gran poblada de gentes de toda condición lanzara a los espacios un ¡Viva Chile! y se dejara oir por las bandas musicales nuestro glorioso Himno Guerrero, la Canción Nacional chilena, que no se había oído después de 27 años, desde ese día de gloria inmortal, en que las huestes de soldados intrépidos de mi Patria, en que ese ejército vencedor chileno pisaba triunfante las calles de Lima a las órdenes de los bizarros Generales don Manuel Baquedano y don Cornelio Saavedra, el 20 de Enero de 1881? Esa

explosión de manifestaciones entusiastas, aun en los enemigos, los provocaba el Iltmo. señor Obispo Dr. D. Ramón Angel Jara, con su mágica elocuencia.

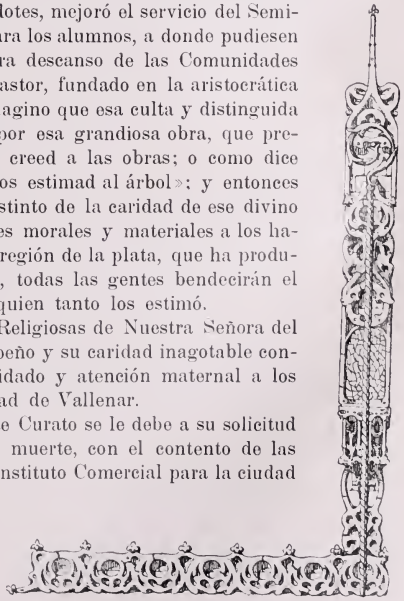
IV

Ese día, Domingo 30 de Enero de 1910, nadie pudo imaginar que ocurriría lo que actualmente nos ocupa, cuando trasladado de la jurisdicción de Ancud a la Diócesis de La Serena, el Iltmo. Monseñor Jara llegaba a las riberas Coquimbanas para tomar solemnemente posesión de su Iglesia serenense.

Su actuación en la Sede Episcopal de La Serena, en los 7 años de su acertado y prudente gobierno, ha sido fecunda; hizo cuanto pudo. Estableció instituciones sociales, erigió nueve Parroquias, construyó en la ciudad de La Serena el Santuario de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, colocó en la cima del cerro de Santa Lucía el Monumento a Nuestra Madre del Carmen, por quien sentía profunda devoción, fundó la Academia, casa para sacerdotes, mejoró el servicio del Seminario, compró un hermoso Parque para los alumnos, a donde pudiesen salir a vacaciones, e igualmente para descanso de las Comunidades Religiosas; el Convento del Buen Pastor, fundado en la aristocrática ciudad de Copiapó, por el que me imagino que esa culta y distinguida sociedad debe sentirse complacida por esa grandiosa obra, que pregonan los hechos: *Operibus credite,* creed a las obras; o como dice la divina inspiración, «por sus frutos estimad al árbol»: y entonces apreciaréis de veras el bellísimo instinto de la caridad de ese divino Pastor, que prodigara grandes bienes morales y materiales a los habitantes de esa antigua e histórica región de la plata, que ha producido bastante riqueza al país: pues, todas las gentes bendecirán el nombre ilustre de Monseñor Jara, quien tanto los estimó.

La Comunidad de las abnegadas Religiosas de Nuestra Señora del Huerto, la que con su poderoso empeño y su caridad inagotable consiguió en Buenos Aires, para el cuidado y atención maternal a los enfermos, en el hospital de la ciudad de Vallenar.

La misma casa Parroquial de este Curato se le debe a su solicitud Pastoral. En la tarde, víspera de su muerte, con el contento de las almas grandes, dejó establecido un Instituto Comercial para la ciudad de Ovalle.



Monseñor Jara fué paternal en su trato y agradable en sus comunicaciones; vemos sus obras y lloramos su pérdida irreparable. Para conocer a los hombres, señores, hay que tratarlos de cerca. ¡Qué personalidad tan excelente la de Monseñor Jara! Consagró cuatro Obispos, ordenó a un incontable número de sacerdotes. Sirvió diplomáticamente a la Patria ante Gobiernos vecinos, llevando por doquiera la oliva de la paz.

Después de contemplar la majestad de la muerte, se plegan todas las distintas banderas, para hacer justicia, reconocer su grandeza y preconizar los méritos del Iltmo. Monseñor Jara; ha muerto para la Iglesia y para la Patria. Pero ¿quién recogerá la preeminencia de sus cualidades?... Sus recuerdos y su memoria vivirán y se conservarán para la posteridad y para la justa admiración de las futuras generaciones.

Muere Monseñor Jara, y es una gran pérdida para la Patria; con el luto nacional, nos llegan los clamores de condolencia de más allá de las fronteras de Chile; casi no ha habido Nación ni Gobierno amigo que no se haya adherido y enviado su sentido pésame a la Iglesia chilena y al Gobierno de nuestra República, porque su lema fué *Dios* y *Patria* y por eso se hizo grande.

Ha muerto siendo el Decano del Episcopado chileno: era el Obispo más antiguo del país, por eso también su consejo experimentado era oído con respeto y con cariño por los demás Obispos.

En los Santos Ejercicios del clero en este año, y precisamente hace un mes, nos dijo en una de sus Conferencias Pastorales, que recuerdo perfectamente:

«Los que estamos próximos a ser llamados al Tribunal de Dios, hemos de tratar con toda sencilléz y franqueza las verdades».

V

La imaginación creadora de Monseñor Jara todo lo abarcaba, y para la propagación del ideal cristiano, reputación de los fueros de la fe y crédito de la Religión, que amaba como a su propia alma, alzaba su voz por todas partes que transitaba, en su Patria y en el extranjero; en su país era deseada su palabra, en el púlpito, en la tribuna, en la asamblea y en las reuniones sociales; y más lejos de los límites chilenos, era el aplauso atronador el que le seguía, como a su propia sombra.

Su firmeza ilustrada, sus talentos y virtudes sobresalientes le dieron siempre éxito brillante y eficáz en todas sus empresas y elevados proyectos; aprovechaba todos los medios que tuviera a su alcance: la prensa periódica, el diario, la revista, el folleto y en toda publicación de verdad y justicia derramaba su espíritu de un gran apóstol; por eso lo vemos colaborando con los prohombres genios del país y combatir con las armas de las letras y de la doctrina, como San Pablo; quedan para recuerdo sus escritos en «La Estrella de Chile», su cooperación a «La Revista Católica», «La Cruz del Sur», «La Revista del Buen Pastor», «La Familia». Semanario este último que fundó Monseñor Jara en La Serena para atender a la acción social católica y cuyo tiraje es mayor que el de cualquiera otro órgano de prensa en la Provincia.

Me olvidaba, señores, de dos hechos históricos de Monseñor Jara: su acción colosal en el monumento del Cristo de los Andes y su asistencia oficial a la coronación de la veneranda e histórica imagen de Nuestra Señora del Carmen del Ejército de los Andes, reliquia conservada en la Iglesia Franciscana de Mendoza. Allí Monseñor dió mayor lustre a su acentuada fama de gran orador chileno y logró ver colmadas, en esa trascendental celebración, todas las glorias militares y políticas, y postrados sus Gefes en actitud reverente ante el Señor de los Ejércitos.

VI

¡Ah! no me habría sido posible, señores, poner término a esta significativa y fúnebre demostración, sin haber dado libre espansión a los desahogos de mi alma emocionada, antes de entonar las últimas preces litúrgicas. Tenía que pagar una deuda de inmensa gratitud por tantas veces que nos visitó, accediendo siempre gustoso a las invitaciones que le hiciéramos y asistiendo a las solemnes fiestas en esta nuestra Iglesia Matríz. La bendición de la primera piedra del nuevo Templo Parroquial, ceremonia que la recordaréis, en ese día 1° de Enero de 1914, que hizo época en los anales del Curato, cuando con esa misma celebración se conmemoró el aniversario de un cuarto de siglo sacerdotal, en las bodas jubilares de plata del que habla. ¡Oh! Venerado Padre, me dijisteis esas expresiones de afecto paternal, que no olvidaré jamás!

¡Prelado querido! Yo fuí el primero en saludaros y daros la bienvenida en vuestra llegada — la primera vez que arribasteis — como Obispo de esta grey, y ahora me toca, con profundo dolor, daros el sentido adiós de despedida para siempre, y a la vez, en unión con vuestros hijos de Coquimbo, os decimos adiós y elevamos todas nuestras preces al Dios de Clemencia y de Misericordia, y con el pesar y unánime sentimiento reiteramos ese clamor del alma en obsequio del que fué bondadoso Pastor.

¡Descansad eternamente en paz! *Requiescat in pace.*

R. P. MARIANO CIDAD

Superior de los Misioneros del Corazón de María en La Serena.

ORACIÓN FÚNEBRE

Pronunciada por el R. P. Mariano Cidad en las exéquias del Iltmo. señor Jara, celebradas en Ovalle el 17 de Marzo de 1917.

Qui praevalnit amplificare civitatem.
Procuró en todo sentido el engrandecimiento de su Patria. — Eclesiástico, Cap. 50, vers. 5.

Qué consternación, señores, qué inmensa amargura oprime todavía en estos instantes a la noble Nación chilena! ¡Cómo el cable y el telégrafo, con chasquidos y quejumbres de dolor, nos han trasmitido de todas las naciones donde era conocido y muy amado, la pena que a todos nos embarga!

Ola inmensa de luto, desolación y quebranto indescriptible sigue circulando por todos los ámbitos de la República, y, traspasadas sus

fronteras, lleva el dolor y la consternación a todos los países del nuevo y viejo continente. ¿Qué significan ese túmulo, ese luto con que nos vemos cubiertos, esos trofeos y monumentos de la muerte? ¿Quién ha sido víctima de la saña inexorable de la Parca que todo lo domina y subyuga, y que hace rodar por el fango de la tierra los cetros y coronas, las mitras y tiaras? ¿Quién ha sido víctima de esa reina y dominadora de las generaciones, pueblos y gentes del orbe, que hiriéndolas con certero golpe, arremolina en torno suyo, como el fiero vendaval las hojas secas del bosque hasta arrojarlas al cauce de un río caudaloso, a desaparecer para siempre sepultadas en el mar?

¡Oh muerte cruel, siempre aborrecida y siempre odiada! Desde hoy más te aborrezco con toda mi alma, porque, ¡sacrílega! clavaste tu diente en la sagrada persona del Santo de Dios, y te arrojaste, ¡traidora! sobre aquella anciana naturaleza cargada de triúnfos y de glorias, e imprimiste beso mortífero en aquella frente surcada de arrugas venerables, y turbaste aquellos ojos del Ungido de Cristo, y nos robaste ¡traidora! aquella vida que ha glorificado a la Iglesia y a la Patria como ningún hijo de Chile.

Yo ví sus labios entreabiertos por una última sonrisa, la sonrisa del justo, y mis manos los ungieron con el Óleo Santo, cuando ya no exhalaba ni un suspiro. Yo ví aquellos ojos que parecían dormir bajo los párpados cansados, y al ungirlos noté que de ellos ya no salía un resplandor, ni de su corazón, rendido a las fatigas, se escapaba ni un solo latido.

¡Oh muerte cruel, siempre aborrecida y siempre odiada! Tu imperio y tu reinado es de sangre y de esterminio. Tinieblas y obscuridad, ruinas y escombros, cetros y mitras hechos mil pedazos, he ahí tu patrimonio. Sobre estos despojos levantas tu negro y repugnante trono rodeado, dijo un elocuente orador, de una laguna innavegable de lágrimas y de sangre.

¿Y es verdad, señores, que ha sido víctima de sus rigores y de sus iras el preclaro Obispo chileno, el gran Patriota, el gran Orador que con su elocuéncia arrebatadora ha esclarecido el nombre de Chile, cual ninguno de sus hijos?

Murió, señores, el querido y admirado Pastor de La Serena; así lo confirma, desgraciadamente ese clamor, ese dolor universal, estos fúnebres cantos que, empezados bajo las bóvedas de la Catedral serenense, han resonado en todos los templos de la Diócesis, y vienen a reproducirse hoy en Ovalle, en este augusto Santuario de la ciudad

que quizás más amó, a la que mayores pruebas de cariño prodigó hasta en sus últimos momentos, a favor de la cual dictó el último de sus decretos, conservando recuerdos imborrables de sus hijos y amigos de Ovalle.

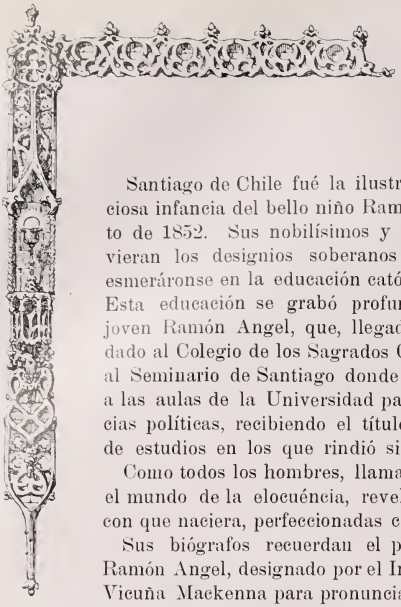
No es extraño que en este recinto se hayan congregado los hijos todos de esta ciudad, las autoridades, las instituciones civiles y religiosas, y, sin distinción de ideas y colores, vengais a tributar el homenage del cariño y de la admiración al gran Obispo, al gran patrióta, al más elocuente de los tribunos y oradores.

Y vosotros, hijos de mi Patria, no es extraño que hayais colocado la heróica bandera española junto con el tricolor chileno sobre el féretro de Iltmo. señor Ramón Angel Jara, Presidente Honorario de nuestra Beneficencia, a quien, en la fecha memorable del 12 de Octubre pasado, vimos estrechar nuestro estandarte contra su corazón diciendo en presencia de las autoridades civiles, judiciales, militares, eclesiásticas, de lo más distinguido de la sociedad serenense, y de todos los españoles de La Serena.

«Permitidme que yo estreche entre mis manos esa purísima y gloriosa bandera que ama mi corazón como la suya propia; y os juro, mis amigos españoles, por la Virgen Pilarica, como Obispo, como chileno, como hijo de España que tengo la gloria de preciarme, que esta bandera purísima, esta bandera heróica no será jamás, mientras yo viva, abandonada o mancillada, y que antes moriría que dejar profanar sus invictos colores». Muy bien, que esa bandera roja y gualda se rinda enlutada sobre el sarcófago velando sus restos.

—Porque amaba sobre todas las cosas a la Iglesia y a la Patria, ha enaltecido a Chile en uno y otro continente. «Exquisivit omni modo exaltare populum suum,» y Dios, en retorno, enalteció a Monseñor con fama mundial.

No me hubiera atrevido a subir a este lugar si una comisión de amigos, a quienes la amistad sincera y leal no permite negar sacrificio alguno, no me hubiera pedido esto tan superior a mis alcances; pero gustoso aprovecho la oportunidad de hacer un pequeño elogio fúnebre del que hizo tantos y tan cariñosos y sinceros de mi Patria, de esa Madre España que él tanto amaba y alababa.



I

Santiago de Chile fué la ilustre cuna que meció y arrulló la graciosa infancia del bello niño Ramón Angel Jara, nacido el 2 de Agosto de 1852. Sus nobilísimos y cristianísimos padres, como si previeran los designios soberanos del Altísimo sobre esta criatura, esmeráronse en la educación católica y literaria de su amada prenda. Esta educación se grabó profundamente en el tierno corazón del joven Ramón Angel, que, llegado a la edad competente, fué trasladado al Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso, más tarde al Seminario de Santiago donde terminó las Humanidades, pasando a las aulas de la Universidad para seguir el curso de Leyes y Ciencias políticas, recibiendo el título de bachiller después de tres años de estudios en los que rindió siempre brillantes pruebas.

Como todos los hombres, llamados a desempeñar un gran papel en el mundo de la elocuéncia, reveló desde niño las grandes aptitudes con que naciera, perfeccionadas con el trabajo de las aulas.

Sus biógrafos recuerdan el primer triunfo oratorio del escolar Ramón Angel, designado por el Intendente de Santiago don Benjamín Vicuña Mackenna para pronunciar el discurso cívico en la inauguración del Cerro Santa Lucía, donde multitud incontable lo aplaudió efusivamente.

Salía joven del colegio, y ya el aplauso público siguióle los pasos, siendo admirado como un prodígio en todos los centros y relaciones sociales. Su brillante talento, sus dotes de elocuéncia y de carácter le prometían el porvenir más risueño en el foro, en la diplomácia y en todos los círculos aristócratas. Pero, al segar los primeros laureles y recibir los primeros halagos de la juventud, siendo todavía MÁS PIADOSO QUE ELOCUENTE, cambió a los 17 años de 1869, el auge y brillo social por el voluntario encerramiento del Seminario, a cuyas puertas llamó en busca de la sotana del seminarista.

A los 23 años recibió la investidura sacerdotal, después de forjarse en el yunque de la sólida virtud, de la abnegación, humildad y sacrificios necesarios a todo sacerdote, y mucho más a quien debía desempeñar su apostolado entre los aplausos y alabanzas de las multitudes.

El tribuno, que se inició en la manifestación cívica del cerro Santa Lucía, se transformó en Apóstol de Jesucristo, empleando su elocuéncia ardorosa y sonora en la conquista de almas para Dios bajo las bóvedas del templo.

II

El joven sacerdote, señor Jara, juntó a la elocuéncia natural una grande y sólida virtud y un corazón lleno de bondad que vibraba al contacto de los ajenos dolores y de los grandes amores. El prestígio del joven orador sagrado se cimentó firmemente en la sociedad santiaguina y en las mismas esferas oficiales, extendiéndose el éco de su fama a todas las provincias de Chile, donde era solicitado para los discursos patrióticos y religiosos, que oían con delírio las multitudes.

Los Círculos de Obreros, los Patronatos, los Centros sociales y Conferencias de San Vicente, de él recibieron las primeras normas de dirección recogidas en las capitales europeas, que con este fin visitara en su primer viaje.

En su afán de servir al huérfano, a la viuda y al guerrero de la campaña del Pacífico, tomó a su cargo recorrer las parroquias de Santiago y Provincias para inducir al pueblo con sermones patrióticos a la defensa de la Nación empeñada en guerra desigual, debiéndose en gran parte la victoria sobre dos naciones al que con encendidas arengas trasladaba centenares de valientes a los campos de batalla. Y, mientras los padres y esposos peleaban en el campo del honor, fundaba el Colegio de San Miguel para asilar y educar los hijos de los combatientes, y la Casa de Purísima y el Asilo de la Patria para los niños huérfanos de la guerra.

Una de las más brillantes Oraciones patriótico-religiosas fué la que pronunciara en Valparaíso al recibir, coronado de laureles, al ejército del general Baquedano; de tal suerte supo tocar las ternezas pátrias, que la apiñada concurrencia aplaudía, lloraba y vivaba al país durante el discurso del señor Jara.

III

Pronto la Nación reclamó el auxilio de su patriotísmo y su elocuéncia para obtener triunfos que no obtenía la diplomácia.

Eran los días en que se cernía pavorosa en el horizonte la tempestad de próxima guerra. La Patria pidió a la Iglesia misión de paz, y el Arzobispo don Mariano Casanova y el Pbro. don Ramón Angel Jara partieron al vecino país como apóstoles de paz. Nunca

vibraron tan altos y robustos los acentos patrióticos. La majestad del templo de Luján no impidió que las manos aplaudieran, que antes de bajar las escaleras del púlpito recibieran los parabienes de distinguidos caballeros. La Iglesia Catedral de Buenos Aires, reconocida y admiradora, le nombró su Canónigo Honorario, y los recelos y desconfianzas de dos pueblos se refundieron al calor de su palabra, caldeada en el amor de Dios y de su Patria; y el Cristo Redentor de los Andes, es monumento perenne del abrazo fraternal de Chile y la Argentina.

¡Honor al gran servidor de esas dos naciones!

Mas tarde, siendo ya Obispo, quedará confirmado por segunda vez el hecho de que la elocuéncia del patrióta obtendrá triunfos imposibles a la diplomácia.

Todos recordamos las grandes manifestaciones tributadas al Ilustrísimo señor Jara en la capital de los Virreyes, cuando hizo su último viaje al Perú en misión confidencial del Gobierno. En esta ocasión pronunció un discurso elocuentísimo en la Catedral de Lima, discurso que tenía en su contra la nacionalidad del orador.

Pues bien, la elocuéncia del Crisóstomo chileno triunfó también esta vez, y una salva interminable de aplausos estalló en el mismo recinto sagrado. Gráfica es la palabra que pronunció: «No vengo revestido con la estrecha casaca del diplomático, sino con el ámplio manto del Pastor cristiano que a todos cobija por igual».

Imposible recordar en estos momentos las diversas etapas de esa vida, ni referir los hechos más culminantes de sus veinte años de Presbítero, y otros veinte de Obispo. La historia eclesiástica de Chile deberá discernirle lugar prominente entre los grandes servidores de la Patria.

IV

Sacerdotes de su talla no pueden menos de recibir los honores del Episcopado, y en él desplegar todo el ardor de su celo por Dios y por la Patria. En los relatos biográficos, que llenan las columnas de los diarios, viene el catálogo de las grandes obras que llevó a cabo en las dos Diócesis que regentó: de Ancud y de La Serena, entregando el Seminario de Ancud a la dirección de los jesuítas, el de La Serena que confirmó la dirección a los PP. del Divino Verbo, erigiendo parroquias en gran número, institutos comerciales en Valdivia y en Ovalle

(este el hijo póstumo de su fecundidad asombrosa), Liceos, Colegios y Escuelas para la juventud y niñéz, Círculos, Centros y Patronatos para el obrero; Orfelinatos, Gotas de Leche y Protectora de la Infancia para los pobres desvalidos, ancianos, viudas y guaguas, la grandiosidad y esplendor debido al culto religioso...; en fin, todos los ramos del gobierno episcopal encontraron en Monseñor Jara el Obispo celoso y emprendedor.

V

Pero, señores, a ese coloso, a este gigante hay que mirarlo de lejos para saberlo apreciar.

Así y sólo así se han podido justipreciar sus talentos, su oratória, sus virtudes, sus méritos religiosos y civiles. Así lo han hecho pueblos enteros: La Argentina que, como a héroe y triunfador, lo ha vitoreado en sus plazas, en sus calles y hasta en sus templos. El Perú, donde hizo recordar el nombre de la Patria con aplauso y gloria. En la cima del Carmelo, donde colocara perenne monumento a la dama de su corazón, a la Reina de su Patria, a la Capitana de sus Ejércitos. En Jerusalén, el día de Viernes Santo, haciendo derramar lágrimas de los ojos y gemidos del corazón a numerosos peregrinos. En Génova, predicando en la lengua dulcísima del Dante. En Roma, al presentar las diez y nueve banderas americanas, para ser bendecidas por el santo Pontífice Pío X, y al decirle que «caiga bendición especial sobre el tricolor querido de estrella en campo azul, que es la bandera de Chile, que es la enseña idolatrada de la Patria, cuya presencia junto al Trono del Vicario de Jesucristo despierta en el alma tan dulces emociones, que solo le restan fuerzas para tender sus brazos como los tiende un hijo al cuello de su madre», mereció el señor Jara un «BRAVO» con que interrumpió el Santo Padre, participando del mismo entusiasmo los Cardenales y demás distinguidísimos concurrentes.

Testigo de su elocuéncia es el gran Congreso Católico de Londres en donde, invitado especialmente el señor Jara por el duque de Norfolk, Presidente del Congreso y gefe de los católicos británicos, pronunció, con tal motivo, un discurso magistral en francés, y fué tan magnífica su elocuéncia que el duque bajó de la Presidencia para cederla al Obispo chileno.

En el gran Concilio Plenario Americano, pronunció Monseñor un discurso en latín que mereció los más cumplidos elógios de los Cardenales, Arzobispos y Obispos allí reunidos.

VI

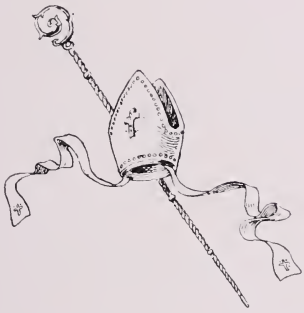
Pero donde rayó más alto su fama de orador eminentísimo, fué en esa tierra privilegiada a la que él llamaba con el nombre cariñoso de la Madre Patria, la vieja Madre España.

Era el 4 de Octubre de 1899; celebraba de Pontifical en la Iglesia de San Francisco el Grande de Madrid el Iltmo. señor Jara, ante un público numerosísimo. Pronunció una alocución tan brillante y fueron tan elocuentes sus palabras y tan honda la impresión que hicieron en el público, que la orquesta rompió en el mismo recinto sagrado con los acordes del Himno nacional chileno. Al oir Monseñor Jara en tierra lejana y extrangera las notas del Himno pátrio, volvióse nuevamente al público que deliraba de entusiasmo, y, con lágrimas de gratitud y de emoción, prometió llevar un día todas las banderas americanas al pie de la Virgen de Zaragoza en ofrenda cariñosa y filial.

Llegó el día de cumplir su promesa, año de 1908, y de Roma, donde fueron bendecidas como antes indiqué, las llevó en triunfal procesión hasta la Basílica del Pilar de Zaragoza. Fué preciso dejar la gran Basílica y reunirse las multitudes en la gran plaza del Pilar, ya para oir todos la elocuéncia y armonías de este nuevo Castelar, ya también para vivar libremente y aclamar y aplaudir y vitorear al coloso de la elocuéncia sagrada y de palabra mágica, electrizadora. La admiración y entusiasmo del pueblo hispano habían llegado hasta el trono, y es el rey Alfonso XIII quien lo invita a su Palacio y a la Capilla Real, y Alfonso lo ama, lo admira, lo aprecia con cariño particular, y lo condecora con las más grandes insignias: la Gran Cruz de Carlos III, el Collar y la Cruz de la Reina Isabel la Católica, y varias otras más. El Gobierno y altos personajes palatinos, y toda la Corte, singularmente la Infanta Isabel, le colman de honores y distinciones que a pocos se les tributan, y el pueblo enloquecido pronuncia con cariño el nombre de Chile, y el de Monseñor.

Así se aprecian de lejos las grandes figuras, y se prodigan el «BRAVO», el «VIVA» y el aplauso en tierras extrañas a quien justamente se lo merece.

¡Que descanse en paz el eminente Prelado y esclarecido ciudadano! Y que nuestras plegarias llegen hasta el trono de gloria con que el Dios de justicia habrá premiado al santo y sabio Obispo, para mostrar así al que fué nuestro amado Diocesano, que su memoria y gratitud quedarán eternamente grabadas en nuestros corazones.



ALGUNOS JUICIOS

DE LA

PRENSA DEL PAÍS Y DEL EXTRANGERO

GRAN OBISPO Y GRAN CIUDADANO

(De El Chileno de La Serena, Marzo 10 de 1917)

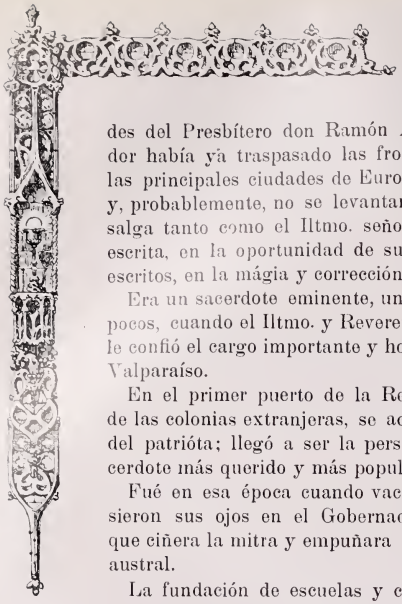
Han trascurrido apenas veinte y cuatro horas del lamentado fallecimiento del ilustre Obispo de La Serena, Monseñor doctor Ramón Angel Jara, y ya, de un extremo a otro de la República, se declara unánimemente, que ha sido gloria de la Iglesia y de la Patria.

Verdad es que nunca se negaron al egrégio Prelado, ni en el país ni fuera de él, los títulos bien merecidos, por su brillante actuación de más de cuarenta años, de servidor esclarecido de la religión y de este suelo que tanto amaba.

No cabe en los estrechos límites de un artículo de diario la enumeración siquiera de todas las obras emprendidas por el Iltmo. señor Jara en bien de la Iglesia, en honra del país, en beneficio de la juventud, en socorro del pobre.

Ya en los primeros años de su ministerio sacerdotal puso a contribución su innegable talento, su prestígio de gran orador y sus relaciones sociales para fundar el Asilo de la Patria bajo el patrocínio de la Vírgen Santísima del Carmen, devoción predilecta de su corazón eminentemente chileno. Más tarde, la Universidad Católica lo tuvo por su primer Secretario General; las Conferencias de San Vicente por uno de sus socios más abnegados y entusiastas; el púlpito por el más fecundo, galano y elocuente de sus oradores; la prensa por un colaborador asíduo y talentoso; los claustros y colegios por sabio maestro; la juventud y los pobres por su decidido protector.

No hubo en Santiago obra ninguna patriótica, religiosa o social que no contara con la eficáz ayuda del talento, ilustración y virtu-



des del Presbítero don Ramón Angel Jara, cuya fama de gran orador había ya traspasado las fronteras del país y era pregonada en las principales ciudades de Europa y América. Pasarán muchos años y, probablemente, no se levantará en Chile un sacerdote que sobresalga tanto como el Iltmo. señor Jara en la elocuéncia hablada y escrita, en la oportunidad de sus discursos, en la hermosura de sus escritos, en la mágia y corrección de su palabra incomparable.

Era un sacerdote eminente, un ciudadano ejemplar y patrióta como pocos, cuando el Iltmo. y Reverendísimo señor Arzobispo de Santiago le confió el cargo importante y honroso de Gobernador Eclesiástico de Valparaíso.

En el primer puerto de la República, empório del comercio y sede de las colonias extranjeras, se acrecentó el prestígio del sacerdote y del patrióta; llegó a ser la persona de mayor influencia social, el sacerdote más querido y más popular de la ciudad.

Fué en esa época cuando vacó el Obispado de Ancud, y todos pusieron sus ojos en el Gobernador Eclesiástico de Valparaíso para que ciñera la mitra y empuñara el báculo de Pastor de esa Diócesis austral.

La fundación de escuelas y colegios, la creación de nuevas parroquias, el Sínodo Diocesano, la construcción de una Catedral monumental, la visita dificultosísima de toda la Diócesis, distribuyendo a manos llenas el pan sabroso de la divina palabra, son únicamente algunas de las muchas obras pastorales de Monseñor Jara; habría que agregar sus admirables escritos, su caridad inagotable, los fervores de una piedad, que no sufría desmayos, para bosquejar siquiera su fecunda obra de grande y celoso Obispo.

Cuando hace ocho años ocurrió en estos mismos días de Marzo el lamentado fallecimiento del Iltmo. señor Fontecilla, la Santa Sede y el Gobierno de la República eligieron al Iltmo. señor Jara para regir los destinos de la Iglesia de La Serena.

Y frescas y lozanas están sus obras en este Obispado en la instrucción de la juventud, en la formación del clero, en las parroquias, sociedades e institutos que fundó, en la protección a la prensa católica, en el cuidado de la infancia desvalida, en el amparo del pobre y del enfermo. Aun resuenan los écos de sus elocuentísimas exhortaciones, de sus discursos admirables, de sus doctas enseñanzas. Serán monumento eterno a su memoria los sabios Edictos y Pastorales, los códigos con que regulaba la marcha de su prudente administración en la Diócesis.

La piedad viva y edificante fué otra de las notas sobresalientes del gran Obispo que hemos perdido. ¡Con qué fervor rezaba, con qué majestad y decoro celebraba los divinos oficios!

En realidad honraba las sagradas vestiduras y sabía dar a las ceremonias religiosas un realce magnífico y conmovedor.

¡Era un gran Obispo!

Fué asimísmo un gran ciudadano. Después de Dios, la Patria ocupaba el segundo lugar en sus más sagrados afectos. Se complacía en pasear en triunfo por las naciones extranjeras la hermosa bandera de Chile y en hacer brillar, con fulgores de cielo, su estrella solitaria. Por eso, porque amaba a esta Patria querida, más de una vez se esforzó en hacerla aclamar en lejanos países, mediante su elocuéncia arrebatadora. Por él, por el gran ciudadano, se vivó a Chile con delírio en Buenos Aires y en España, en el Perú y en Italia y donde quiera que iba Monseñor Jara; pues, poseía el don de ganar los corazones y convencer las inteligencias con el encanto de su palabra.

Y este es el Pastor que hemos perdido; este es el ciudadano que ha descendido al sepulcro, en medio del dolor de todo un pueblo que admiraba su talento y sus virtudes.

Sí, honra de la Iglesia y de la Patria ha sido Monseñor Jara y seguirá siéndolo, mientras haya en Chile quien sepa enaltecer la memoria de los hombres que han consagrado su saber y sus talentos al engrandecimiento del suelo que los vió nacer y han empleado los mejores años de su vida en el aprendizaje de la ciencia y en el ejercício de la virtud.

Con razón, pues, la bandera de Chile, cubierta de negro crespón, se ha izado desde ayer en las iglesias, establecimientos y edificios públicos en señal de duelo por el fallecimiento del Iltmo. señor Obispo. Es la Patria que se une a la Iglesia para llorar sobre la tumba de uno de sus hijos más preclaros.

En esta dolorosa pérdida, que no vacilamos en calificar de duelo nacional, presentamos nuestra respetuosa y sentida condolencia al Iltmo. señor Vicario Capitular, al Venerable Cabildo Eclesiástico, al clero de la Diócesis y a los distinguidos deudos del Iltmo. señor Jara.

¡Que descanse en paz, a la sombra bendita de la cruz, junto al altar donde celebraba el augusto Sacrificio, envuelto en los pliegues venerandos de las banderas de la Religión y de la Patria, el grande Obispo de La Serena, que desde ayer ha entrado a la dichosa inmortalidad de una vida mejor y a figurar en las páginas en que, con letras de oro, escriben la Iglesia y el Estado los nombres queridos de sus grandes servidores!

El Iltmo. señor Obispo doctor don Ramón Angel Jara.

(De «La Unión» de Santiago)

La Iglesia y la Patria están de duelo. El que fuera ornato y gloria de ambas: el que honrara a la una, que le contaba entre sus Príncipes, despertando por ella veneración y amor, y el que diera lustre a la otra, que le contaba como uno de sus hijos preclaros, paseando su nombre y conquistando aplausos para ella en el antiguo y nuevo mundo; el que en América y Europa fuera aclamado como nuevo Crisóstomo de la oratória, acaba de entregar su alma en las manos de Aquél que la adornara con tantas y tan grandes prerrogativas.

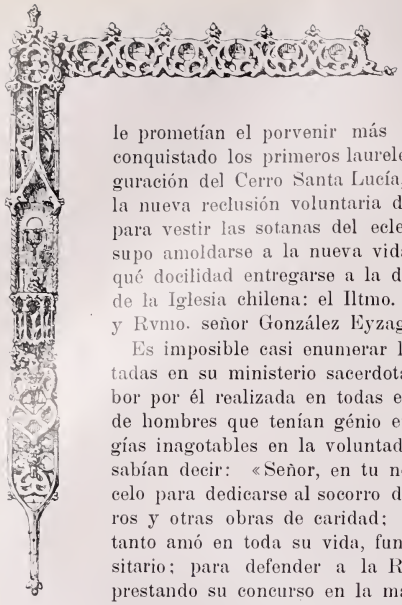
Ya en dos ocasiones había parecido extinguirse esa vida, por tantos títulos querida; pero no era posible que dejara de latir en lejana tierra, un corazón que tanto había amado a su Patria. Dios lo ha llamado en ella.

Ha llegado su muerte de improviso, como para hacer más dolorosa una pérdida de suyo tan sensible. Es imposible evocar su recuerdo en esta hora, sin que en medio del pesar se agolpe el cúmulo de rasgos de su vida, que hacen del Iltmo. señor Jara una de las figuras más grandes, no sólo de la Iglesia chilena, sino del mundo católico.

Imposible sería reunir en unas pocas líneas las diversas etapas de esa vida; cuando ésta haya de escribirse, muchas serán las páginas que ocupe, y la historia eclesiástica de América habrá de discernirle lugar prominente entre los grandes.

Fué Monseñor Jara un hombre, cuya grandeza de corazón pudo revelarse desde su niñéz.

Educado en el Seminario Conciliar de Santiago, salió al mundo, en donde su brillante talento, sus dotes de elocuéncia y de carácter



le prometían el porvenir más risueño. Pero cuando apenas había conquistado los primeros laureles, al revelarse en público en la inauguración del Cerro Santa Lucía, prefirió cambiar el auge y brillo, por la nueva reclusión voluntaria del Seminario, a donde fué a golpear para vestir las sotanas del eclesiástico. ¡Con qué virtud, entonces, supo amoldarse a la nueva vida, llena, sin duda, de sacrificios, y con qué docilidad entregarse a la dirección de otras dos ilustres figuras de la Iglesia chilena: el Iltmo. señor Larráin Gandarillas y el Iltmo. y Rvmo. señor González Eyzaguirre!

Es imposible casi enumerar las obras por él emprendidas y alentadas en su ministerio sacerdotal, y mucho más difícil contar la labor por él realizada en todas ellas. Perteneciente a una generación de hombres que tenían génio en la mente, fe en el corazón y energías inagotables en la voluntad, y que, como el pescador de Galilea, sabían decir: «Señor, en tu nombre echaré la red», dió alas a su celo para dedicarse al socorro de los pobres en los círculos de obreros y otras obras de caridad; para salvar a la juventud, a la que tanto amó en toda su vida, fundando el primer Pensionado Universitario; para defender a la Religión, tan inicuamente perseguida, prestando su concurso en la magna obra de la Primera Unión Católica, de la que había de nacer después, impulsada también por su cooperación, la Universidad Católica. Y cuando lo eminente de sus dotes lo llevara a puestos más elevados, entonces, su corazón de apóstol le hizo hacer prodígios de caridad y celo, en la ciudad de Valparaíso. Cuando la guerra fuera enlutando los hogares y dejando en la orfandad a los pobres hijos de nuestros héroes, entonces fué su mano la que abrió el «Asilo de la Patria», para recibirlos bajo techo cariñoso. No en vano había de llevar más tarde como lema en su escudo episcopal: «Juventuti lux», Luz para la juventud, el que, con aquel dón de gentes extraordinario y característico, supo atraerla hacia sí para salvarla de los mil peligros de la vida. ¿Quién sino él, amante apasionado de su madre, bajo cuyo ejemplo de virtud se había formado, podía ser también el fundador y director de las Madres Cristianas de aquella ciudad?

Y en medio de su ministerio sacerdotal iba electrizando a las muchedumbres con el poder de su elocuéncia. Cuando a la muerte del gran Arzobispo Valdivieso, lloraba la grey la pérdida de tan ilustre Pastor, subió por vez primera a la cátedra sagrada, para estrenarse en el dificilísimo género de la Oración fúnebre, en el que había de ser el Bossuet de nuestro púlpito. Tras ella debían venir los magis-

trales elógios de Portales, de los muertos en la revolución del 91, del Iltmo. señor Salas, Las Heras e innumerables otros.

Hombres de esa talla no podían menos de recibir los honores del Episcopado. Y en él ¡qué ancho campo encontró a su celo!

Para el que no conoce lo que son las regiones australes, le es imposible formarse idea de lo que significa uno solo de los cargos episcopales: la Visita Pastoral; y Monseñor Jara supo cumplirlo con un espíritu de abnegación y celo, que hace recordar la figura de los grandes Obispos que la Iglesia venera como Santos. El Seminario, entregado a la dirección de los ilustres Hijos de la Compañía de Jesús, las Parroquias, multiplicadas en gran número, los colegios, los pobres, los cultos, realzados con la construcción de una magnífica Catedral, en fin, todos los ramos del gobierno episcopal, encontraron en Monseñor Jara un promotor celoso y emprendedor. Y la Diócesis, que hoy llora inconsolable a su Pastor, ¡cómo vió animarse su vida sobrenatural, bajo su cayado apostólico! También en ella emprendió obras fundamentales, que dieron poderoso impulso a la acción católica de esas importantes provincias. Bastaría leer sus Pastorales para darse cuenta de la solicitud de sus cuidados.

Revestido ya de la dignidad episcopal, ¡qué realce dió a su más sobresaliente dote: la de orador sagrado! Para hablar de ella sería necesario ocupar muchas columnas, pero más de lo que ellas pudieran decir, lo han dicho ya pueblos enteros; lo ha dicho la República Argentina, que como a héroe y triunfador lo ha vitoreado en sus calles y plazas; lo ha dicho la Madre Patria, España, a quien amó como cariñoso nieto y ante cuya Corte recibió los honores que a pocos se tributan; lo dice una corona de pabellones, que hacen guardia de honor en la Basílica del Pilar; lo han dicho los Prelados de la Corte romana y oradores notables de la capital del mundo católico, uno de los cuales, el ilustre Locchi, a quien pidiéndosele hablara después de un discurso del Obispo chileno, no supo hacer otro elógio, que decir que le faltaba el valor para levantarse, después de oir a un orador que evocaba el recuerdo de los grandes Padres de la Iglesia; lo ha dicho el pueblo que lo rodeaba en Jerusalén; lo han dicho las notas de nuestro Himno pátrio, arrancadas en una tierra en donde desde largos años no resonaban por rencores que él supo serenar. Lo hemos visto confirmado aquí, en donde, más que en otra parte, hemos podido admirar ese género del que parece ser el creador: el patriótico-religioso.

Ha enmudecido ya la voz de su elocuéncia. Ha dejado de latir

ese corazón grande, que resumió su vida en una sola frase del lema episcopal: «Pro Ecclesia et Patria», por la Iglesia y la Patria. Ha ido a celebrar en el cielo los festejos que él había preparado en la tierra; este año era el Centenario de la proclamación de la Virgen del Carmen, como Patrona de nuestros Ejércitos; ferviente devoto suyo, había alzado en el Carmelo un monumento, que será recuerdo de Chile para el peregrino que llega a esa montaña. y en este año era él quien promovía la celebración de ese Centenario.

A su tumba se acercarán para llorar el grande y el pequeño, el rico y el pobre, porque para todos tuvo alma de apóstol; las virtudes formarán corona en torno de su sepulcro y velarán el sueño de su muerte los ángeles de la Iglesia y de la Patria.

Monseñor Ramón Angel Jara

(De «La Nación» de Santiago, Marzo)

Ha descansado, ayer, el Ilustrísimo Obispo de La Serena, Monseñor Ramón Angel Jara, gloria de la intelectualidad hispano-americana, Príncipe de la Iglesia Católica y eminente ciudadano de Chile. Su fallecimiento constituye una dolorosa desgracia nacional.

El señor Jara vaciló en su juventud entre el foro y el clero y optó por este último, deseoso de servir con todas las energías de su vida a su Dios al mismo tiempo que a su Patria. Vivía, empero, bajo el hábito del sacerdote, el alma impetuosa del tribuno, y las tempestades de la vida nacional, supieron encontrarlo en el puesto de los grandes cultivadores del patriotísmo y del espíritu cívico.

Todo el país conoce su história esplendorosa, desde los tiempos de la guerra del Pacífico, en que, designado por Vicuña Mackenna para hablar en un gran mitin del Cerro Santa Lucía, se reveló en toda la potencia de su génio. Pronto alcanzó las mayores alturas a que haya llegado un orador sagrado de la América Latina, y su palabra ferviente e inspirada lo convirtió en un gran conductor de ciudadanos al altar de la Patria, en un admirable promotor de las obras de piedad y reparación nacional para con los huérfanos y las víctimas de la guerra. Nunca fué más arrebatadora que en sus labios la palabra del púlpito, que en esa época en que los destinos de Chile iban a cumplirse por obra del heroísmo de los ciudadanos que se enrolaban bajo su bandera.

Después, Monseñor Jara, fué el apóstol incansable de la paz americana. Las Repúblicas de Chile y de la Argentina le deben el lema de unión de sus destinos futuros. Se recuerda la peroración histórica pronunciada por ese Prelado insigne, en el Santuario de Luján, ante

un público hostil a Chile, y la frase en que fundiera como un crisol de fuego, sus anhelos de paz y fraternidad internacional: ¡Pax Multa!

Y los pueblos le oyeron y nunca conquistador guerrero tuvo más grandiosa carrera triunfal, al través de un territorio antes enemigo. Y, años más tarde, llevó también con notable éxito la rama de oliva a la República peruana. Sus palabras cayeron como un bálsamo milagroso en las heridas aun abiertas de la nación vencida, y desde entonces el acercamiento empezó a insinuarse.

Diplomático habilísimo, amigo amado de sus amigos, político bondadoso y tolerante, pensador profundo y hombre dotado de todos los encantos y las simpatías que dan las virtudes nobles del alma, Monseñor Jara pareció indicado para la Púrpura Cardenalícia, y más de una vez el entusiasmo de los fieles de todas las naciones europeas agrupados, bajo las bóvedas seculares de San Pedro, junto a la roca milagrosa de Lourdes o en la Real Capilla de Madrid, al oir a ese mago de la palabra, que en latín, en italiano, en francés, en castellano, tocaba las almas y los corazones con su luminosa inspiración, hubo de aclamarlo también como el primer Cardenal sud-americano.

Ahora descansa. Se ha ido serenamente entre las sombras de la noche, cuando su misión de paz y cordialidad en el continente estaba realizada. Nunca será olvidada la página blanca escrita en la história de estos pueblos por este apóstol de la fraternidad humana. Y la República de Chile, puede exclamar al saber esta pérdida irreemplazable, como Luis XIV al oir la muerte de Bossuet: «¡Te he perdido cuando eras el más legítimo de mis orgullos!».

EL SANTO Y SABIO OBISPO

(De «El Diario Ilustrado» de Santiago)

Tendido en su lecho mortuorio, el gran Obispo conservará su noble y santa fisonomía. Para él, la muerte no ha sido sino el ansiado instante de transición al premio que su vida perfecta merecía doblemente: por la gloria que supo conquistar en nombre de la virtud, y por la humildad que en su alma llevaba para juzgarse a sí mismo. No necesitamos invocar sobre sus despojos la piedad divina. Ni una sombra de reproche puede existir para el sabio y santo Príncipe, cuyo espíritu fué tan ámplio que abrigó todos los perdones a todas las ingratitudes y adversidades.

Lleno de unción superior, sobresalía su personalidad de hombre y de sacerdote por encima de las misérias humanas. Su maravillosa elocuéncia, nunca removió esa florida sencilléz que era el encanto de su ser íntimo. De joven a viejo, en brillante carrera, un solo pensamiento dominó su enorme cerebro: la mayor gloria de Dios y la grandeza de la Patria. Infatigable ambición de triunfos tenía y jamás quiso alguno para sí mismo; eran sus ideales los que él deseaba glorificar por medio del verbo admirable de sus labios, llevando a todas partes la emoción espiritual y el ardor patriótico.

Monseñor Jara es uno de los hombres más ilustres que ha producido Chile en los últimos tiempos, y es el más notable orador sagrado del país. Su actuación fué, en ocasiones diversas, de una importancia enorme para nuestro prestígio internacional, tanto en Europa como en América, pudiendo decirse que es uno de los pocos chilenos que

tienen en el mundo verdadera nombradía, ganada ante opiniones de gran valer y ante multitudes obscuras de pueblos extraños.

No es éste el sitio para una biografía, y ni siquiera para evocar anécdotas de la intimidad del Obispo. Sólo podemos esbozar aquí algunas características de una personalidad moral de elección, cuyo conocimiento debería popularizarse para ejemplo de todos los ciudadanos. Ya habrá espacio para narrar sus múltiples heroicidades de sacerdote y de Pastor; los secretos de su alma caritativa, que nunca pudo retener los impulsos generosos de un corazón magnánimo por sobre toda ponderación; los sacrificios y dolores sin cuento que sufrió por obra de la maledicéncia y de los malos juicios; los esfuerzos supremos que necesitó desarrollar para mantener en el ejercício episcopal de sus dos Diócesis la dignidad del orden material y moral, así del clero como de los fieles; la increíble actividad que desplegó en su misión temporal como Administrador; las genialidades de su talento; su profunda versación canónica y su nunca desmentida distinción de gran caballero. Es un libro precioso el que debe escribirse para perpetuar la memoria del ciudadano-Obispo que tuvo el cetro de la palabra en Chile y que cumplió una vida hermosa, en medio de constante trabajo por el bien de la humanidad.

En cada templo y en cada hogar se elevarán preces por el espíritu del Prelado muerto; y de cada pecho surgirá una frase de dolor, al verlo desaparecer, cuando aun se tenía la esperanza de admirar por muchos años su noble ancianidad.

La Diócesis de Ancud y La Serena, y la Provincia de Valparaíso, sentirán más especialmente su pérdida, porque en ellas se tuvo más de cerca el aliento vivificador de su energía apostólica y de sus virtudes cristianas.

Nosotros, llenos de congoja, enlutamos esta columna de honor, desde la cual más de una vez celebramos los triunfos del inolvidable Obispo.

Dr. Ramón Angel Jara, Obispo de La Serena

† AYER

(De «La Nación» de Buenos Aires, Marzo 10 de 1917)

Penosa impresión ha de producir en el país la noticia del fallecimiento del Ilustrísimo Obispo de La Serena, doctor Ramón Angel Jara, acaecido ayer en la sede de su Diócesis.

Más de veinte años hace que Monseñor Jara visitó por primera vez la República Argentina, en compañía del Dr. Mariano Casanova, Arzobispo de Santiago, y desde entonces se ganó decididamente la simpatía y el cariño generales, que no hicieron sino aumentar, en razón de la activa participación que le cupo después en la tarea de desvanecer los recelos y desconfianzas que un día separaron, por lo menos aparentemente, a los pueblos argentino y chileno.

Era el eminente Prelado chileno, que acababa de morir, el más distinguido orador sagrado de que puede enorgullecerse su Patria, nunca escasa de ellos. De porte majestuoso, de fisonomía abierta y franca, elegante en sus movimientos y dueño de una voz bien timbrada y poderosa, Monseñor Jara poseía las condiciones físicas más favorables al orador, sagrado o profano; pero esas condiciones sólo contribuían en la medida conveniente al éxito de sus Oraciones, así fueran dichas en el púlpito o en la tribuna de las ceremonias patrióticas. Los temas de su predilección se los daban los sucesos del día, la realidad del momento, y tenía el arte de acomodarlos al espíritu profundamente eclesiástico que le animaba. Gran conocedor del idioma, pues le eran familiares los escritores clásicos españoles de todos los tiempos, sus frases, sus períodos, sus discursos tenían la récia armadura al propio tiempo que la delicada flexibilidad del mejor castellano moderno. No desdeñaba las figuras de retórica, gratas a los auditórios de los ora-

dores sagrados; pero no se dejaba tentar por ellas hasta darles más importancia que la de inevitables accesórios ornamentales del discurso. En la sentimentalidad religiosa de su auditório, y en especial de su auditório femenino, encontraba campo muy propício para los triunfos de su elocuéncia; pero, indudablemente, los alcanzaba mayores y más brillantes cuando el tema de sus Oraciones era algún asunto de carácter patriótico; porque Religión y Patria no eran para el Obispo de La Serena sino las dos caras insuperables de una misma medalla. Por amor a su Patria, tanto como por cristiano deber sacerdotal, contribuyó siempre a allanar, en la forma más acordada con su carácter, las dificultades de carácter internacional en que su país ha solido encontrarse. Labor patriótica hizo en las diversas ocasiones en que fué huésped de nuestro país; en Roma defendió los intereses de su Patria en la delicada cuestión de la jurisdicción eclesiástica del Obispo de Arequipa sobre los territorios de Tacna y Arica, y, por servir a su Patria, fué a Lima, en donde su labor de diplomático oficioso no correspondió a sus bellos triunfos de orador sagrado.

Pertenecía Monseñor Jara a esa clase de sacerdotes que prefieren, por temperamento o por considerarlo más útil a la causa de la Iglesia, la acción exterior de su ministerio, que suele tener sus puntos de contacto con la política. Fué, pues, clérigo, y después Obispo muy activo fuera del templo; y ello le valió, más de una vez, ser atacado en la prensa anticlerical, que no dejaba de ver un peligro positivo en esa actividad, ejercida siempre en forma adecuada para aumentar el prestígio de la Iglesia.

. . . . . .

EL ILUSTRÍSIMO OBISPO JARA

(De El Mercurio de Santiago, Marzo)

Ha dejado de existir un Obispo que tenía adhesiones calurosas en todas las clases sociales, en medio de todas las creéncias, en las instituciones armadas, cuyas glorias supo interpretar, en todo centro patriótico, en fin, cuyo íntimo sentimiento traducía con suntuosa palabra.

El Iltmo. Obispo de La Serena, ántes de San Carlos de Ancud, Monseñor Ramón Angel Jara, era un orador popular. En el ritual de la Iglesia católica no desempeñaba su voz la solemne y severa función del órgano, sino más bien la del cántico del pueblo; conocía el secreto de esas palabras que unen la religión al patriotísmo, que establecen vínculo estrecho entre el sacerdote y el caudillo, que significan en el fondo domínio y manejo de la multitud.

En la basílica obscura llena de incienso, donde flotaba todavía el éco de la antífona grave, la palabra sonora y ampulosa de Monseñor Jara abría de par en par las puertas para que penetrara el sol, y con el sol la multitud, y con la multitud la libre expresión de las tribunas.

Llamado al sacerdócio cuando ya había cursado la jusisprudencia, no alcanzó tal vez a impregnarse de esa sutil disciplina de la ciencia eclesiástica, que se aprende en los Seminarios desde temprana edad; pero puso sus cualidades innatas al servicio de la nueva misión que le confiaban las órdenes sagradas, aliando un acento viril, entero y rastreador de emociones colectivas, a la autoridad del orador sagrado que no tiene contradictor sino sumiso oyente.

Desde el día siguiente a la declaración de la guerra del Pacífico, llamó con acentos persuasivos a los chilenos para que contribuyeran a fundar el Asilo de la Patria, donde se albergaran los hijos de los soldados muertos en el campo de batalla.

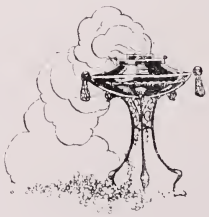
Llamó «Gratitud Nacional» al templo que surgió en esa casa de misericordia y trabajó por dar a esos recogidos una profesión que les

permitiera devolver a la familia el bienestar, perdido por el sacrificio de los jefes. Más tarde, entregada la casa a la Congregación Salesiana, se dedicó a obras sociales y religiosas que le conquistaron merecido prestígio en Santiago. Llevado al Episcopado, fué a la Diócesis de Ancud y en seguida a la de La Serena, donde la muerte lo ha sorprendido.

Monseñor Jara deja el recuerdo de inolvidables jornadas, como su viaje a Buenos Aires, en compañía del Metropolitano de Santiago, Monseñor Casanova, donde este incomparable orador sagrado trabajó por la realización de su mágico emblema «*Pax multa*». Entonces el Obispo Jara completó el éxito de esta misión religioso-diplomática con discursos de grande y característica elocuéncia.

Más tarde, en algunos de sus numerosos viajes, condujo las banderas de las Repúblicas sudamericanas al altar de la Pilaríca, en Zaragoza. Pronunció también entonces una ardiente y calurosa invocación, que la prensa española reprodujo.

En su viaje a Lima, obtuvo, asimismo, un extraordinario éxito, útil para el trabajo de unión y de paz que era su predilección. Con él desaparece una figura interesante de la Iglesia de Chile, atrayente y popular, que supo interpretar el alma colectiva y fué un buen ciudadano y buen sacerdote.



Monseñor Ramón Angel Jara

† AYER EN LA SERENA

(De «La Prensa» de Buenos Aires, Marzo 10 de 1917)

Honda impresión ha alcanzado en nuestro país la noticia del fallecimiento de Monseñor Ramón Angel Jara, trasmitida ayer de Chile por telégrafo. Y nada más explicable, porque el distinguido Prelado unía para nosotros, a sus propios títulos de descollante personalidad oratoria en el clero americano, la calidad de cordial y buen amigo de la Argentina, puesto a prueba en momentos supremos.

Eran, en efecto, tiempos duros para las naciones australes del continente los últimos años del siglo pasado. Para alejar el peligro de graves conflictos, hacíase menester que varones de alto pensamiento, de real templanza y de positivo ascendiente, se diesen por entero a la misión pacificadora. Monseñor Jara era uno de esos varones, y, buen chileno, traspuso los Andes, llegó a Buenos Aires y en nuestros templos fué el heraldo de la concórdia. Y ¡qué palabra la suya! Nunca el público que escuchara aquella elocuéncia deslumbradora, que pudo en ocasiones ser un trasunto de la de Bossuet, permaneció indiferente al influjo de tal hipnotización verbal. La cátedra sagrada se había transformado en tribuna, desde donde se señalaban los grandes derroteros de los pueblos.

Volvió a visitarnos el señor Jara con motivo del Centenario de Mayo, cuando la paz brillaba ya y cuando, en testimónio de mejores propósitos, el propio Presidente de la República de Chile compartía nuestros patrióticos regocijos, en nuestra Capital.

Y también la voz arrobadora, que tan grabada había quedado en el corazón del pueblo argentino, volvió a hacerse sentir, siendo

la solemne Oración del Obispo de La Serena, en dicha celebración, una de las más famosas de su larga carrera.

Hace, en fin, dos años que Monseñor Jara, de regreso de Roma, nos visitó por última vez llevando de aquí la seguridad del afecto con que correspondíamos al suyo preclaro y nobilísimo.

·—※—·

Nació Ramón Angel Jara en Santiago, el 2 de Agosto de 1852. Fueron sus padres don Juán Nepomuceno Jara, y doña Carmen Ruz. Hizo sus estudios de Humanidades en el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso, y en 1862 ingresó en el Seminario Conciliar de la capital chilena. Consagrado Presbítero, pronto se reveló notable orador eclesiástico, con un brillante discurso pronunciado en 1873, por encargo del Municipio de Santiago, en una fiesta cívico-religiosa.

Fundó el Colegio de San Miguel, y en 1879 fué iniciador del Templo de la Gratitud Nacional, edificado para conservar las reliquias de los héroes de la guerra del Pacífico. Su entereza cívica, en aquella ocasión, estuvo también puesta de manifiesto en el establecimiento del Asilo de la Patria, refúgio de los huérfanos de la guerra, instalado en la Casa de Purísima. En 1885, Monseñor Jara transformó este Asilo en Pensionado Universitario.

Hacia 1887, el distinguido sacerdote, visitó Roma y Jerusalén. Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, en 1894 organizó la sociedad «Orden y Trabajo». Fué Capellán del Presidente Balmaceda, a quien llamó, en la alocución pronunciada al inaugurarse la Casa de Huérfanos, «Padre de los pobres».

En 1895 recorrió la República Argentina, en compañía del Arzobispo de Santiago, don Mariano Casanova.

Visitó detenidamente Mendoza, Buenos Aires y el Santuario de Luján. Allí, en la gran Basílica, desplegó todas las galas de su inspirado y armonioso verbo, dejando bien sentada su reputación oratoria.

En 1898, Monseñor Jara fué designado Obispo de Ancud, y en 1909 pasó a la silla episcopal de La Serena.

Su celo apostólico tuvo ancho campo en estas jurisdicciones. Pero fué, sobre todo, el púlpito la posición propia del Prelado, cuyos panegíricos de los próceres de la Patria se citan como modelos del

género. Si hubiéramos de referirnos a algunos de sus discursos en particular, de esos que constituyen su culminación oratória, sería el consagrado a la memoria de Cánovas del Castillo. Sin discusión era el señor Jara el primer predicador del ilustrado clero chileno.

A tan salientes dotes se sumaban en el extinto, un carácter franco y leal y un notório don de gentes, cualidades que, sin duda alguna, le aseguraban simpatías.

Es por todo esto, aparte de sus altísimos merecimientos sacerdotales, que la personalidad de Monseñor Ramón Angel Jara nos era tan familiar y cara como a sus propios compatriotas, y que su muerte causa aquí un sentimiento de pesar tan inmenso como en el país de ultracordillera.

Monseñor Jara era Canónigo Honorario de la Catedral de Buenos Aires.

EL ILUSTRÍSIMO MONSEÑOR JARA

(De «Las Últimas Noticias», de Santiago)

La Iglesia chilena ha experimentado rudo golpe. Víctima de inesperada dolencia, acaba de desaparecer una de sus más preclaras figuras: el Iltmo. Obispo de La Serena, Dr. Don Ramón Angel Jara.

Ha muerto el Prelado en la actitud de los varones fuertes de los primeros tiempos de la Iglesia. Firme en su puesto; el oído atento a todos los clamores de sus fieles; la vista fija sobre los más humildes y distantes rincones de su Diócesis.

Sobre la tierra que guardará sus mortales despojos, llorarán los pobres que de él recibieron, hasta su muerte, el pan del cuerpo y del espíritu, y alentará el recuerdo de los que en suelos lejanos conservan viva aún la memoria de la gran figura eclesiástica chilena.

Porque las líneas de su personalidad de orador sagrado, engrandecida en la lucha diaria contra el mal, traspusieron los lindes de su Patria. Eran tanto o más populares que en ella, en Buenos Aires y Lima, cuyas Catedrales oyeron resonar su verbo cálido y vibrante en inolvidables ocasiones; en España, uno de cuyos Santuarios conserva todavía, al pie de una imagen popularmente venerada, las banderas de todos los países americanos depositadas allí por la mano episcopal; en Roma, a donde llevó en una ocasión hasta el Sólio Pontificio, bajo la flámula de su inspirado acento, espléndida cohorte de peregrinos españoles e hispano-americanos; en todas partes en donde su política conciliadora y elevada hizo pronunciar con respeto los nombres de su Iglesia y de su tierra natal.

El Iltmo. señor doctor don Ramón Angel Jara

(De La Unión de Valparaíso del 10 de Marzo 1917)

En la mañana de ayer hemos sido sorprendidos con la dolorosa noticia del fallecimiento de uno de los más esclarecidos Príncipes de la Iglesia chilena, el Dr. D. Ramón Angel Jara, Obispo de San Carlos de Ancud primeramente, y más tarde y hasta ayer Obispo de La Serena. El fallecimiento, según parece, ha sido absolutamente inesperado, casi repentino, pues aunque hacía tiempo estaba resentida la salud del ilustre Obispo de La Serena, nada había ocurrido últimamente que fuera una amenaza de muerte.

Fué el Iltmo. señor Jara un hombre verdaderamente servidor de la Iglesia chilena y del país, y muy pocos han contribuído, en tanto grado como él, a hacer conocido y estimado el nombre de Chile en el extrangero. Cuando las enormes masas de gente, en Buenos Aires, en Zaragoza, en Madrid, en Roma, veían en la cátedra sagrada a aquel orador, tan imponente por su aspecto y venerable por sus canas, y oían aquella palabra maravillosa, que recreaba las inteligencias y arrebataba los corazones, aclamaban alborozadas al orador y se formaban altísima idea de este pequeño y desconocido país de Chile, que poseía hombres tan eminentes y de tan grandes méritos y tan sobresalientes aún en medio de la refinadísima cultura europea.

Don Ramón Angel Jara no entró de niño al Seminario, sino ya en plena juventud, después de cursar los ramos del Derecho y cuando sus altas dotes intelectuales y físicas y el don de gentes de que estaba adornado le abrían ancha y brillantísima carrera en el mundo. Fué, pues, al sacerdócio con plena convicción, con una vocación que había resistido a todos los halagos mundanos, y muy pronto reveló en los estudios sus grandes dotes intelectuales y sus excepcionales facultades oratórias.

Ordenado ya de sacerdote, empezó a ser solicitado en todas las iglesias como orador, y bien pronto cundió su fama de tal por todo Santiago y por las Provincias, y había reñida pecha a las puertas de los templos, cada vez que se anunciaba que el Presbítero señor Jara ocuparía la cátedra para hacer oir la palabra divina.

Y era realmente divina su palabra, don de los cielos con que hacía más amable y atrayente la verdad, con que llevaba las gentes a la fe y a la piedad religiosa, con que realzaba los profundos méritos del clero chileno y exaltaba el nombre de la Patria. «Vir bonus dicendi peritus», definen los textos al orador: varón virtuoso, perito en el hablar; y en realidad se reunían en él esas dos cualidades esenciales, pues hermanaba su natural elocuéncia con la práctica de las más severas virtudes sacerdotales

Algunos viajes que hizo por entonces le dieron ocasión para que se extendiera su fama fuera del país, en Sud América y en Europa. Pero ninguna ocasión más memorable que la del viaje que realizó en 1896 a Buenos Aires, acompañando al Iltmo. y Rvmo. señor Casanova y al Pbdo. D. Miguel Prado. Eran días de grandes angustias internacionales, en que soplaban vientos de guerra y se cruzaban miradas de rencor y de enconadas pasiones, y, en tan peligrosa situación, los tres ilustres viajeros emprendían una como cruzada de paz, y el Iltmo. señor Jara hizo aclamar el nombre de Chile y las chilenas banderas en medio de la sociedad y del pueblo argentinos, y quedó entonces sosegada la tormenta por largo tiempo.

Sus virtudes sacerdotales, sus constantes desvelos en favor de la juventud, sus obras tales como el Patrocínio de San José y el Pensionado Universitario de San Juan Evangelista y sus maravillosas dotes de orador sagrado movieron a la Santa Sede para coronar aquella hermosa cabeza con la mitra episcopal, y fué preconizado Obispo de San Carlos de Ancud.

Pero no bastaron a su actividad los límites de las Diócesis, sino que llevaba sus esfuerzos muy lejos, y así se le vió repetir en Lima los triunfos oratórios y patrióticos alcanzados años antes en Buenos Aires, e hizo aclamar el nombre de Chile en la ciudad ocupada en otro tiempo por las triunfales armas chilenas, y el nombre del Perú por las entusiasmadas multitudes de Valparaíso.

Pero más tarde, fué trasladado el Iltmo. señor Jara a la Diócesis de La Serena, y allí vivía entregado al gobierno de su grey, al desarrollo del Seminario, al bien de las almas confiadas a sus paternales desvelos.

Su muerte es un gran dolor para la Diócesis, para la Iglesia chilena, y para la Patria la pérdida de un hombre verdaderamente ilustre; y «La Unión» lamenta más que otra cualquiera institución esta desgracia, pues el Iltmo. señor Jara fué el excelente amigo de muchos años y un gran sostenedor de este diario, y consejero de sus directores y redactores.

Monseñor Ramón Angel Jara

SU FALLECIMIENTO

(De «La Época» de Buenos Aires, Marzo 10 de 1917)

Nos llega de Chile la noticia del fallecimiento de Monseñor Ramón Angel Jara, Obispo de La Serena y uno de los Prelados de mayor prestígio en el vecino país.

Monseñor Jara era una figura de gran relieve por sus dotes sacerdotales de ilustración, celo y elocuéncia. Su fama de orador brillante llegó a salvar los límites de su Patria, para imponerse en toda América y en España.

En la República Argentina Monseñor Jara tenía conquistados muy sinceros afectos. En horas solemnes de verdadera trascendéncia internacional, se constituyó en heraldo de la paz y la concórdia entre los pueblos hermanos de uno y otro lado de los Andes.

Amigo invariable de los argentinos, sirvió a ese noble ideal con todas las energías de su generoso espíritu, a través de las situaciones más encontradas.

Esta circunstancia, aparte de sus grandes méritos personales, harán que la noticia de su muerte provoque un sentimiento de íntima condolencia entre nosotros.

Monseñor Jara estuvo por última vez en Buenos Aires hace dos años de regreso de Roma.

EL DUELO DE LA IGLESIA SERENENSE

(De «La Familia» de La Serena, Marzo 10 de 1917)

El fúnebre doblar de las campanas, en las primeras horas de la madrugada de ayer, dió a los habitantes de La Serena la tristísima nueva del repentino fallecimiento del Iltmo. señor Obispo Diocesano, Dr. Don Ramón Angel Jara, el gran Prelado y gran patriota, que era una de las personalidades más eminentes de la Iglesia y de la Patria en este país.

El telégrafo se ha encargado ya de comunicar la funesta noticia de norte a sur de la República, y en todas partes se habrá recibido con el hondo pesar que se experimenta por la pérdida de un hombre superior que llevaba un nimbo de gloria sobre su cabeza venerable, gloria que irradiaba sobre el nombre mismo de Chile en las naciones de Europa y de América donde el ilustre Prelado era tan ventajosamente conocido.

Que la história escriba en sus páginas de oro los brillantes triunfos oratórios, literários y diplomáticos de Monseñor Jara, su sobresaliente actuación como sacerdote abnegado y piadosísimo, como incomparable Gobernador Eclesiástico de Valparaíso y celoso Obispo de dos Diócesis, que tuvieron la suerte de tenerlo por Padre, maestro y Pastor amante y amado. La Iglesia y la Patria tienen sobrados motivos para grabar en sus fastos gloriosos el nombre esclarecido del gran Obispo de La Serena.

Pero, en estos momentos de tribulación y dolor intenso para los que somos sus hijos en el Señor, no sabríamos nosotros hacer otra cosa que derramar lágrimas sobre su tumba, recién abierta, y elevar al cielo fervientes oraciones por el eterno descanso del que fué tan bondadoso Pastor, tan abnegado maestro, tan cariñoso Padre.

Hasta el último momento de su vida vivió preocupado del bien de su Diócesis, cautelando sus intereses, velando con solicitud incansable

porque la piedad floreciera en todas las parroquias de su extenso Obispado, para gloria de Dios y salvación de las almas.

Por eso, porque era bueno, a imitación del Maestro Divino que pasó su vida haciendo el bien; porque era caritativo, celoso y abnegado; porque era piadoso y compasivo, le amábamos con toda la fuerza de nuestros afectos, y por eso es tan grande nuestro dolor.

«La Familia», fundada hace seis años por el Iltmo. señor Jara, enluta sus columnas por su sentida muerte y lleva a todos los pueblos de la Diócesis el éco del gran duelo que a todos nos aflige, pidiendo al Dios de las misericordias haya recibido en su seno al Pastor querido, al Padre amado que durante ocho años derramara los tesoros de su gran corazón en la viña que el Señor había confiado a sus desvelos.

¡Que descanse en paz el gran Obispo y velen su eterno sueño los ángeles de la Iglesia y de la Patria, que fueron los grandes amores de su magnánimo corazón!

En estos instantes de amarga pena, en que el pesar es común por la gran pérdida que esta Diócesis ha experimentado en la venerable persona de su egrégio Pastor, presentamos al Venerable Cabildo Eclesiástico y a los distinguidos miembros de la familia del Iltmo. señor Jara, los sentimientos de dolor que nos embargan y las oraciones que hemos ofrecido al Todopoderoso por el feliz y eterno descanso de nuestro amado y bondadoso Padre.

¡ Requiescat in pace!

El eminente Obispo y esclarecido ciudadano Monseñor Ramón Angel Jara

(De «El Chileno» de Santiago, 10 de Marzo de 1917)

Una triste y dolorosa noticia conmueve en estos instantes al país entero: el más elocuente de nuestros grandes oradores, el patriota eminente y el evangélico Obispo católico, doctor Ramón Angel Jara, ha entregado su alma a Dios, en la Sede de su Obispado, rodeado de su clero y de su grey, que en estos momentos lloran el desaparecimiento de su preclaro Pastor, honra de la Iglesia y ornamento de la Patria.

Fallece Monseñor Jara, cuando todavía se esperaba de su acción grandes beneficios; cuando el pueblo trabajador, al que tanto amó, podría gozar con algún fruto saludable de su fecunda iniciativa; cuando la juventud, que fué su gran afecto, ansiaba lecciones de este apóstol del bien; cuando la Patria, objeto de sus desvelos, tenía derecho a esperar siguiera dándole honor dentro y fuera de las fronteras, y cuando la Iglesia, de la que fué Prelado ilustre, gran Obispo, contaba con que fuera, por largos años todavía, su baluarte en la Diócesis de La Serena, y siempre y en toda ocasión, mientras tuviese vida, el insigne sucesor de los Apóstoles que inflamaba con su palabra elocuente, llena de santa caridad. Dios dispuso otra cosa. Y en estos momentos, en que el país debió contar con todos sus grandes hijos para salvarlo de la gran vorágine, el ciudadano, el patriota, el Obispo cede a la muerte su humana naturaleza y entrega plácidamente su alma al Dios que fué su guía y el objeto primero y principalísimo de su apostolado.

Porque Monseñor Jara no cae vencido por los años, cae — y esto será el mejor elógio a su memoria, — cae doblegado por su trabajo intenso, que con amplitud singular, le hacía abarcar todo en bien de

su grey: el templo, la escuela, la prensa, asociaciones obreras, los Seminarios, la sana propaganda. La labor de este eminente Obispo era múltiple. Su palabra persuasiva en la conversación, elocuente en la tribuna sagrada, soberana en todo momento, — máxime al cantar a Dios y a la Patria — le hacían allanar todos los obstáculos, deshaciendo imposibles y haciendo fértil lo que era estéril para las obras santas y buenas, que contaron con el apoyo o fueron iniciativas del gran Obispo de La Serena.

Portentosa fué, como decimos, la obra múltiple de este sacerdote empapado en un sano espíritu de fe, de amor al desvalido, a la juventud y al suelo que lo vió nacer.

Pero tuvo Monseñor Jara una característica que lo hizo ser único en su Patria y en América, durante el último cuarto de siglo: su oratória. Fué en la tribuna sagrada, en la académica, y donde quiera se debatiera algún asunto de alto interés público, cuando Monseñor Jara se labró su personalidad de relieves tan acentuados, que fué una gran figura americana, cuya fama llegó a Europa, para ser, poco más tarde, admirado y aplaudido en la misma tierra que fué cuna de Castelar y Nocedal, príncipes del buen decir; y recoger homenages bien merecidos del pueblo que antes había admirado la elocuéncia de un Bossuet y de un Víctor Hugo; merecer las ovaciones del pueblo, en Italia, la Patria del arte en todas sus manifestaciones; conquistando, en su vida triunfal, lauros para la Patria, en su persona, en Zaragoza a los pies de la Virgen del Pilar; en Palestina, ante el monumento del Carmelo, su devoción especial; en Luján con su maravilloso discurso que, como en Génova, mereció el aplauso de los fieles, dentro del templo, entusiasmados por la frase mágica del entonces Canónigo de la Catedral; en el Perú, donde refrescó la caldeada admósfera y tuvo el placer de oir — él que fué un gran patrióta — por primera vez, desde la guerra del Pacífico, que una banda militar peruana tocara el Himno de Chile en homenage al Obispo que predicaba con unción y elocuéncia cristiana, la paz, la santa paz entre los pueblos americanos; anhelo que tuvo en el gran Obispo un apóstol en su palabra, que era un canto a la confraternidad de los pueblos.

La história tendrá hermosas páginas para narrar la labor de este esforzado campeón del bien, de la verdad y de la paz, que desplegó su portentoso talento y energías en dar fiel y exacto cumplimiento al mandato apostólico: «Amaos los unos a los otros». Y fiel a esta consigna que él resumió en el lema de su escudo, «Pro Ecclesia et Patria» fundó asilos de beneficencia para los indigentes, círculos para

la juventud y para los obreros; dió vida a la buena prensa: al «Buen Pastor» de Ancud, a «La Aurora» de Valdivia, a «La Familia» de La Serena, a «La Patria» de Ovalle, a «La Opinión del Norte» de Illapel, y a muchas otras publicaciones que propagan con regularidad las sanas doctrinas del Evangelio.

Patrióta entusiasta, fué el cantor de nuestros héroes y de las grandes acciones guerreras en que Chile conquistó lauros y fama; lloró en frases magistrales las desgracias de la Patria, cuando la azotó la discordia civil y cuando la abatió el terremoto del 16 de Agosto de 1906; dió normas y procedimientos para formar una juventud sana de alma y vigorosa de cuerpo; y, siempre y en todas partes, sabía hermanar admirablemente esos dos grandes amores que fueron la síntesis de su hermosa vida: el amor a Dios y el amor a la Patria.

Hacer una reseña de su vida, sería tarea demasiado larga en estos momentos en que lamentamos su pérdida, que es una verdadera desgracia, ante la que se inclinan respetuosos el pueblo y el Gobierno, del que fué eficáz colaborador en todo momento difícil.

Y para nosotros, para «El Chileno», su pérdida es doblemente sensible, la deploramos porque desaparece con Monseñor Jara una lumbrera de la Iglesia y de la Patria, y la sentimos, aun más, porque siempre tuvo frases de aliento para este diario, que en su edición de La Serena, lo contó como a su mejor amigo, como a su respetabilísimo mentor.

¡Admirables y desconocidos designios de Dios!

El noble Obispo, hasta hace poco lleno de vida, deslumbrando al mundo con su elocuéncia, y hoy falto de su espíritu, llorado y reverenciado por un pueblo que no oirá su palabra elocuente, única, excepcional, que siempre le indicó el camino del deber y del honor.

En los mismos momentos que entregábamos un artículo aplaudiendo su celo por la buena educación de la juventud, al fundar recientemente el Instituto Comercial de Ovalle, recibimos la dolorosa noticia, que hace volvernos a tomar la pluma, que parece resistirse, para rendir homenage al ilustre muerto, ya que siempre ella se ocupó en dar a conocer sus triunfos y generosas iniciativas.

Pero, ante la triste realidad, hemos de confesar nuestra impotencia, y forzoso será resignarnos con esta desgracia que acongoja a la Iglesia, llena de luto a la Patria y hace que «El Chileno» rinda el filial y respetuoso homenage a la memoria del gran Obispo de La Serena, al que Dios habrá ya discernido la corona que merecen sus grandes méritos y excelsas virtudes.

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR JARA

(De «El Tiempo Nuevo» de Santiago, Marzo de 1917)

La Patria y la Iglesia chilena están de duelo!

La muerte del Iltmo. señor Jara, Obispo de La Serena, es una desgracia irreparable que arrebata al país un gran patrióta y a la Iglesia uno de sus Príncipes más esclarecidos.

Era, sin disputa, el primer orador americano, y muchas veces hizo aclamar en el extrangero el nombre de Chile, procurándole gloria y cariño.

En 1896 fué a Europa y se hizo oir con admiración en Roma y, particularmente, en España, donde se le equiparó al eminente Castelar.

En 1903 hizo una visita especial a la Argentina, y nos procuró las primeras y más grandiosas manifestaciones de amistosa y entusiasta confraternidad.

Hace unos ocho años fué también al Perú, y se dió el caso sugestivo de que por primera vez, después de la guerra del 79, se oyeran en Lima los acordes del Himno chileno.

Donde quiera que fuera el insigne orador, despertaba a su paso tempestades de entusiasmo con su oratória cálida, convincente, inimitable.

No ha habido tal vez diplomático que haya hecho más beneficio a su Patria como el gran sacerdote que, sin designación oficial alguna, llevaba el nombre de Chile envuelto en admósfera de cariño en todas partes donde se presentaba.

Aquí entre nosotros son innumerables sus Oraciones y discursos célebres; en todo gran acontecimiento histórico era el orador obligado.

El fué quien, en nombre de la Iglesia chilena, en nombre del corazón de Chile, inauguró el Cristo Redentor que, como símbolo de paz

eterna, se alza en la cúspide de los Andes en el límite chileno-argentino.

El fué quien también elevó preces al Altísimo por las víctimas del terremoto de Valparaíso en 1906.

El, asimismo, en 1873 había inaugurado las obras de transformación de Santa Lucía en Santiago.

Y sería interminable seguir enumerando los grandes momentos en que resonó su elocuéncia, en sucesos que perdurarán en la história patria.

Tampoco es posible en las cortas líneas de un artículo de diario, escrito a vuela pluma y bajo la impresión del dolor que nos produce la sensible desgracia, abarcar ni siquiera someramente su obra social.

Bástenos recordar para su gloria, algo que no debe olvidar jamás ningún chileno que ame a su Patria; el Iltmo. señor Jara fué quien ideó y fundó el Asilo de la Patria, institución que ya no existe, pero que podrá ser necesaria alguna vez más, destinada a recoger y dar pan y abrigo a los huérfanos de los hijos de Chile que caían en los campos de batalla, durante la cruenta guerra contra el Perú y Bolivia.

El que en aquel tiempo era apenas un joven sacerdote, casi apenas ordenado, tuvo energía, perseverancia y elocuéncia para despertar la conmiseración social en favor de los niños, a quienes la guerra iba dejando sin pan.

Y muchos que hoy son hombres; muchos que talvéz se encuentran hoy felices y hasta en buena situación social, recordarán que debieron a aquel entusiasta joven sacerdote el no sufrir las torturas del hambre, ni la pena del abandono.

Completó su obra del Asilo de la Patria, con la erección del templo votivo de la Gratitud Nacional, que es el que hoy se levanta en la Alameda esquina de San Miguel, y que fué una manifestación de los patriótas a los favores que le debían a la Providencia por el constante triunfo de las armas de Chile.

El Iltmo. señor Jara tenía a la fecha de su fallecimiento sólo 64 años de edad. Nació en Santiago en 1852, y fué ordenado sacerdote en 1875.

Hasta 1869 estudió leyes en la Universidad de Santiago; pero sintiendo irresistible vocación sacerdotal, al concluir sus estudios, se refugió en el Seminario a completar su teología.

En 1896 el Iltmo. y Rvdmo. Arzobispo de Buenos Aires lo hizo Canónigo Honorario de la Iglesia argentina, después de la visita que, en compañía del Iltmo. y Rvdmo. señor Casanova, hizo a la Iglesia de Luján.

En 1895 había sido nombrado Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, cargo que desempeñó hasta 1898, en que fué electo Obispo de Ancud.

En 1909 fué preconizado Obispo de La Serena, para suceder al Iltmo. señor Fontecilla, de venerada memoria.

En todas partes dejó la huella profunda de su talento, de su actividad y de su energía.

Además de gran orador, de hombre a todas luces correctísimo y patrióta, era un gran espíritu de trabajo, a tal punto que, al decir de sus íntimos, no había quien pudiera secundarlo.

Era una figura americana: y la noticia de su muerte repercutirá hondamente hasta más allá de nuestras fronteras.

Monseñor Ramón Angel Jara

† El Jueves 9 en La Serena

(De La Tribuna Popular de Salta (Argentina), Marzo de 1917)

El eminente Obispo, gloria del Episcopado Americano y honra de su Patria, Chile, sacudió ya el polvo de la tierra y voló, como vuelan las águilas, a las regiones de la paz, de la luz.

No lloremos su muerte, porque no se llora la muerte del Apóstol, del Obispo fiel a sus juramentos. Se le acompaña con el alma henchida de esperanzas y se le mira coronado allí... arriba, muy arriba, del nimbo de la inmortalidad, desde donde contempla las pequeñeces de aquí abajo y los egoísmos de los pobres peregrinos de la vida.

¡Monseñor Jara ha muerto! Nó. Vive. Su palabra poderosa, su verbo elocuente háse apagado, para tomar tonalidades más fuertes y entonar el himno cuyas estrofas resuenan en lo infinito...

La Iglesia de La Serena, la esposa amada del insigne Obispo, ha sentido crueles desgarramientos con la ausencia del esposo que la amó hasta inmolar su vida por ella; en medio del luto, torrentes de dulzura inundan su alma, y a los cánticos elegíacos, suceden los salmos eucarísticos, porque el esposo amante, trocadas sus vestiduras, entra triunfalmente en la eterna Jerusalén, para preparar el camino a sus hijos.

La Patria del tiempo y la Patria de la eternidad, se unen en armonías consoladoras, se complementan, se unifican, hasta formar la grande y espléndida ciudad de los hijos del mismo Padre.

Dejad las lágrimas para aquellos que... «no esperan».

Mientras tanto, paguemos el tributo de admiración y respeto al querido y noble amigo de Salta, al abnegado apóstol que, sobreponiéndose

a graves enfermedades, nos visitó para cumplir tres votos de su alma: 1° Postrarse ante la imagen secular del Señor del Milagro, a quien debió su salud, cuando en Roma fué atacado de graves dolencias, rememorando al mismo tiempo los vínculos estrechos que fijaban a sus antepasados con esta bendita imagen, preciosa reliquia confiada a la ciudad de Lerma; 2° visitar la tumba de su querido amigo Monseñor Linares, con quien estrechó amistad con motivo del Concilio Plenario; 3° Acompañar al pueblo de Salta en su homenage de cariño al nuevo Obispo, que acababa de prestar el juramento ante la Santa Sede y se preparaba a tomar posesión del Gobierno Pastoral.

Organismo potente el de Monseñor Jara, voluntad inquebrantable, siente ya las huellas hondas, profundas, del mal que minaba su existencia.

Salta contempló los últimos rayos crepusculares de aquel Sol que, después de haber brillado en los horizontes de su Patria y de la nuestra, de haber iluminado las naciones europeas con su palabra de fuego y admirado a la Ciudad Eterna con el más elocuente de sus discursos, en que cantó las glorias de España, con motivo del recibimiento del Cardenal Vives; después de esta carrera de gloria, descendió un momento a las históricas montañas de Lerma, para dejarnos oir el canto del Cisne.

En esa memorable alocución, en que hablaba el alma del Obispo, en aquellos sollozos casi inarticulados que eran su despedida, nos dijo: «Pueblo de Salta: os llevo grabado en mi corazón, vuestra memoria y vuestro afecto vivirán en mi alma, y, cuando este montón de escombros acabe de desplomarse y se mezcle con el polvo del sepulcro, elevad una plegária por este pobre Obispo que tanto os ama».

Oremos, pues, por el alma del insigne Príncipe de la Iglesia, Monseñor Ramón Angel Jara.

MONSEÑOR JARA

† EN ESTA CIUDAD

(De «El Coquimbo» de La Serena, Marzo 9)

Con la rapidéz del rayo se esparció hoy en esta ciudad la infausta noticia de haber fallecido repentinamente en el Palacio Episcopal, el señor Obispo de esta Diócesis doctor don Ramón Angel Jara.

En efecto, un violento ataque que lo sorprendió mientras dormía, puso fin a la existencia del ilustre Prelado, hoy a las 3.15 de la madrugada.

La muerte de Monseñor Jara cubre de luto a la Iglesia chilena, de la cual era uno de sus augustos Príncipes, y sume en el más profundo dolor al mundo católico que doblaba la cervíz ante su cayado.

Monseñor Jara fué una figura prominente del catolicismo, un propagandista ardoroso de sus ideales y uno de los Prelados que gozaba de mayor prestígio dentro y fuera del país.

Era uno de los predilectos del talento y poseía, en alto grado, el mágico don de la oratória.

En sus viajes por Europa y a través de nuestro continente, Monseñor Jara nutrió su espíritu observador y eficiente de conocimientos útiles, que le brindaron después la ocasión de efectuar labor patriótica en el extrangero.

Su salud se había resentido últimamente en forma deplorable.

Una arterio-esclerósis minaba su robusta existencia y le obligaba a viajar constantemente en busca de un ambiente propício para su quebrantada salud.

Nuestros ideales políticos son diametralmente opuestos a los que sustentaba y por los cuales combatía con la fe de un cruzado el ilustre extinto ; pero, ante la majestad de la muerte, se pliegan los pendones y se hace la liquidación sóbria y merecida de los méritos de cada cual.

Ante la tumba del ilustre Prelado chileno nos descubrimos respetuosos y acompañamos a sus deudos en su justo pesar.

Monseñor Ramón Angel Jara.

(Del «Zig-Zag» de Santiago del 17 de Marzo de 1917)

Ya lo ha dicho, en frases hondamente sentidas, la prensa entera del país y de las vecinas naciones; la muerte del Ilmo. Obispo de La Serena, Monseñor Ramón Angel Jara, es una pérdida nacional, es un luto para la Iglesia, que pierde a uno de sus Príncipes más esclarecidos; es un luto para la oratória, que ve enmudecer la lengua maravillosa que, en sus magníficos arranques de elocuéncia, igualó al Crisóstomo: es un luto para la sociedad que escuchaba sus sabios consejos; es un luto para el País entero, que lo contaba entre los varones más preclaros.

La actuación sacerdotal de Monseñor Jara, desde que ocupara el alto puesto de Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, hasta el día de su muerte como Diocesano de La Serena, es una noble, bella y virtuosa manifestación de su espíritu, en donde quiera que le tocara ejercitar su acción; y sus obras de caridad, y las instituciones que fundó serán de perpetua memoria para la veneranda recordación de su nombre.

Pero donde Monseñor Jara brilló con más esplendor, fué en la Cátedra sagrada, haciendo vibrar el verbo majestuoso de su oración incomparable que recorría, en gama riquísima, todas las inflexiones del sentimiento, desde el tierno arrullo del Divino Amor, hasta el bronco trueno de las Iras Omnipotentes.

Era un gran artista de la elocución. El sabía todos los secretos del idióma, los ocultos valores de las palabras, que en sus labios tomaban tonalidades nuevas, presentaban aspectos vírgenes, mostraban facetas inéditas.

La gran popularidad de que siempre gozó el ilustre Obispo, no fué nada más que una de las cosechas exteriores de su talento superior, que tuvo admiradores no sólo en su Patria, sino también en el extrangero, en donde se le rindieron, repetidas veces, pruebas de sincera y alta admiración.

La Iglesia nacional lo llora con justicia; la Nación lamenta de corazón su insólito desaparecimiento; y, en estas tristes horas de desolación para el clero chileno, « Zig-Zag » tributa su homenage de respetuosa admiración y de sincero pesar ante la tumba del ilustre Obispo.

Fallecimiento del Iltmo. Obispo de La Serena.

(De «Sucesos» de Santiago, Marzo 15 de 1917)

En la madrugada del viernes último ha fallecido en La Serena el Obispo de esa Diócesis, Monseñor Ramón Angel Jara.

Muere Monseñor Jara a la edad de 65 años, después de haber prestado a la Iglesia y a su País servicios importantes.

La popularidad de este Obispo chileno era demasiado grande y sus cualidades de orador demasiado conocidas, para que sea necesario entrar en muchos detalles sobre su actuación y sobre sus méritos.

Su fama de orador empezó desde sus primeros sermones, cuando era sólo un joven presbítero. Sus frases eran brillantes y sabía decirlas. Tenía la facultad primordial del orador, de sugestionar al auditório, de hacerlo vibrar a compás de su propio entusiasmo. Su notoriedad salió pronto del círculo de los devotos y se extendió a todas partes. Aún los no creyentes, acudían a la iglesia donde él predicara, sólo por el placer de oirlo.

Si como orador sagrado era una figura descollante en Chile y aun en Hispano-América, sus méritos de orador patriótico no eran menores. Notables son sus discursos de este carácter que pronunció en Santiago durante la guerra del 79, y en Valparaíso al regreso de los vencedores.

Cuando, hace quince años, Chile y Argentina parecían arrastrados a la guerra, Monseñor Jara, que era entonces Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, acompañó al Arzobispo señor Casanova a la Argentina, e hizo allí con sus discursos en favor de la amistad de los dos pueblos, una labor eficáz, que facilitó la obra de las Cancillerías. Sus sermones llamaron la atención en el vecino país. También llamó la

atención en España, cuando, años después, fué a depositar ante la Virgen del Pilar de Zaragoza, las banderas de las naciones hispanoamericanas.

En esta ocasión obtuvo Monseñor Jara uno de sus mayores triunfos oratórios. Y la multitud que le escuchaba, aclamó con entusiasmo a aquel Obispo que iba del último rincón del mundo.

Fué igualmente brillante su actuación en el Concilio Latino-Americano celebrado en Roma. Se le oyó allí hablar en latín con la misma elocuéncia con que se expresaba en su idioma nativo.

Entre sus triunfos oratorios en Chile, recordamos este caso: cuando vino a Santiago la Delegación Militar Argentina, después de los pactos de Mayo, se le obsequió entre otros un banquete en la Municipalidad y al cual asistieron distinguidas personalidades. En tal ocasión habló Monseñor Jara con tal elocuéncia, que otro gran orador, don Enrique Mac Iver, se puso de pie y le dió un abrazo.

La Iglesia chilena pierde con su muerte a una de sus figuras descollantes; el País a uno de sus hijos ilustres, que le dió nombre en el extrangero con su talento.

El Iltmo. Obispo de La Serena, Dr. D. Ramón Angel Jara.

(De «El Llanquihue» de Puerto Montt, Marzo 10 de 1917)

¡El país está de duelo!...

El clero chileno en este momento se viste de luto.

El lúgubre sonido de campanas, que tocan a muerto, hiende los aires y se extiende por campos y ciudades.

Honda tristeza nos agobia el corazón...

¡El Iltmo. Obispo de La Serena, Dr. D. Ramón Angel Jara, ha muerto!

El orador sagrado, gloria de nuestra Patria, honra de las tribunas, ha caído bajo el golpe aleve de la segur implacable.

¡Monseñor Jara ha muerto!...

El génio sudamericano se ha eclipsado, dejando trás de sí brillante huella luminosa de luz, de saber y de una labor intensísima.

¿Quién hubiera pensado que de improviso el ilustre Prelado dejara a sus amados hijos sumergidos en un mar de llanto?

Ah! el portavóz de las glorias chilenas, el Pastor incansable que, por doquiera, llevó el Evangelio en una mano y la tricolor en otra, acaba de espirar!

¡Manes de la Patria mía, llorad sobre su cadáver!

¿Quién como él tuvo la fogosidad y elocuéncia de palabra, cuando en la Iglesia Matríz de Valparaíso deploraba la muerte de Cánovas del Castillo?

¿Quién, sino el Iltmo. Obispo de La Serena, pudo llenar los ámbitos del sobérbio templo de Santo Toribio de Mogrovejo en Lima, cuando fué a esa Nación hermana como heraldo de paz?

¿Qué orador pudo interpretar con tanta fe religiosa y tanto patriotísmo cívico el sentimiento de raza, unánime en todas las naciones sudamericanas, en Zaragoza ante la egrégia Virgen del Pilar, «Virgen de las Vírgenes que viviendo vida inmortal, se dignó santificar con su presencia desde entonces la tierra aragonesa?»

Su elocuencia atraía, subyugaba, encantaba.

Su voz tronaba cuando anatematizaba a los enemigos de la fé. Era Cicerón increpando a Catilina con la arrogancia que le caracterizaba, con la convicción que lo inspiraba para decir sus discursos sagrados.

Amante de la paz siempre, amigo de estrechar los lazos de unión entre los pueblos americanos, no cesó nunca en predicarla, ya desde el humilde púlpito sacerdotal, ya desde la tribuna augusta del orador.

El Sumo Pontífice, en una época no lejana, lo acogió como a uno de sus hijos predilectos, y, cual Jesucristo les dijo a sus Apóstoles, le repitió al ilustre Obispo: «Id y predicad mi doctrina»...

Italia lo escuchó con alborozo y veneración; Francia lo aplaudió a su paso; España se sintió orgullosa de dar noble e hidalga acogida al sin par orador chileno; e Inglaterra, la rígida y vieja Inglaterra, le rindió merecido homenage, cimentando así el merecido prestígio al distinguido paladín de la fe católica, al que encarnaba el alma de la raza latina.

Luego en la Argentina, ante el Santuario de Luján, vuelve a escucharse su voz prepotente, que hace recordar las delicadas filigranas de la oratória de Castelar.

Y ese pueblo hermano, alborozado, arrebatado ante su elocuéncia divina, si se me permite, estrecha contra su pecho al digno Prelado, a cuyo paso centenares de niños arrojaban flores, mientras las multitudes atónitas no sabían si llorar o aplaudir... ¡Era tanta su emoción!...

Pero la obra de Monseñor Ramón Angel Jara, aún no estaba completa. Se hacía necesario que esos dos pueblos hermanos se dieran fraternal abrazo de cordialidad, y para ello se levantó el monumento del Cristo de los Andes, y allí, sobre las altívas cumbres que ólo el condor domina, elevó su voz, sirviéndole de majestuoso pedestal los nevados picachos de la enorme mole de granito que parece desafiar al cielo.

Cristo Redentor unió a dos pueblos.

Monseñor Jara llegaba a la cúspide de la gloria, que nosotros los chilenos, orgullosos, hacíamos nuestra

Pero ni los honores ni las glorias pudieron jamás ofuscar al sacerdote, al apóstol que iba de país en país, de pueblo en pueblo deslumbrando con su elocuéncia, convenciendo con su fé profunda, con su amor inmenso a la humanidad doliente, con su indulgéncia infinita hacia los incrédulos, hacia los escépticos filósofos del materialismo moderno.

Memoria privilegiada, además, nunca olvidó a sus feligreses. Obispo de Ancud, su corazón estaba entre los habitantes de Chiloé, de Llanquihue y de Valdivia.

En su extensa Diócesis repercutían sus triunfos, y los hijos lloraban de alegría, cuando oían contar que su digno Pastor recogía laureles y aplausos para mayor gloria de Dios.

Era de todos amado!...

Y ¿cómo no serlo si aún después de transcurridos varios años, cuando ya era Obispo de La Serena, escribía a uno de sus más queridos e inteligentes discípulos de esta ciudad, las siguientes frases?: «si no fueran mis achaques habría corrido para ir a darte personalmente mi abrazo en esa querida ciudad de Puerto Montt, y habría sido para mí gratísimo celebrar el Centenario del 12 de Febrero en esa hermosa ciudad, fundada en esa gloriosa fecha y a la sombra de ese su templo parroquial dedicado a la Madre Bendita del Carmelo».

Monseñor Jara no olvidaba esta región que amaba, y en donde se le amaba...

Este distinguido Prelado ya auguraba su fin; y así tenemos una carta suya a la vista que dice: «Las piezas de mi organismo me aconsejan exclamar ya como San Pablo: «tempus resolutionis me instat».

Pero ¡ay! su vaticínio se ha cumplido demasiado pronto.

¡Ha muerto el noble y patrióta Obispo de La Serena!

Ha dejado de existir el San Crisóstomo chileno. Inclinémonos reverentes ante sus sagrados despojos...

La história sabrá incrustar con letras de oro su nombre en sus páginas de honor.

¡Paz en su tumba!

MONSEÑOR JARA

(De «La Buena Lectura», de Buenos Aires)

Ha causado profunda impresión, especialmente en Chile y la Argentina, la muerte del ilustre Obispo de La Serena, Monseñor Ramón Angel Jara, acaecida en la mañana del viernes de la semana pasada.

Orador elocuente, enriquecido del prestígio de eminentes virtudes sacerdotales y del don de gentes, ejerció en los pueblos una influéncia poderosa, despertando vivas simpatías.

Fuera de su Patria, resonó su palabra arrebatadora en nuestra Nación, como mensajero de paz; resonó en Roma y Zaragoza y otros pueblos, acreditando y glorificando la lengua de Cervantes y la oratória sagrada, como expresión brillante de la verdad católica.

Su muerte no es sólo una pérdida para su progresista y religioso País, para el esclarecido Episcopado chileno, sino para la Iglesia Universal, en cuyo firmamento ha brillado como astro de primera magnitud, para seguir brillando en el cielo de la Iglesia Triunfante.

El duelo de la Iglesia y de la Patria.

(Del «Inmaculado Corazón de María» de Santiago, Marzo 19 de 1917)

¡Monseñor Jara ha muerto! Ha enmudecido para siempre aquel labio, labio de oro, como lo apellidaban las muchedumbres al darle el título bien merecido de Crisóstomo americano. Se ha entumecido con el frío de la muerte aquella garganta de la cual brotaban cascadas de armonía y de elocuéncia inimitables. Se ha paralizado aquel noble corazón, relicario de piedad y de amor más ferviente a los santísimos Corazones de Jesús y de María, cimera gloriosa de su Escudo episcopal. Ha escapado de los lindes de este mundo aquella alma que, sensible en extremo al dolor, fundó asilos para la orfandad y se preocupó con benevoléncia singular de los pobres obreros. Desapareció aquel ciudadano tan patriótico que paseó la bandera tricolor de apoteósis en apoteósis por el nuevo y viejo continente y promovió, para el nombre de Chile, tempestades de aplausos. Murió el ilustre diplomático que, en circunstancias críticas para la paz sudamericana, presentóse una vez a orillas del Rimac y otra en la cosmopolíta ciudad que guarda los restos del inmortal San Martín, para forjar, al golpe de su arrebatadora elocuéncia, el broche de oro que había de unir en uno solo los distintos pabellones de estas Repúblicas; misión de paz que llevó a feliz término, *sin otras credenciales que aquel protocólo sellado con la sangre de un Dios y que, como síntesis de todo el Evangélio, fué el testamento de Jesús cuando, agonizante en la Cruz, extendió sus brazos para decir a los hombres y a los pueblos estas sublimes palabras: «amaos los unos a los otros»*.

Cayó exánime en la arena del combate aquel apóstol de la gloria de Dios y de su Inmaculada Madre, después de erigirles templos, capillas y monumentos. Extinguióse, por fin, aquella antorcha viva de

fe y ejemplar virtud que, desde el candelabro del Episcopado, irradiaba luz de doctrina y calor de vitales alientos sobre cuantos le trataron o vivieron bajo su cayado pastoral.

Puede, pues, con razón, la Iglesia en estos momentos, entonar el más lúgubre Responsorio que guarda en su litúrgia, y afirmar con aquel estridente «*dies magna et amara valde*», ser el día de hoy amargo sobremanera. Puede también la Nación poner a media asta su estandarte tricolor y enlutarlo con crespón funerario; pues la Patria, como el mundo católico, acaban de sufrir récio golpe con la muerte inesperada del que fué ornamento del Episcopado y lustre y préz del pueblo felíz que le meció en su cuna.

Dotado, en verdad, de cualidades extraordinarias, como inteligéncia clara y penetrante, ingénio agudo y perspicáz, concepción rápida y certera, ilustración vasta y sólida, juicio seguro, voluntad decidida y tesonera, verbo cálido, fácil y brillante, maneras distinguidas y afables y noble y arrogante figura, las puso todas al servicio de la Iglesia y de la Patria, como reza el lema de su escudo, a fuer de santo Prelado e hidalgo caballero.

Descansa, pues, ¡oh augusto Príncipe de la Iglesia! y goza ya del galardón de tus magníficas obras. Los levitas y los ciudadanos tejerán guirnaldas de siemprevivas para tus huesos venerandos. Pero si, corriendo los años, se secan esas flores y la mano del tiempo llega a borrar tu nombre ilustre de los mármoles y bronces de tu sarcófago, el Cristo de los Andes, las banderas americanas depositadas por tí ante el Pilar de Zaragoza, y la estátua de la Virgen colocada en lo más alto de la cumbre del Carmelo, serán la guardia noble que harán honor a tu sepulcro y dirán a las generaciones que pasan, tus virtudes y tus glorias.

JOSÉ MARÍA CODERA MARQUÉS,
Misionero Hijo del Ido. Corozón de Morío.

El Iltmo. señor Obispo de La Serena, Dr. D. Ramón Angel Jara.

(De «La Luz» de Iquique, Marzo 11 de 1917)

El viernes pasado falleció en La Serena este ilustre Prelado, gloria de Chile y honra de la Iglesia universal. Ningún chileno como él ha sabido conquistar en el extrangero tantos aplausos, ni ha recibido tantas manifestaciones de entusiasta admiración de parte de los pueblos, como de los gobernantes, de las otras naciones de la América y de Europa. El puso muy alto el nombre de Chile, arrebatando con su elocuéncia a inmensos auditorios, en Roma, en Lourdes, en Londres, en Madrid, en Zaragoza, en Buenos Aires, en Lima y en muchas otras ciudades del extrangero, y en algunas de ellas mereció que la prensa lo calificara como el primer orador del mundo.

Su elocuéncia le conquistó inmensa gloria; pero, lo que vale más, sus virtudes, su caridad inagotable, la dulzura de su trato, su abnegación para servir al prójimo, ya en las grandes empresas caritativas que llevó a cabo, como sacerdote y Obispo, ya en la secreta ayuda llevada personalmente a familias desvalidas, le conquistaron el amor y la gratitud de innumerables corazones, que hoy lloran la desaparición de un Padre, cuya bondad fué siempre inagotable. Para sus amigos y admiradores valdrá como consuelo, la confianza de que las virtudes del gran Obispo le habrán merecido el descanso y la gloria de los justos en la eternidad.

El Ilustrísimo señor Jara.

(De «La Unión Católica» de Santiago, Abril 1º de 1917)

Ha muerto en su Diócesis, en La Serena, de un ataque repentino, el Iltmo. Obispo Dr. D. Ramón Angel Jara. Con él se va una gloria nacional, que hizo sonar con estrépito glorioso el nombre de Chile en el extrangero, y cuya obra, de apóstol y de patriota, gira, fecunda como fué, entre dos polos imperecederos: Religión y Patria.

Como todos los hombres llamados a gran papel intelectual, reveló desde niño sus grandes aptitudes. Se recuerda su primer triunfo oratório en una manifestación cívica en el Cerro Santa Lucía. Salía del colégio, y ya el aplauso público seguía sus pasos. Pero él desdeñó el mundo y sus esperanzas; y, tocado de vocación religiosa, fué a encerrarse en el Seminario, a estudiar y prepararse para el sacerdócio.

Salió de allí como forjado al yunque de los grandes ideales, únicos capaces de llenar un gran corazón. El joven tribuno se transformó en apóstol. Aquella elocuéncia ardorosa y sonora se consagraba a Dios e iba a conquistar almas y ablandar corazones bajo las bóvedas del templo. ¡Cuántas, conmovidas por aquella voz poderosa y sentida, fueron redimidas y ganadas para la virtud y el bien!

El Iltmo. señor Jara era, naturalmente, elocuente; y a este dón se unía la fuerza de una grande y sólida piedad y de un corazón bondadoso, que vibraba al contacto de ajenos dolores y de los grandes amores que lo subyugaron.

Pronto tan excelso dón fué conocido y las gentes se apiñaban por oirle. La Patria reclamó luego el auxílio de su virtud. Eran los

días en que, después de temores de una guerra con la República Argentina, se sellaba la paz entre las Cancillerías; pero en el pueblo quedaba la resaca después de la tempestad. Vino entonces la Iglesia pacificadora y aquietadora; y el señor Arzobispo don Mariano Casanova y el señor Jara partieron al vecino país como apóstoles de una misión de paz. Nunca vibraron más altos los acentos patrióticos que entonces. El señor Jara desbordaba en arengas inmortales; y las relíquias de un reciente pasado de suspicácias y desconfianza se fundían al calor de esa palabra caldeada en el amor de Dios y de su Patria; palabra que tenía el trueno de las voces proféticas y las suavidades de un llamado fraternal.

El señor Jara hizo resonar con aplauso y gloria el nombre de su Patria en el Perú, en misión de paz; en Roma y los Lugares Santos, como peregrino; en Zaragoza, en el templo de la Virgen del Pilar, como un hijo devoto en el solar de sus padres; y fué acaso allí donde culminó su gloria de orador, porque allí hablaba de la abundancia del corazón.

La vida del Iltmo. señor Jara fué fecunda en obras, porque su elocuéncia estuvo al servício de grandes causas. El Templo de la Gratitud Nacional y el monumento construído en la cima del Carmelo en homenage a la Patrona de nuestros Ejércitos, hablan de religión y patria; su apostolado, como Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, habla de su piedad para con los pobres: sus construcciones en Ancud, de su celo de Pastor.

El Iltmo señor Jara era una figura americana.

La Iglesia y la Patria pierden uno de sus grandes servidores; y ambas vestirán luto, porque se eclipsa una gloria que les pertenecía; muere un corazón que las amó con amor exclusivo; y se apaga una voz que cantó con acento grandilocuente sus grandezas.

A la memoria del Iltmo. Obispo de La Serena, Dr. D. Ramón Angel Jara.

(De «El Maule» de Constitución del 18 de Marzo de 1917)

Un hondo vacío deja en el seno de la Iglesia de Chile, la muerte de este ilustre Prelado, esta esclarecida figura americana que, en las diversas esferas y fases de la vida, supo con sus dotes de orador, conferencista y celoso sacerdote, poner de relieve, lo que encerraban las raras y preciosas facultades de su alma.

En momentos difíciles para la Nación chilena, cuando el país estaba al borde de una guerra, traspasó los Andes, y con la elocuéncia de su verbo altivo y luminoso, predicó la alta confraternidad americana, la unión de estas dos fuerzas de la América, llamadas a cumplir en el futuro altos e imperecederos destinos.

Hombres de esta talla, eminentes, delicados, es difícil encontrarlos, consagrados al triúnfo de las grandes causas y a inmolarse en el altar de los deberes pátrios.

Fué al Perú, y armonizó, con su elocuéncia vigorosa y refulgente, a las multitudes que lo escuchaban; predicó el olvido del pasado; fué un sembrador de paz y de armonías y un apóstol convencido de las reconciliaciones de los pueblos.

Viajó a España y, en Zaragoza, depositó ante los pies de la Virgen del Pilar, las banderas de las naciones de la América-Hispana, como símbolo del afecto íntimo, que en esas nacionalidades palpitaba hacia la Madre España, y allí dejó otra vez oir su potente voz haciendo resaltar esta misión de gratitud de las hijas del continente americano.

Estuvo en Roma y, al depositar ante su Santidad Pío X para su bendición, las banderas de los países de la América Española, en un solemne y conceptuoso discurso elevó ante el Supremo Pontífice de la Iglesia, la adhesión del Episcopado Latino-Americano, y dió a conocer su amor inquebrantable hacia su Patria.

Gran figura americana, siempre amante de las glorias de Chile, no trepidaba en manera alguna, en exteriorizar siempre sus elevados sentimientos.

Honremos su memoria y depositemos al pie de su tumba, el afecto sincero de chilenos.

CARLOS FERNÁNDEZ CASTILLO.

Constitución, 16 de Marzo de 1917. — Quinta «El Parque».

Monseñor Ramón Angel Jara.

(De «El Carmelo y Praga» de Santiago, Marzo de 1917)

Como la robusta columna del templo, que se desploma sin poder sostener el peso de sus propias glorias, ha caído el gran Obispo, el primer orador americano, el gran literato y el gran ciudadano chileno, Monseñor Ramón Angel Jara. Los écos de su elocuente voz fueron escuchados con admiración casi en todas las ciudades sudamericanas y en gran parte de las capitales de las naciones europeas; pero la inexorable guadaña de la muerte ha cortado el hilo de su preciosa existencia, y, a las santas actividades de su vida, han sucedido el silencio y la quietud de la muerte.

Educado Monseñor Jara en un hogar y ambiente profundamente católicos, fué la carrera eclesiástica la ilusión de su juventud; a ella dedicó todas las energías de su joven alma, y en ella vino a figurar, más tarde, como astro cuyos fulgores será muy difícil sean eclipsados por ningún otro.

Su elocuéncia varonil y patriótica repercutía con ardorosos acentos, sobre todo cuando a algún acontecimiento cívico o guerrero, nacional o extrangero, era necesario poner la nota religiosa. Entonces Monseñor Jara se elevaba a inmensas alturas, donde cada una de sus palabras era un relámpago capáz de formar una tempestad en cualquier orden de cosas.

Así se vió en las Oraciones fúnebres de Portales, del Ilmo. Casanova, de Cánovas del Castillo, de León XIII y del General Las Heras, donde su voz clara, flexible y poderosa, su nérvio y energía de expresión, su hermosa y venerable figura, formaban un admirable conjunto para hacer de Monseñor Jara el orador más elocuente de los tiempos modernos.

Cuando las banderas de las Repúblicas Americanas fueron paseadas por las calles de Zaragoza, para ofrecerlas a la madre España como signos de unión entre la madre y las hijas, llegado el momento de hacer el grandioso ofrecimiento, la voz del venerable Obispo electrizaba a más de 50.000 oyentes reunidos en la Plaza de los Mártires, donde el nombre de Chile y del grande Obispo fueron aclamados con delírio imponderable.

Los Carmelitas tenemos un imperioso deber que cumplir con el difunto Prelado. Le debemos una gratitud eterna. Él era Terciario y Hermano nuestro; él levantó frente a nuestro Convento del Santo Monte Carmelo, la estatua de la Virgen del Carmen, obsequio que Chile hacía a la Patrona de sus Ejércitos; él edificó el suntuoso templo de la Gratitud Nacional en honor de esta Sma. Madre, y él tenía siempre en todos sus sermones y discursos una frase que dedicar a la Virgen del Carmen, de la que no se olvidaba nunca.

Descanse, pues, tendido sobre sus bien ganados laureles, el ilustre Prelado, el poeta tierno y el orador incomparable, mientras nosotros elevamos nuestras humildes plegarias al Autor de toda grandeza, en sufragio del alma del Ilmo. señor Obispo de La Serena.

Monseñor Ramón Angel Jara.

(De «La Unión Hispano-Americana» de Santiago, Marzo 11 de 1917)

Ha muerto en La Serena un príncipe de la oratória sagrada: Monseñor Ramón Angel Jara. Era un amante de España y de sus gloriosas tradiciones. Brillante escritor, honró con la elocuéncia de sus ideas y de su voz cálida el rico idioma castellano. Era un hispano-americanista fervoroso.

A su iniciativa y decidido amor por la madre común de las naciones hispanas, se debió el más sentido y significativo homenage a España, que han hecho, cariñosa y colectivamente, todas las Repúblicas de origen español del nuevo continente.

«La Unión» y la prensa de todo el país, como también la extrangera, ha rendido un tributo de admiración y elógio al ilustre Prelado que acaba de morir. Nuestros lectores conocen ya múltiples detalles de su vida y han apreciado siempre las brillantes condiciones de orador que adornaban al extinto Obispo.

«Unión Hispano-Americana» desea rendir un homenage a su memoria, y para ello cree muy oportuno reproducir íntegramente el maravilloso discurso que Monseñor Jara pronunció en Zaragoza el 29 de Noviembre del año 1908. Prueba es tan bella pieza oratória del amor que a España profesó en vida el ilustre extinto.

ARTÍCULOS NECROLÓGICOS

dedicados por altas personalidades argentinas y chilenas
a la memoria del

ILUSTRÍSIMO MONSEÑOR JARA

Exmo. Señor Dr. Dn. MARIANO ANTONIO ESPINOSA

Dignio. Arzobispo de Buenos Aires, Asistente al Solio Pontificio, etc., etc.

El gran Obispo y leal amigo.

Monseñor Ramón Angel Jara, el gran amigo de los argentinos, ha muerto! Tal fué la exclamación de estupor brotada de todos los corazones.

Lo sabíamos delicado de salud; pero no moría en nosotros la esperanza de que esa figura de atleta vigoroso había de superar, como en otras circunstancias, los peligros a que está sujeta la vida en el mundo.

Monseñor Ramón Angel Jara ha dejado recuerdos imborrables en el corazón de los argentinos que le conocieron. Cuando se hallaba entre nosotros, lo considerábamos y lo tratábamos como cosa nues-

tra. Lo merecía, en verdad, porque en su alma noble y expansiva se notaba el franco y leal afecto hacia esta República.

Fué el mensajero de paz que juntamente con el muy ilustre Arzobispo de Santiago, Monseñor Mariano Casanova, nos enviaran los chilenos en aquellos días aciágos y nebulosos para las dos Repúblicas.

Su verbo vibrante, enérgico, sentencioso, comenzó por disipar en muchos corazones el ódio que se iba infiltrando lentamente en el alma popular. En el Santuario de Luján, Monseñor Jara, siendo aún simple sacerdote, obtuvo su primer triunfo sobre los corazones argentinos. Allí le conocieron y por eso le amaron.

En el resto de su vida, no disminuyó en él el entusiasmo, alimentando siempre la idea de unir cada vez más a chilenos y argentinos. Sabía aprovechar oportunamente cualquiera ocasión o laudable iniciativa para unir nuestras banderas en estrecho lazo. Cien circunstancias nos dan testimónio de ello; pero las principales fueron la estatua del Redentor erigida en la Cordillera de los Andes y el ofrecimiento de las insignias nacionales a la Vírgen de Zaragoza, allá en su célebre Santuario.

En ambos hechos se ha destacado por su celo, por su elocuéncia y por su sinceridad en las convicciones.

¡Loado sea Dios que ha querido darnos en Monseñor Ramón Angel Jara, un verdadero Apóstol de la Paz en las regiones Andino-Platenses!

¡Bendita sea su memoria, perenne su recuerdo!

¡Descanse en paz y goce el premio de los buenos y fieles luchadores de Cristo!

† MARIANO ANTONIO,
Arzobispo de Buenos Aires.

Buenos Aires, 30 de Octubre 1917.

Iltmo. Sr. Dr. Fr. ARMENGOL VALENZUELA

Arzobispo de Gangra

MONSEÑOR JARA

Templi etiam altitudo ab ipso fundata est, duplex ædificatio et excelsi parietes templi. — Eccli. 50 — 2.

Nadie como el que traza estas líneas, estaría tan obligado a contribuir con algo digno del ilustre difunto, cuya Corona fúnebre se trata de entretejer, porque además de haber conocido desde su juventud al Iltmo. señor Jara, de grata memoria, fuí inmediato sucesor suyo en la Diócesis de Ancud.

Sintiéndome, empero, incapáz de aproximarme, siquiera desde lejos, a la magnilocuéncia de tan notable orador, si quisiera trazarle un elógio fúnebre de mi cosecha, voy a aplicarle sencillamente el elógio

que la Sagrada Escritura hace del Sumo Sacerdote Simón, hijo de Onias, declarándolo autor de la altura y doble extructura del templo de Jerusalén.

En efecto, esta doble edificación del templo de Dios, cuadra perfectamente al Iltmo. señor doctor Ramón Angel Jara, porque lo edificó materialmente, construyendo a costa de incansable diligencia la espaciosa y elegante Catedral de Ancud, que dejó casi terminada al trasladarse a La Serena; y lo edificó moralmente dejando oir su verbo ardiente y conmovedor dentro y fuera de Chile, con que levantaba el alma de sus oyentes católicos — que son el templo vivo del Señor, — a los más elevados sentimientos de amor de Dios y de la Patria, y de devoción a la Santísima Virgen María.

Santiago de Chile, a 29 de Noviembre de 1917.

† Fr. P. ARMENGOL VALENZUELA,
Arzobispo de Gongra.

Iltmo. Sr. Dr. EDUARDO SOLAR VICUÑA

Obispo Tit. de Selga, ex-Auxiliar del Iltmo. Sr. Jara y actual Vicario Capitular del Obispado de La Serena

El Corazón de Monseñor Jara.

Antes de tratar y conocer de cerca e íntimamente al Ilustrísimo señor Jara, yo, como todos los demás, era un entusiasta admirador de sus más ostensibles cualidades: de la potencia de su inteligéncia, de su gran talento, de su rica imaginación y privilegiada memoria, de su celo sacerdotal y sobre todo de su soberana elocuéncia que le conquistó fama mundial.

Más tarde, cuando tuve el honor de ser su Vicario General en esta Diócesis, su confidente, su amigo, pude apreciar la nobleza de su corazón, la delicadeza de sus sentimientos, la incomparable bondad de su alma. Entonces, a la alta estimación que de él tenía, uniéronse en mi alma el cariño y el afecto más sincero.

«Dios ha puesto en el fondo del corazón humano la bondad», ha dicho Bosuet; pero, cuando esta bondad se posee en alto grado y es

como la característica de un corazón, nos cautiva, nos arrastra, nos liga a ese corazón con lazos de un afecto inquebrantable.

Monseñor Jara poseía un corazón de oro adornado de exquisita sensibilidad, de ternura paternal, de compasión y misericordia hacia el desvalido, o el culpable. Daba de lo suyo cuanto podía en obséquio de los pobres y, en muchos casos, agregaba explicaciones sobre el por qué no podía satisfacer toda la necesidad que se le hacía presente. Reprendía con dulzura al culpable y sufría verdaderamente cuando su deber lo obligaba a sérias amonestaciones o a la aplicación de medidas coercitivas disciplinares.

El eminente místico inglés, el Padre Faber, retrata en los siguientes términos la Bondad:

«Es, dice, el desbordamiento de sí mismo en los demás. Ser bueno es poner a los otros en lugar de sí mismo. La Bondad convierte más pecadores que el celo, la elocuéncia y la instrucción, y estos tres factores no han convertido persona alguna sin haber en algo intervenido la Bondad».

Estas palabras son muy aplicables a la semblanza moral de Monseñor Jara, que siempre se colocaba en el lugar del que sufría o que de algo necesitaba, llegando en ocasiones a extremos de benevolén-cia; que sabía sentir con fuerza los bondadosos conceptos, el generoso interés que expresaba su elocuente palabra en favor de los demás.

Cuando el Iltmo. señor Jara se presentaba como Representante o Príncipe de la Iglesia, aparecía exteriormente revestido de grandeza y magnificéncia que realzaban en gran manera la representación de la Diócesis y las funciones del culto. Algunos, sinembargo, los que de cerca no lo conocían, creían ver en esto la expresión de un sentimiento de propia complacéncia por su personal elevación, o una manifestación de suficiencia. La verdad es que Monseñor Jara era sinceramente humilde; abría su corazón con entera franqueza a sus colaboradores en el cargo pastoral; siempre consultaba, antes de tomar una determinación en algún asunto de importancia y aún en los menores, a pesar de su larga experiencia en el manejo de las cosas eclesiásticas; en muchos casos, sacrificaba su opinión y defería gustoso al parecer de los demás; oía bondadosamente las observaciones que se le presentaban, las estudiaba y discutía con empeño hasta producir un acuerdo.

La actuación del Iltmo. señor Jara, nos trae a la memoria las ideas emitidas por Monseñor Ireland en un discurso pronunciado en la Casa de la Buena Prensa, en París, en 1892. Decía estas bellas palabras:

«Hay en el sacerdote dos almas: el alma privada que puede ser tan modesta, tan humilde, tan retirada como se quiera, como la rosa de un jardín lejos de la admósfera emponzoñada del mundo; y el alma del Pastor, del marinero que por fuerza debe navegar por los océanos más distantes. Precisa buscar las ovejas, ir por todas partes, aparecer por doquiera en bien de la Iglesia... Ved los Apóstoles, se dispersan, van por todas partes.... Hay que salir, hay que ir por vías y plateas hay que predicar sobre los techos».

Estas dos almas, a que se refiere Monseñor Ireland, palpitaban en el corazón del señor Jara. Durante su larga vida sacerdotal se le vió cultivar la piedad más humilde y acendrada y a la vez la actividad más eminente, yendo a todas partes en donde a su juicio requería su presencia al provecho de la Iglesia. Esto último constituía el gran amor de su vida. Sus triunfos y la gloria que conquistaba con su brillante representación, siempre a la Iglesia los refería.

Íntimamente rendía culto a la amistad y hacía gustar las agradables expansiones de un alma infantil.

Era un noble y cristiano corazón; un corazón de Padre y de amigo; un corazón de sacerdote.

Quiero terminar con un célebre pensamiento de Lacordaire: «Si me fuera lícito adorar alguna cosa humana, yo adoraría el polvo de un buen corazón antes que los primores de la inteligencia».

† E. SOLAR V.
Obispo Tit. de Selga.

La Serena, Mayo 9 de 1918.

Exmo. Dr. Monseñor FRANCISCO VAGNI

Ex-Encorgado de Negocios de la Santa Sede en Chile y actual Auditor de la Nunciotura de Buenas Aires

MONSEÑOR JARA

I

Basta sólo recordar este nombre, para que se presenten a la memoria de todo chileno y de todo admirador de Chile, innumerables testimónios de las dotes extraordinarias con que el Dador de todo bien quiso adornar al que fué queridísimo Pastor de las Diócesis de Ancud y La Serena.

Siempre brillará como estrella de primera magnitud en el firmamento de la República de Chile, tan abundante en hombres esclarecidos, la personalidad del Ilustrísimo señor doctor Ramón Angel Jara, préz y gloria, no sólo del clero chileno y del Episcopado americano, sino de toda la Iglesia Católica.

¿Cómo delinear con hábil mano y reducir a miniatura la grandeza incomparable de su elocuéncia arrebatadora, la brillante y sincera efusión del culto filial por su Patria idolatrada, la virtud notória y el celo ardiente de su fervorosa alma sacerdotal?

¿Cómo encerrar en estrecho cuadro una figura como la suya, grande, imponente, majestuosa, deslumbradora en todos conceptos?

Monseñor Jara fué eminente sacerdote, gran patriota, elocuentísimo orador.

II

Su intensa labor sacerdotal todos la conocemos (1). Basta recordar que el Romano Pontífice, en nombre de la Iglesia, quiso premiar sus virtudes sacerdotales ornando su cabeza venerable con la mitra Episcopal. Su celo ardiente, su caridad inagotable, su gran corazón lo hicieron el dispensador nato de la bondad y el amigo de la paz. Si había nacido para ser grande, también había nacido para hacer el bien y para ser el bienhechor desinteresado, el favorecedor incansable de los pobres y desvalidos. Ferviente devoto del Discípulo amado, buscaba desahogo a su encendido corazón en el Corazón Sagrado de Jesús. Y en sus penas y amarguras, allí era a donde iba a buscar el consuelo, recostando su cabeza dolorida en el seno amoroso del Divino Maestro. Jesús en la Eucaristía era sus delicias y nunca fué más elocuente su palabra que cuando tenía que hablar del Amor de los amores, prisionero en el Sagrario. Su devoción a la Reina de los Cielos era tierna y fervorosa como la del niño. Su adhesión y amor a la Cátedra de Pedro, inquebrantable.

III

Como patrióta paseó por el mundo entero, envuelto siempre en el riquísimo ropaje de su extraordinaria elocuéncia, el nombre glorioso de su Patria idolatrada; y los inmarcesibles laureles, que en todas partes conquistó con su arrebatadora palabra, fueron siempre, o depositados a los pies de la Soberana Reina del Carmelo, Patrona

(1) Son de ello elocuentes testimonios la Gratitud Nacional, Asilo de la Patria, el Pensionado Universitario de San Juan Evangelista, la Gobernación Eclesiástica de Valparaíso, etc., etc.

jurada de los Ejércitos gloriosos de Chile, o colocados sobre la frente purísima de la más austral y hermosa de las jóvenes Repúblicas, su Patria. A la mágica evocación de su palabra, en medio de las grandes capitales de Europa, aparecía Chile como ninfa encantadora, sumergida en el más grande de los océanos, irguiendo su cabeza hermosa hasta la cima de los Andes para contemplar a sus hermanas del Atlántico; o bien como la reina del Pacífico, coronada por el fulgor de sus volcanes, cubierta con el blanquísimo manto de sus nevadas cumbres, adornada con los riquísimos tesoros de sus metales preciosos, engalanada, en fin, con las glorias inmarcecibles conquistadas por sus hijos.

Chile, su querida Patria, era respetada, enaltecida, amada donde quiera que Monseñor Jara desplegara sus lábios. Y al glorioso pabellón nacional, ese simpático tricolor chileno, lo hace flamear hermoso, lo mismo en la cumbre del Carmelo junto a aquel monumento legendario, testimonio del amor de Chile a la Patrona de su Ejército Nuestra Señora del Carmelo, como bajo las cúpulas seculares del Pilar bendito de Zaragoza, cuna de la fe de España, baluarte contra la Media luna y la Reforma, joya incomparable de la Europa cristiana.

IV

En España, madre fecunda de elocuentes oradores, fué donde empezó a llamársele el Crisóstomo contemporáneo. Era tal el poder de su elocuéncia, la grandiosidad de sus imágenes, la oportunidad de sus conceptos, la majestuosa galanura de sus frases, lo armonioso de sus artísticos períodos, la expresión de sus ademanes, la pompa y majestad de su persona toda, la sonoridad de su clara y potente voz, el domínio absoluto de sus oyentes, que éstos se trasladaban a los antiguos tiempos y les parecía oir a un Cicerón, a un Demóstenes o a un Crisóstomo.

En Jerusalén, en Roma, en Lourdes, en Londres, en Madrid, en Barcelona y Zaragoza; en Buenos Aires, en Lima y en Santiago, y en donde quiera que alzara su voz, cosechaba a manos llenas calurosos y merecidos aplausos. Lo mismo al cantar las glorias nacionales de su querida Patria, como al pronunciar la fúnebre Oración de ilustres personajes; lo mismo al tejer coronas preciosas en honra de la Reina de los cielos, como al reprender los vicios y pecados, se dejaba sentir en sus oyentes ese mágico poder de su palabra arrebatadora.

Cuando en compañía de aquel venerado Pastor, cuyo lema era «Pax multa», atravesó los Andes llevando la rama verde de oliva como símbolo de la paz, su arrebatadora elocuéncia hizo sacudir las nobles fibras de los corazones de ambas naciones; el pueblo lo aplaudió alborozado, el Cabildo de Buenos Aires le abrió su sono y lo recibió entre sus preclaros miembros; y los hombres de gobierno que guiaban los destinos de Chile y Argentina, inspirados de nobles sentimientos, firmaron una paz, augúrio de ventura y de grandeza.

Y, cuando se inaugura en la cumbre de los Andes, ese monumento de la fe católica de estas dos jóvenes Repúblicas, ese símbolo de la verdadera paz de las naciones, la imagen gigantesca del Cristo Redentor bendiciendo a chilenos y argentinos, allí está Monseñor Jara entonando un himno sublime a la paz. «Es una figura noble y majestuosa la del Prelado chileno. Orador notable, de voz retumbante, de acción elegante y de expresión seductora. En tono de suave dulzura predica paz y bonanza. Inspiradas, sin duda, en las palabras del Divino Maestro: «Amaos los unos a los otros», sus hermosas frases de amor cristiano emocionan a todos. Hasta la mirada misma de Cristo, me pareció que se nublara, enternecido». (General Ignacio H. Fotheringham. «*La vida de un soldado*»).

V

Por todas partes quedaba el grato recuerdo de su personalidad sobresaliente, conquistando siempre la admiración y el cariño de los que le conocieron, por su elocuéncia, por su amor a la Patria, por su bondad inagotable.

Los humildes y los grandes encontraban en Monseñor Jara el corazón bondadoso del amigo sincero; de modo que su bondad le hizo ganar más corazones que aplausos su palabra, y mayor fué el número de amigos que conquistó con su mansedumbre, que de admiradores con su elocuéncia.

Si su elocuéncia llegó a enternecer al Pontífice en la significativa ceremónia de las bendición de las Banderas Americanas, al pedirle una bendición especial para su querida Patria, antes de ser colgadas en los muros benditos del Pilar de Zaragoza, sus virtudes, sus bondades y sus merecimientos le robaron el corazón del Papa.

Recuerdo con gratísima emoción aquel día en que fuí a postrarme a los pies del venerable Pontífice Pio X, para recibir su paternal ben-

dición antes de abandonar la Ciudad eterna, a principios del año 1909. Nunca podré olvidar aquellos momentos solemnes. Joven todavía, dispuesto ya a elejarme de mi Patria y de los míos para venir en servicio de la Iglesia a estas regiones, entonces para mí tan lejanas y tan desconocidas, oí de labios del Papa unos conceptos tan cariñosos, tan expresivos, tan elogiosos, que son testimónio de la gran estima y del acendrado amor de predilección con que el Romano Pontífice distinguía a Monseñor Jara, y que, al mismo tiempo, son también su mejor elógio. «Va Vd. a Chile (me dijo). Allá encontrará un Obispo a *quien quiero y estimo muchísimo:* es Monseñor Jara, el Obispo de San Carlos de Ancud, gloria no sólo de Chile, sino de toda la Iglesia Católica».

¡Que su recuerdo permanezca siempre en nuestra memoria como sombra veneranda, que el resplandor glorioso de sus preclaras virtudes acompañe y guíe los pasos del ilustre y virtuoso clero chileno por el camino recto y seguro de la misión santa a él encomendada. Tengamos siempre delante de nuestros ojos sus virtudes, y así podremos decir con San Ambrosio: «A nobis abiit, sed non totus a nobis abiit»!

F. VAGNI,

Auditor de la Nunciatura Apostólica
de la Argentina.

Del Exmo. Sr. Dr. Dn. Emiliano Figueroa,

Ministro Plenipotenciorio de Chile ante el Gobierno Argentino

Importante Comunicación.

Legación de Chile

Buenos Aires, 30 de 1917.

Señor
Dn. Jaime Rosselló.

La Serena.

Distinguido señor:

He tenido la honra de recibir su atenta de fecha 9 del actual.

Excusado me parece manifestarle que aplaudo sinceramente su resolución de editar una «Corona Fúnebre» en homenage al Iltmo. señor Obispo de La Serena, Monseñor Ramón Angel Jara, porque se trata de una vida cuyo recuerdo debe perpetuarse, y sus méritos y virtudes, consignados en las páginas de un libro, servirán de ejemplo y estímulo a futuras generaciones.

Me pide usted un artículo en elógio del ilustre extinto y francamente no me atrevo a hacerlo, porque me encuentro incapáz de entonar un himno a la altura del egrégio varón que, con inusitado brillo, se consagró por entero al servicio del lema de toda su vida: «Dios y Patria».

La fama de su talento, abnegación y grandeza de alma se extendió por toda la América y Europa, donde he podido comprobar la profunda huella labrada por su oratória sublime y excelsas virtudes.

Usted convendrá en que un cualquiera como yo no puede tener la pretensión de escribir algo digno de él y en que es lógica mi resistencia a intentarlo. Debo, pues, contentarme con seguir rindiéndole culto en el fondo de mi alma.

Quiera, señor, aceptar las seguridades de la especial estimación que le profesa su

Atto. y S. S.

E. FIGUEROA.

Nota.—Aunque esta carta no ha sido escrita sino particularmente para mí, sinembargo he querido insertarla en la «Corona Fúnebre» porque, dada su importancia, habría estimado defraudar la memoria del Iltmo. señor Jara, si no la hubiese publicado. Por la razón anotada, espero la benevolencia del Excmo. señor Figueroa.—J. R.

Iltmo. Señor Dr. Dn. JUÁN NEPOMUCENO TERRERO

Dgmo. Obispo de La Plata (Argentina)

El Iltmo. señor doctor Ramón Angel Jara,

OBISPO DE LA SERENA

Cuando todos esperábamos que este astro de primera magnitud en el firmamento de la Iglesia, iba a continuar por muchos años más irradiando su luz sobre su Patria y sobre todo el mundo, ha querido el Señor llevarlo a las regiones de la luz eterna para premiar una vida fecunda, de un apostolado eficáz, no sólo para sus dos Diócesis de Ancud y La Serena y de Valparaíso que lo tuvo de Gobernador Eclesiástico, sino para todo Chile y para las Naciones de América, Europa y Asia, que escucharon muchas veces sus palabras de fuego, de una elocuencia arrebatadora, de una erudición vastísima y de una unción seductora; dotes que hacían de Monseñor Jara un Prelado distinguidísimo en la Iglesia de Cristo y gloria del Episcopado Católico.

Sus prendas personales, su desinterés, su afabilidad, ganaban los corazones y se conquistaban las simpatías, apenas había uno frecuentado su trato. Nunca podremos, los argentinos, olvidar sus visitas a esta tierra que siempre lo consideró como suyo. Todavía se conserva el éco de sus magistrales piezas de la oratoria sagrada en el Santuario de Luján, en la Catedral de Buenos Aires y en sus plazas públicas; en Mendoza y Zaragoza a donde lo acompañé cuando llevaba a ofrecer a la Milagrosa Virgen del Pilar, las banderas de las diecinueve Naciones americanas, hijas de la Madre Patria y su gloria más pura.

Ligado con esta alma grande por una amistad íntima, quiero contribuir con una modesta flor de pobreza literaria, a la «Corona Fúnebre» que recordará sus méritos, porque «*In memoria aeterna erit justus*».

Y no sólo en la mansión bienaventurada se habrán coronado sus virtudes, sino que aquí también, el juicio justiciero de los que han sabido apreciar una vida consagrada al bien de la Iglesia, al bien de su Patria y al bien de la Humanidad, le discierne una corona de aplausos y de gratitud a Dios por los dones especiales con que adornó a este gran Obispo.

† JUÁN NEPOMUCENO,
Obispo de La Plata.

La Plata, Noviembre de 1917.

Iltmo. Sr. Dr. Dn. RICARDO SEPÚLVEDA

Obispo Tit. de Sófene y Gob. Ecls. de Temuco (Chile)

La Humildad junto a la Grandeza.

A la «Corona Fúnebre» que se prepara para recordar la memoria y manifestar los méritos del gran Obispo Monseñor Jara, séale permitido al último de sus Hermanos en el Episcopado, contribuir siquiera sea con dos líneas, aunque no añadirán ellas mérito alguno a esta obra de justicia que el fidelísimo Secretario del Iltmo señor Jara, Presbítero don Jaime Rosselló, desea realizar en satisfacción de gratitud y cariño.

Hay en la fisonomía sacerdotal y episcopal del Iltmo. señor doctor Ramón Angel Jara—a quien lloran la Diócesis de La Serena y la Iglesia y la Patria de Chile—dos aspectos, entre sí muy diferentes,

que tomar en consideración: el que se deriva de su actuación pública, y el que se relaciona con su vida íntima.

Ordinariamente, sólo se miraba en el ilustre Prelado el primero de estos aspectos y que dice de su relevante personalidad.

El orador de rara y maravillosa elocuéncia; el iniciador brillante de grandes movimientos religiosos, sociales y patrióticos; el heraldo singularmente prestigioso del buen nombre de Chile en el extrangero: he ahí lo que atraía poderosamente la atención de este Príncipe de la Iglesia, sobre cuyos hombros habría caído bien la púrpura romana.

Pero, detrás de todo ese brillo deslumbrador de la vida pública del Iltmo. señor Jara, estaba el «*hortus conclusus*» de su piedad, el santuario secreto de sus virtudes sacerdotales y episcopales, cuyo buen olor pudieron sentir cuantos llegaron hasta él en la intimidad.

Un rasgo dominaba su vida íntima: la *humildad*.

Este Obispo elocuentísimo, que conquistó ruidosos aplausos en las grandes capitales del mundo, que recibió distinciones y honores de los Papas y de los Reyes, era manso y humilde como un niño y poseía el don, bien singular, de hacerse pequeño con los pequeños.

Un día que en la intimidad de Hermano le preguntaba yo cómo podía conservar su humildad en medio de tantos honores y aplausos, me respondió: «Cuando me aplauden hago cuenta que es a otro a quien aplauden, y yo mismo podría acompañarlos. En cuanto a mí, (yo) me quedo con mis (mis) miserias y mi nada».

He aquí lo más grande que había en este Príncipe de la Iglesia, de quien se podría decir, con entera verdad, que era un Obispo según el espíritu y Corazón de Dios.

† RICARDO SEPÚLVEDA,
Obispo de Sófene y Gob. Ecl. de Temuco.

Señor Dr. Dn. PABLO RICCHERI

Ex-Ministro de Estado y General del Ejército Argentino

Buenos Aires, 25 de Diciembre de 1917.

Señor Presbítero
Dr. Dn. Jaime Rosselló.

La Serena.

Por haber estado en viaje, lamento no haber podido corresponder a tiempo al pedido del artículo para la «Corona Fúnebre» de mi ilustre y llorado amigo Monseñor Dr. D. Ramón Angel Jara. Empero, aun cuando sea dentro de la brevedad de un telegrama, quiero decir la veneración que merecíame ese Príncipe de la Iglesia, elevado exponente del clero virtuoso, patriota e ilustrado de que puede sentirse orgullosa la República de Chile; clero que ha conservado, a través del tiempo y de las mayores vicisitudes, las grandes tradiciones de la inmortal epopeya, durante la cual sacerdotes argentinos y chilenos marcaron en la historia patria, con rasgos indelebles, hermosas páginas que la ilustrarán para siempre.

Monseñor Jara, al lado de sus ilustres Hermanos en religión, los Iltmos. Arzobispos Castellanos, Casanova y Espinosa, fué vocero inspirado por la misma Providencia Divina para predicar, con arrebatadora elocuéncia, la concordia a nuestros pueblos, enardecidos y altivos en aquellos momentos supremos en que parecía que no hubiese ya fuerza alguna capáz de contener el formidable choque de las dos Naciones hermanas, nacidas juntas a la libertad, y hoy, por fortuna, perdurablemente unidas para afirmar su propia grandeza y servir de baluarte, si necesario fuera, a la integridad de Sud América.

Conservo de Monseñor Jara el recuerdo imperecedero de aquel día memorable de Mayo de 1910 en que, de pie sobre la escalinata del monumento de San Martín, con el gesto avasallador de su silueta de gran señor y con su verbo de orador incomparable, —seguramente no superado ni por la misma águila de Meaux —nos marcaba la trayectoría del gran Capitán en su lucha gigantesca para conquistar y afianzar la independencia de nuestros pueblos; y, al terminar su magnífica Oración patriótica, tuvo una evocación, emocionante al bronce que perpetúa al héroe, para que nuestras Naciones crucen por el camino de la libertad, unidas siempre en fraternal abrazo, afirmando así la grandeza de su existencia eterna como naciones.

Por la elevación moral, esa arenga es espiritualmente digna de aquella otra que sirviera de fuente inspiradora a la noble dama que ideara la magna empresa de erigir, sobre la cima de la majestuosa Cordillera, ese Cristo de los Andes que constituye el monumento más venerable e imponente, destinado a custodiar la paz entre dos grandes Naciones hermanas, que son orgullo y gloria de la América del Sud.

Monseñor Jara fué uno de esos personages esclarecidos que han brillado no sólo en su Patria, sino que, por su talento poderoso, su grandeza de alma y elocuéncia sublime, fué admirado y colmado de aplausos, tanto en Europa como en la América.

PABLO RICCHERI.

NOTA.— Este brillante elógio, dedicado a la memoria del Iltmo. señor Jara, me fué trasmitido telegráficamente, porque la carta en que solicitara del señor general Ricchieri un articulo para la «Corona Fúnebre», sólo llegó a su poder en la misma fecha en que yo deseaba recibir los escritos solicitados, ya que había deseado publicar este libro hace algunos meses; deseos que sólo ahora me ha sido posible ver realizados. — J. R.

ILTMO. SR. DR. DN. PABLO PADILLA

Digmo. Obispo de Tucumán (Argentina)

Qui præraluit amplificare ciritatem, qui adeptus est gloriam in conversatione gentis. (Eclesiast. L. v. 5).

LA gerarquía eclesiástica de la vecina República de Chile ha perdido, con la llorada muerte del Iltmo. Obispo de La Serena, Dr. Ramón Angel Jara, uno de sus Gefes más conspícuos.

Conocímosle, trabando amistad con él, antes de que fuera elevado a la dignidad episcopal, cuando, acompañando al inolvidable Arzobispo, Monseñor Casanova, viniera a Buenos Aires con ocasión de la imposición del *Palio* a Monseñor Castellanos.

En tales circunstancias puso a prueba, así los sentimientos de su ardiente y elevado patriotísmo, como las relevantes dotes oratórias de que estuviera pródigamente adornado, consagrándose con entusiasmo a la noble y santa causa de estrechar los vínculos de fraternidad entre esta Nación y la de Chile.

Secundando los esfuerzos del Ilustrísimo Metropolitano chileno, Monseñor Jara trabajó sin descanso en suavizar las asperezas existentes entre ambos pueblos, y en disipar las nubes tormentosas que asomaban en los horizontes de aquende y allende los Andes.

Creado Obispo de Ancud y más tarde trasladado a La Serena, hemos seguido los pasos del evangelizador de la paz en el suelo americano. En medio de su grey, era el buen Pastor que sacrifica sus comodidades y salud en busca de las ovejas, dispersas y perdidas a través de inmensas distancias y de regiones insalúbres. De corazón generoso y magnánimo hacíase, como el Apóstol, todo para todos, prodigando bondades y servicios a cuantos a él se acercaban, a fin de ganarlos para Jesucristo.

En el campo fertilísimo de su espíritu, puesto por él mismo bajo la custodia y protección del Evangelista San Juan, dos sentimientos, hijos de la caridad, brillaban con vivo fulgor; mejor dicho, dos amores agitaban las fibras de su corazón, haciéndolas vibrar con intensa armonía, cuando una circunstancia externa las pulsaba: el amor a la Iglesia y el amor a su Patria inspiraron sus mejores discursos; y, en aras de estos dos amores, habría rendido gustoso su vida y derramado generoso su sangre.

Probado por Dios en el crisol de graves y dolorosas enfermedades, en dos ocasiones fuimos testigo de la magnanimidad de su espíritu, viéndole soportar con fortaleza y edificante resignación los acerbos sufrimientos y molestias del mal que trabajaba por tronchar su robusto organismo: en Roma, durante el Concilio Latino-Americano, y en la Visita *ad limina* de 1914. En tales circunstancias abrazábase con Jesucristo crucificado, colocando su esperanza en nuestra buena Madre, la Santísima Virgen María.

Mucho pudiéramos decir de la ferviente piedad, del celo por la gloria de Dios y salvación de las almas y del don de gentes que distinguían a Monseñor Jara; pues le tratamos, íntimamente, en los viajes a Europa, y, últimamente, en nuestra permanéncia bajo el mismo techo hospitalario del Colegio de los Padres Jesuítas en Barcelona, esperando el vapor que debía conducirnos a Buenos Aires, comenzada ya la guerra europea. Pero se nos pide brevedad y concisión en las presentes líneas. Vayan ellas así, breves y desaliñadas, como homenage a la memoria del amado Hermano en el Episcopado y del dulce e inolvidable amigo!

† PABLO,
Obispo de Tucumán.

Señor Doctor Dn. AUGUSTO ORREGO LUCO

Eminente escritor chileno, Ex-Ministro de Estado,
Miembro Correspondiente de la Academia Española, etc., etc.

Monseñor Ramón Angel Jara.

He conocido y apreciado mucho a Monseñor Jara; pero lo he conocido y apreciado sobre todo al través de los afectos cariñosos que tuvo la fortuna de inspirar. Su figura majestuosa pasa delante de mi vista envuelta en esa atmósfera de afectos que proyectan sobre ella los reflejos de una intensa y suave simpatía.

Debió esos afectos, sobre todo, a una viva sensibilidad que no le permitía encontrar un sufrimiento humano en su camino sin sentirse hondamente conmovido: que no le permitía ni siquiera oir la relación de algo noble o generoso sin que la emoción humedeciera sus pupilas; y que, en cambio, le permitía traslucir esa pena secreta que se oculta, esas íntimas tristezas que se esconden, escuchar lo que pensamos a solas, lo que no se dice, lo que no se puede decir.

Esa hermosa sensibilidad, establecía una cadena de afectuosa simpatía, entre Monseñor Jara y los que se sentían comprendidos, sin las tristezas de una dolorosa confidencia, en esa suave intimidad de dos almas que no necesitan hablar para entenderse.

Y luego, ese Príncipe de la Iglesia era humano, y sobre todas las misérias de la vida y todas las heridas del alma, derramaba el bálsamo sagrado que cura y que consuela. Al lado de la Justicia infinita, que condena todo lo malo, hacía brillar la Misericordia infinita, que perdona todas las faltas: la Justicia puede condenar, es su deber inexorable; pero la Misericordia sólo puede perdonar, es su atributo divino.

Y todas esas palabras, de una piedad consoladora, él las dejaba caer desde la altura de su elevada situación en la Iglesia, lo que les daba más autoridad y más eficácia.

Cuando veían todo el bien que podía hacer esa autoridad moral, dirigida por un sentimiento humano y una inspiración generosa, hasta los espíritus más obcecados sentían la necesidad social de esa autoridad.

A. ORREGO LUCO.

Monseñor ANTONIO RASORE

Rector de la Parroquia Matriz de lo Merced de Buenos Aires, Canónigo Honoraria, etc.

El Exmo. e Iltmo. Señor Obispo de La Serena, Monseñor Ramón Angel Jara.

«Mortuus adhuc loquitur».

Desde el 6 de Marzo de 1917, viste riguroso luto, no sólo la Diócesis de La Serena, no sólo Chile, sino también la República Argentina, la América entera y la Iglesia Universal, ante la tumba que se abrió aquel día para el ilustre Obispo y orador exímio.

La palabra tan elocuente como apostólica de Monseñor Ramón Angel Jara, resonó con admiración de los pueblos en ambos hemisférios, engalanada con las bellezas ingénitas del rico idioma de Cervantes, e impregnada de los grandes pensamientos que saben absorber los espíritus selectos y elevados, en las fuentes divinas de los Libros morales, sapienciales y proféticos del Antiguo Testamento, así como en el manantial inagotable del Evangelio de Jesús, y en los

profundos y maravillosos escritos de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia.

Monseñor Jara brilló, sin disputa, en modo admirable, como predicador sagrado; ministerio que ejerció siempre con dignidad y nobleza, desde los primeros días de su sacerdócio hasta el crepúsculo de su larga y laboriosa existencia, conservando en todos los momentos, cual un don providencial, la sonoridad de la voz, la acción firme, la mirada sugestiva, la imaginación viváz y la forma artística de sus discursos, que se deshojaban sobre los auditorios — casi siempre multitudes — que se apiñaban en derredor de su cátedra, en períodos armónicos, rítmicos y rotundos, dignos de Demóstenes, de Cicerón y de San Juan Crisóstomo.

Todo Chile, durante muchos años, fué iluminado y conmovido por su verbo fascinante, adquiriendo su oratoria actitudes arrebatadoras, en los días clásicos de la Religión y de la Patria.

Su renombre ultrapasó las montañas y los océanos, y recogió aplausos más que entusiastas, delirantes en Lima, en Roma, Zaragoza, Lourdes y otras muchas ciudades, manteniendo constantemente el cetro de su prestígio, sin que se eclipsara, ni por un momento siquiera, el nimbo de gloria popular que reflejaba resplandores deslumbrantes sobre su despejada y límpida frente, símbolo de un cerebro poderoso, animado de un espíritu inspirado por el genio de la Elocuencia y el ardor de la Fe, y movido por un corazón que sentía los estímulos milagrosos del fuego del amor divino.

En aquellos días inolvidables, cuando parecía cernirse sobre nuestro horizonte y el horizonte de su Patria la negra nube que presagiaba un formidable huracán; cuando parecía que los Andes se esforzaban por erguirse más aún, para hacer doblemente insalvable el abismo que amenazaba abrirse entre aquélla y esta Nación, la palabra ¡Paz! del esclarecido sacerdote chileno resonó dulce y solemnemente en la cumbre de la Cordillera Andina, como el cántico de los ángeles en la noche inmortal de Belén. Corrió aquella palabra con la velocidad de la onda eléctrica, al través de la Pampa, hasta las riberas del Plata, y desde Misiones hasta el Cabo de Hornos, produciendo en el alma nacional una impresión tan emocionante como reveladora, arrancando de todos los pechos gritos de cordialidad y simpatía, que se cristalizaron en un abrazo de concordia y amistad sinceras, y en un ósculo de estrecha fraternidad, garantidos por la mirada, amorosa y justiciera a la vez, del Príncipe de la Paz, el Cristo Redentor, que levanta su mano paternal en las altas regiones de los cóndores, para

bendecir a ambos pueblos, de modo que, en su marcha hacia una creciente y maravillosa grandeza, perpetuamente se amen, como hijos de una misma madre.

El pueblo argentino tuvo la dicha de albergar, entonces y en otras ocasiones, al eminente Maestro de la palabra evangélica, y escuchar con avidéz, entre aplausos estrepitosos y plácemes entusiastas, al venturoso Mensajero de Paz, principalmente en nuestra histórica Plaza de Mayo, en nuestra majestuosa Catedral, en el augusto Santuario de Luján, y en el templo parroquial de la Merced de esta ciudad: siendo llevado en triunfo, después del magistral sermón de la Inmaculada que predicó como clausura del Mes de María, hasta el Palacio Arzobispal, por miles de damas y caballeros, que vitoreaban en su persona, al virtuoso e ilustrado clero chileno, con su preclaro Episcopado, y a todo aquel pueblo, tan noble, tan valiente y tan cristiano.

El nombre del orador de las riberas del Mapocho, del Rimac, del Gave, del Ebro, del Tíber y del Plata, flota como un símbolo, desde aquellas jornadas gloriosas, en el ambiente de Buenos Aires y de toda la República Argentina, rodeado no sólo de respeto y admiración, sino de cariño y afecto sinceros; sentimientos que él compartía a su vez, y se empeñaba en manifestar en todas las circuntancias y en diversas formas, haciendo ostentación del título de Canónigo Honorario de nuestra Metropolitana, que se le otorgara como un modesto homenage, llamándose con insistencia y ostensible satisfacción «Canónigo Argentino».

Por eso su muerte fué llorada entre nosotros como entre los suyos, y nuestras plegarias se confundieron con las plegarias de sus hijos de La Serena, que perdían al bondadoso y celoso Pastor y Padre, y con las preces de sus compatriotas, que veían con tristeza extinguirse en su cielo una estrella de primera magnitud, si bien era para brillar en otro cielo infinitamente más bello, en el cielo sin sombras de la Patria eterna.

Va a cumplirse un año de que el predicador elocuente y el laborioso Obispo ha muerto... ¡Pero aun habla!... Habla con el ejemplo de sus virtudes sacerdotales y episcopales, que la historia grabará en letras de oro. Habla, porque su voz no se extinguirá por muchas centurias, repetida de generación en generación, por el éco de su fama inmortal.

¡Mortuus adhuc loquitur!...

ANTONIO RASORE,
Cura Rector de la Merced.

Diciembre de 1917. — Buenos Aires.

Iltmo. Señor Dr. Dn. ABRAHÁN AGUILERA,
Salesiano, Obispo de Isa y Vicario Apostólica de Magallanes (Chile)

El Iltmo. Sr. Dr. D. Ramón Angel Jara y la Pía Sociedad de S. Francisco de Sales.

Un hombre como el Iltmo. señor Jara ofrece múltiples aspectos dignos de especial recuerdo y encómio.

Para mí, humilde hijo del Venerable Juan Bosco, nada más propio ni más agradable que recordar los estrechos lazos del Iltmo. señor Jara con la Familia Salesiana.

Relaciones del señor Jara con el Venerable Don Bosco

El año 1904 así empezaba el Iltmo. señor Jara una Conferencia dada a los Cooperadores Salesianos en el Templo de la Gratitud Nacional al Sagrado Corazón de Jesús: «Aquí me trae el *cumplimiento*

de una sagrada obligación contraída hace dieciseis años, en la ciudad de Turín.... el venerado Don Bosco, que en los últimos días de su vída *había fortificado mi espíritu con paternales consejos,* no quiso dispensarme su postrera bendición sin que yo aceptara el *honroso título de Director General de los Cooperadores Salesianos de esta República de Chile.* Y, como si tratase de empeñar aún más mi gratitud, dignóse el 16 de Mayo de 1887, encontrándonos en Roma, agregar con su temblorosa mano al diploma de mi nombramiento estas consoladoras palabras: *Trabajad siempre en favor de mis pobres niños, y yo rezaré por vos hasta vernos reunidos en el paraíso.*

Al terminar esa Conferencia el Iltmo. señor Jara relató también su última entrevista con el Venerable Don Bosco. Dice: «Era el 14 de Mayo de 1887. Acababa de celebrarse en Roma, por la mañana de ese día, la consagración solemne de la Iglesia erigida al Sagrado Corazón de Jesús, bajo la dirección de Don Bosco... El venerable Fundador, previendo que estaba próximo el fin de sus días, había urgido la consagración de ese magnífico templo, joya del *Castro Pretorio,* y trasladóse desde Turín para asistir a esa ceremonia que revistió una pompa extraordinaria. Cúpome la suerte de acompañar a Don Bosco en dicho viaje y de estar a su lado en Roma. Terminadas las fiestas religiosas, pidióme el santo anciano que le condujera a su estancia. Doblado por penosa enfermedad, necesitaba de un apoyo para andar, y le ofrecí mi brazo. Así atravesamos una extensa galería. Don Bosco arrastraba apenas sus pies. Yo no me atrevía a hablarle, sea por el respeto que me inspiraba la cercanía de ese varón extraordinario, sea por no turbar las emociones de que estaría lleno, al ver finalizada en ese día una obra de tanta magnitud, que había ocupado la atención de dos Pontífices y para la cual había contribuído la cristiandad entera. De súbito, el ilustre anciano se detuvo, y me dirigió esta *extraña* pregunta: *No es verdad que amáis sinceramente a Don Bosco?* — «Bien sabéis, le contesté *turbado,* que mi pobre afecto os pertenece como deudor de profunda gratitud»..... Guardó silencio; anduvo unos pocos pasos más, y volvió de nuevo a decirme: *Pero, si amáis de veras a Don Bosco, preciso es que améis también a los Salesianos.* — «Os he dado una prueba», le repuse. «Mi mayor deseo es confiar a vuestros Hijos la fundación en Santiago, de que os he conversado algunas veces». De nuevo guardó silencio por unos momentos, y después de exhalar un *profundo suspiro,* me estrechó la mano y exclamó: *¡Cierto! pero, para amar de veras a los pobres Salesianos, hay que amar mucho a las almas... las almas, hijo mío.* Pronunció Don Bosco estas

palabras *con tal acento, con tal intención,* que ellas me hicieron enmudecer y recoger mi espíritu, ante la sola idea de lo que valen las almas redimidas por la Sangre Preciosísima del Hombre-Dios».

De las dos hermosas relaciones que preceden, se deduce que el señor Don Ramón Angel Jara en Mayo de 1887 tuvo con el Venerable Don Bosco *dos conversaciones muy íntimas:* una en Turín, la otra en Roma.

En la primera parece que se trató de la vocación del Iltmo. señor Jara, como se deja ver por estas significativas frases: «*Había fortificado mi espíritu con paternales consejos*»; «*mi pobre afecto os pertenece como deuda de profunda gratitud*»... . Confirma esta opinión lo que se lee en la vida del primer salesiano chileno Don Camilo Ortúzar Montt: «Acababa entonces de llegar a París procedente de Tierra Santa, el eminente sacerdote chileno Don Ramón Angel Jara (actual Obispo de S. Carlos de Ancud) antiguo y buen amigo de Don Camilo, a quien buscó inmediatamente que tuvo noticia de su llegada. En su primera entrevista, Don Camilo le comunicó su resolución de no volver a su Patria y de hacerse jesuíta... El señor Jara había estado en Italia, *y había quedado prendado del seguro critério y de la santidad de Don Bosco,* y aconsejó a Don Camilo, que antes de dar un paso tan serio y decisivo, fuese a ver a aquel santo varón y le consultase, pues *estaba plenamente convencido de que nadie podría ver tan claro, ni aconsejarle tan bien como él.* Es, además, tradición entre los Salesianos que el señor Jara en esa ocasión había pedido a Don Bosco quedarse con él, y que Don Bosco le contestó que no era esta su vocación, que estaba llamado a ocupar un puesto eminente en su Patria y que entonces se acordara de sus Salesianos.

Así se comprende como, de buenas a primeras, nuestro Venerable Padre y Fundador nombró al señor Jara *Director General de los Cooperadores Salesianos en Chile,* cuando aun ni existían propiamente las obras salesianas aquí. Y es que Don Bosco parece que en sueños previó el desarrollo de su obra en esta República, según consta de unas palabras que dijo el 10 de Abril de 1886, y de otras que en otra ocasión dijo sobre las Misiones de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. El Iltmo. señor Jara hace notar, como un *hecho singular* en la vida de Don Bosco, *la marcada preferencia que despertó el suelo de Chile en el ánimo del ilustre Fundador.* Y es de notar además la marcada preferencia que despertaron en el ánimo de Don Bosco los dos sacerdotes chilenos: Don Ramón Angel Jara y Don Camilo Ortúzar Montt.

En la entrevista de Turín parece que tuvo el señor Jara un mandato, que no se le confirió sino en Roma cuando tuvo lugar la segunda conversación que arriba referimos, en que Don Bosco le hace al señor Jara estas tres afirmaciones: «*Amáis sinceramente a Don Bosco*», «*Amad también a los Salesianos*», «*Para amar de veras a los pobres Salesianos, hay que amar mucho a las almas*»....

El mismo señor Jara confiesa que ese lenguaje *extraño* no dejó de *turbarle*....

¿Previó Don Bosco las dificultades que habían de hallar los Salesianos aquí en Chile, en Magallanes especialmente? ¿Previó entonces la conducta del Iltmo. señor Jara y tuvo a bien observarle, después de exhalar un profundo suspiro, que el verdadero amor a sus Hijos buscaba ante todo el bien de las almas? ¿Qué quiso decir con eso?

Relaciones del Iltmo. señor Jara con los Hijos del Venerable Don Bosco

Este es en realidad un punto misterioso y que recibirá más tarde la claridad de toda justicia.

Lo que importa ahora es ver si el señor Jara demostró con las obras su *verdadero* amor a los Hijos de Don Bosco.

Apuntaré algunos hechos más a la mano:

1°—Fué ocasión para que el presbítero Don Camilo Ortúzar Montt se pusiera en relaciones con Don Bosco, y pasara a ser «por sus talentos, virtudes y hasta por la nobleza de su cuna, *la piedra más preciosa ofrecida por este continente americano a la Congregación Salesiana,* en cuyo seno rindió la vida».

2°—Donó a los Salesianos el Templo de la Gratitud Nacional al Sagrado Corazón de Jesús y el Asilo de la Patria, en Santiago.

3°—Pronunció en la Catedral de Santiago una de las más elocuentes Oraciones fúnebres que se hicieron a la muerte de Don Bosco.

4°—Pronunció en la Iglesia del Sagrado Corazón de Roma un discurso en latín que quedó célebre.

5°—Puso toda su influéncia para que se fundase la Casa Salesiana de Valdivia y se reabriese la Escuela-Talleres de La Serena.

6°—Siempre en sus viajes por América y Europa tuvo particular agrado en visitar nuestras Casas y hospedarse en ellas.

7° — En Chile no se negó nunca a prestigiar con su presencia y solemnizar con su palabra los actos más importantes de los Salesianos, como por ejemplo: La Coronación de María Auxiliadora en la Gratitud Nacional, el VI Congreso de los Cooperadores Salesianos, el Centenario del nacimiento de Don Bosco, etc.....

8° — Yo recordaré siempre con íntima satisfacción la bondad del Iltmo. señor Jara cuando en su penúltimo viaje a Roma, en casa del Excmo. señor Pedro Monti, al saber que yo era un salesiano chileno, extendió sus brazos y me estrechó tiernamente a su corazón diciendo: «*Venga acá este querido compatriota*».

9° — En la ya citada Conferencia se hallan estas palabras del Ilustrísimo señor Jara sobre las Misiones Salesianas de Magallanes: «Sí, señores: *primo die fecit lucem;* el primer beneficio que ha hecho Don Bosco a Chile fué el haber encendido el faro de la verdad y de la civilización sobre los millares de salvajes, hermanos y compatriotas nuestros, que entre bosques, islas y canales, yacían *in umbra mortis,* sentados a la sombra de la muerte»... «Día llegará en que los historiadores narrarán con asombro las empresas heróicas acometidas por los Misioneros Salesianos; y las generaciones venideras, al saber que no fueron ni las selvas enmarañadas, ni los ríos caudalosos, ni los empinados montes, ni las eternas nieves, ni los salvajes feroces los mayores obstáculos que cruzaron el camino de esos apóstoles del bien, sino que fueron *las ingratitudes y las injusticias humanas,* se inclinarán respetuosas para bendecir su memoria».... «El viernes 1° de Febrero de 1902 celebramos con la solemnidad posible el acto de Consagración al Corazón de nuestro Divino Salvador en la hermosa capilla misional de la Isla Dawson, y *los años no borrarán jamás en mi espíritu el recuerdo de aquellas fiestas tan desprovistas de aparatos mundanales, pero tan ricas de celestiales consuelos*»....

«¡Cuánta razón tenía el Venerable Don Bosco para apellidar *las pupilas de sus ojos* a esos misioneros.... y para dictar en su lecho de muerte este encargo a los Cooperadores Salesianos: *socorrer a nuestros misioneros es el medio infalible de obtener de María Auxiliadora cuantas gracias se deseen*». Quien tal escribe ¿pudo no amar de veras a los Salesianos de Magallanes?

Las relaciones personales del señor Jara con el Venerable Don Bosco y las relaciones que el mismo señor Jara mantuvo siempre con los Hijos del Venerable, parece que dan derecho de concluir diciendo quə en verdad este insigne Obispo y gran chileno ocupa una página

muy lucida en los Anales de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales.

Querría compararle con muchos insignes Prelados que, así en América como en Europa, han amado sinceramente a Don Bosco, y han amado también de veras a sus Hijos. Pero, aun no es llegado el caso. Me contentaré con desear que la figura del Iltmo. señor Jara se destaque debidamente en nuestra historia, y terminaré con este artículo necrológico del Boletín Salesiano de 1-IX: «El señor Doctor Ramón Angel Jara, Obispo, primero de S. Carlos de Ancud, y después de La Serena en Chile, era Director General de los Cooperadores Salesianos en esa noble Nación. Tuvo un vivísimo afecto por Don Bosco y las Obras Salesianas. Su nombre quedará perpetuamente unido al Instituto de la *Gratitud Nacional* de Santiago que a él debe su fundación. Orador elocuente, recogió copiosos laureles y sembró abundantísima simiente de vida cristiana en América y en España. Era llamado el *Bossuet Chileno*. En Roma aun se recuerda su Oración en latín, predicada en nuestra Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús durante el Concilio Plenario Latino-Americano. Estuvo varias veces en Turín. Conoció personalmente a Don Bosco y a Don Rúa, a quienes tenía profunda veneración. Hallaba sus delicias en celebrar Misa en el altar de María Auxiliadora. ¡Paz a su alma!»

¡Sí, paz a esa alma nobilísima, unida en el paraíso al Venerable Don Bosco y a Don Camilo Ortúzar!

ABRAHÁN AGUILERA,
SALESIANO,
Obispo Iso y Vicário Apostólico de Magallones.

Punta Arenas, 11-XII-1917.

Del Rdo. P. Vicente Monge,

Provincial de la Congregación de los Sagrados Corazones en Chile

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR JARA

La Congregación de los Sagrados Corazones guarda en el relicario de sus íntimos recuerdos el nombre del Ilustrísimo Prelado, y no alcanzará jamás a pagar la deuda de gratitud contraída durante más de medio siglo con el Iltmo. señor doctor Ramón Angel Jara.

Educado en el Colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso, hizo su primera Comunión en la misma casa en que, andando los años, debía recibir la unción episcopal; por eso se complacía en llamarse el Obispo de los Sagrados Corazones, cuya enseña quiso llevar en sus armas.

La devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, que bebió de sus primeros maestros, lo acompañó en la larga y gloriosa jornada de su vida, enseñándole a ser manso, a ejemplo del Divino Pastor, y humilde en medio de las grandezas y honores de la tierra.

Amable con todos, de trato exquisito y delicado, era el encanto de los que tenían la dicha de hablarle; por su amenidad en la conversación, su adaptación a sus interlocutores, se atraía a los grandes y a los pequeños, a los sabios e ignorantes, poniendo su elevada inteligencia y finura de sentimiento al alcance de todos.

Era grande y generoso en el trato con los hombres y en el roce continuo de las pequeñeces humanas. Sus triunfos no lo desvanecieron. El eco de su potente voz resuena en el Congreso Eucarístico

de Londres, en la Catedral de Lima, en la Basílica de Luján y en la Plaza de los Mártires en Zaragoza. En todas partes hizo glorioso el nombre de su Patria. Pocos oradores han tenido fama tan universal y han recogido tan entusiastas aplausos. Las palmas y coronas, merecidas por su talento extraordinario, por su elocuéncia avasalladora y su vastísimo saber, los deponía a los pies de la Virgen del Carmen a quien amaba entrañablemente.

¡Cómo se preparaba el año último para celebrar el culto centenario de la Protectora de Chile!

La Virgen ha querido que este postrér tributo de su amor filial, se lo rinda personalmente ante su augusta presencia.

Manso y humilde como Jesús, fué un Príncipe de paz entre los suyos, protegiendo a los niños y a los obreros, enseñando a todos la caridad que une y dignifica. Heraldo de la paz en las naciones, hizo más en pro del concierto americano que toda la ciencia de los estadistas y la sagacidad de los políticos, hasta que logró tremolar unidos los pendones de América, en la venerada y secular Basílica de Nuestra Señora del Pilar.

Y ahora, duerma en paz el exímio Prelado. La acción del tiempo no nivelará la fosa que cubre sus restos venerados, sino al contrario hará que perdure su memoria como alto ejemplo de su virtud y grandeza. Al caer, herido por la muerte, sobre su pecho se encontró el escudo de los Sagrados Corazones, defensa y modelo de su vida entera, y ahora sello de inmortalidad gloriosa.

Entre esos dos océanos de misericordia y de amor navegó toda su vida; justo era que, al desembarcar en el puerto de los eternos destinos, encontrara el áncora de esperanza y la puerta del paraíso en María y en Jesús.

VICENTE MONGE,
ss. cc.

Señor Dn. ALFREDO BARROS ERRÁZURIZ
Senador de la República de Chile

DON RAMÓN ANGEL JARA

El Iltmo. Obispo de La Serena, doctor Ramón Angel Jara, fué una de las figuras más distinguidas de nuestro clero.

Alcanzó en Chile una situación brillante y privilegiada, considerado como uno de nuestros mejores oradores sagrados. Su fama pasó los límites de la República, y se extendió por los países vecinos de la América, donde ganó con su elocuéncia las batallas de la paz.

El señor Jara no se detuvo ahí; surcó los mares y conquistó laureles en las Catedrales y en los Santuarios de Europa, recibiendo honores y distinciones de las más altas autoridades; ganó la confianza y el cariño de la Santa Sede; en una palabra, subió a la cumbre de la gloria y mantuvo con honor la dignidad episcopal hasta el

término de su carrera mortal, rodeado del cariño y del respeto de sus conciudadanos, y llorado de la Iglesia y de la Patria que tanto debían a sus virtudes y a su talento.

Todavía resuena en nuestros oídos el éco atronador de los aplausos que arrancaban sus discursos, siempre vibrantes y oportunos, llenos de amor a su Dios y a su Patria.

La Patria y la Iglesia eran el tema favorito de sus trabajos oratórios; la primera como símbolo de los intereses de este mundo, y la segunda de los intereses del cielo.

Se unían en el corazón del señor Jara el amor a la Patria, que abre los caminos a la Iglesia, y el amor a la Iglesia, que bendice y ennoblece a la Patria; ambas tan bellas y sublimes, y tan unidas, que el que ama a la una no puede dejar de amar a la otra, porque ambas son salidas de las manos de Dios.

La religión daba al amor pátrio del señor Jara un fundamento inconmovible, a cubierto de los caprichos del espíritu y de las flaquezas del corazón.

Apenas han trascurrido algunos meses desde el fallecimiento de este ilustre sacerdote que supo unir tan grandes amores, y ya se hace necesario levantar el velo del olvido para que no cubra tan pronto su glorioso recuerdo.

Viene al caso recordar lo que dice Bossuet, que toda la majestad de los hombres es prestada, y que por muy altos que estén colocados no dejan de encontrarse bajo la suprema autoridad de Dios, que juega con los hombres y con los tiempos.

El egoísmo humano, que sólo siente las necesidades del momento, borra múy ligero hasta el recuerdo de los sucesos más recientes, y nos enseña con la experiéncia de todos los días el vacío y la inconstancia de las glorias humanas, obligándonos a elevar más alto nuestras aspiraciones y nuestros deseos.

La mudanza es la ley de nuestra vida. Cambian constantemente nuestras ideas, nuestros sentimientos y hasta nuestras pasiones, según los vientos que soplan.

Semeja el corazón humano a la inconstancia del mar, a veces inmóvil bajo una atmósfera de plomo; luego mecido por un céfiro ligero, y azotado después por huracán tempestuoso que todo lo trastorna, para sosegarse en seguida y volver de nuevo a su contínuo movimiento.

Solo Dios no se muda; y por esto, al elogiar al señor Jara en estas cortas líneas que el cariño y la gratitud consagran a una antigua

amistad, nunca interrumpida, no vamos a insistir en la memoria de sus triunfos humanos, que fueron muchos y brillantes, sino a recordar brevemente sus virtudes cristianas que eran el alma de su vida y el secreto de su grandeza, y que, después de acompañarle en su peregrinación por esta vida, le abrieron las puertas de la Jerusalén celestial, donde le forman luminosa aureola.

Apesar de su brillo exterior, tenía el señor Jara profundamente arraigada en su alma la virtud de la humildad, que le servía de cimiento sólido para resistir el peso de sus cualidades tan superiores y que le permitió salir airoso de situaciones muy difíciles.

Practicó durante toda su vida la caridad cristiana, esa noble virtud, hija del cielo, que tiene su origen en el mismo Corazón de Jesucristo y que tiende a unir los corazones de los hombres entre sí y con el Corazón de Cristo Dios; fué amigo constante y generoso de los pobres y de los que sufren y para ellos fundó asilos y casas de refúgio; y fué también entusiasta amigo y protector de los jóvenes, para quienes fundó colegios de toda especie, donde pudieran recibir su formación intelectual y religiosa.

Fué apóstol infatigable para predicar la piedad de las mujeres y, en especial, de las madres cristianas, a quienes sirvió durante muchos años como el más abnegado de los directores.

Fué Pastor modelo que amó a su grey, dispuesto a dar la vida por ella en cualquier momento, si hubiera sido necesario. Y, para decirlo todo en pocas palabras, fué un sacerdote santo, formado en la escuela de Jesucristo, que es escuela de amor y de sacrificio.

Ese es su mayor elógio y el mayor honor que podemos tributar a su memoria para nosotros tan querida.

ALFREDO BARROS ERRÁZURIZ.

Señor Pbro. MARTÍN RÜCKER,
Rector de la Universidad Católica de Santiago de Chile

El Ilustrísimo Señor Jara

Anécdotas de su vida. — Recuerdos íntimos

Le conocí personalmente en 1894, cuando se hizo cargo de la Gobernación Eclesiástica de Valparaíso. Permaneció en ese puesto hasta el año de 1898, en que fué consagrado Obispo de Ancud. Los cuatro años que estuvo en Valparaíso fueron de un trabajo incesante.

La pedrada de Valparaiso

La cuestión social le preocupó hondamente, y se dedicó, con profundo interés y con arraigado amor, a mejorar la situación del obrero. Fundó una sociedad mutual que, con razón, se ha dicho fué cimentada

sobre la sangre del ilustre sacerdote. Esa sociedad vive aún: es la «Unión Social de Orden y Trabajo».

En el mes de Septiembre de 1894 celebróse una gran fiesta en el Teatro de la Victoria, presidida por el Intendente don Osvaldo Renjifo, el Cuerpo Consular y miembros del alto comercio; el Gobernador Eclesiástico pronunció en esa ocasión uno de los discursos más elocuentes que ha oído Valparaíso. Hizo ver en pinceladas magistrales cuál era la misión que se proponía desarrollar la nueva sociedad obrera.

No quiero recordar ciertos incidentes bochornosos ocurridos en ese día; pues estoy seguro de que los que los promovieron, muy pronto se avergonzaron de su obra y sintieron amargo pesar.

Algunos meses más tarde, encontré una mañana vestida de gala la casa del señor Jara; celebrábase la excarcelación del joven que había arrojado una piedra a la cara del señor Gobernador Eclesiástico, en el día que acabo de recordar. El señor Jara quedó herido; pero, desde su lecho, comenzó a gestionar la libertad del reo, no cesando en el empeño hasta conseguir ver realizado su deseo meses después, como acabo de decir.

En la Escuela Naval

La obra que llevó a cabo en la Escuela Naval fué admirable. Se sintió en el plantel de nuestros futuros marinos un hálito de piedad, de religión. El señor Jara fué con ellos un padre, un amigo, un consejero. La casa del Gobernador Eclesiástico estaba siempre abierta de par en par para los cadetes. Torrentes de doctrina derramó en aquella Escuela, y los frutos que consiguió fueron abundantes. Recuerdo aún una espléndida velada que organizó el señor Jara para celebrar el 21 de Mayo, en que hubo colosales ovaciones al discurso de un cadete uruguayo, el señor Peña, cuando en pleno escenario dió un efusivo abrazo a un marino chileno.

Prodigio de memoria

En Marzo de 1899 recibí una carta del Iltmo. señor Obispo de Ancud, en la cual me invitaba a hacer un viaje a Europa en calidad de Secretario suyo. El señor Jara debía asistir al Concilio Plenario Latino Americano, convocado por la Santidad de León XIII. Le acompañé en aquella memorable ocasión y durante nueve meses llevé vida íntima con aquel gran Príncipe de la Iglesia. He de pasar en silencio,

para no hacerme interminable, las grandes manifestaciones de que fué objeto en Buenos Aires. Había en la grandiosa urbe argentina veneración entusiasta por el Obispo de Ancud.

Cuando llegamos a Génova, el 12 de Mayo, fueron todos los Prelados viajeros a cumplimentar al Iltmo. y Rvdmo. Arzobispo Reggio. El Prelado genovés quiso celebrar la llegada de los Obispos chilenos, argentinos y brasileños con un gran Te-Deum en la Catedral de San Lorenzo. Dijo que él mismo daría la bienvenida a los Obispos americanos. Había necesidad de contestar y fué comisionado el Iltmo. señor Jara para hablar en aquella solemne ocasión a nombre de la Iglesia americana.

Eran las 4 de la tarde, y el discurso debía ser pronunciado a las 8 de la noche. Llega el señor Obispo al hotel, se encierra en su pieza a escribir el discurso, lo hace traducir al italiano, lo aprende al pie de la letra: todo esto en el espacio de tres horas.

La ceremonia fué sobresaliente, y lo que le dió mayor realce fué la elocuente Oración de Monseñor Jara, pronunciada en perfecto italiano, con grande elocuéncia, sin titubear una sola vez. Aquel discurso mereció los elógios y la admiración de todos los que lo oyeron y de la prensa genovesa.

A punto de morir en Roma

Estábamos en Roma; las sesiones del Concilio tocaban ya a su término, cuando una tarde el Obispo se siente atacado de dolorosa enfermedad. Lo examina el médico y lo encuentra gravísimo. Con pasmosa serenidad recibe la noticia de que es menester recibir los últimos Sacramentos. Hace llamar al Padre espiritual del Colegio Pío Latino Americano, y en seguida pide que le administre el Santo Viático y la Extremaunción el mismo Obispo de quien había recibido la consagración episcopal, el Iltmo. señor Fontecilla.

Los Padres del Concilio se sienten consternados con la noticia y todos quieren asistir a la sacramentación. A las 8 de la noche, sale de la Capilla del Colegio un solemne cortejo compuesto de cincuenta Obispos, otros tantos sacerdotes y los alumnos del Pío Latino Americano. Aquella procesión resultó imponente. Llegada a la pieza del enfermo, procedióse a administrarle el Viático; pero antes de recibirlo, y en medio de un majestuoso silencio interrumpido por los sollozos de los asistentes, el Iltmo. señor Jara se pone la estola al cuello, se incorpora en el lecho, pronuncia unas cuantas palabras de despedida, tan afectuosas,

tan tiernas, tan profundamente sentidas, que todos prorrumpieron al oirlas en copioso llanto.

—¡Qué triste, dijo, qué triste es morir en tierra extrangera! ¡Aunque me he equivocado: morir en Roma es morir en tierra propia, porque Roma a todos nos pertenece! Envío desde este lecho de muerte un cariñoso recuerdo a mi querida Iglesia de Ancud, que encomiendo al amor de mis Hermanos en el Episcopado chileno.

El señor Obispo del Paraguay, Monseñor Bogaríni, había corrido al Vaticano a pedir la bendición papal IN ARTÍCULO MORTIS; cuando se acercó al lecho del moribundo, fué tal su impresión, que olvidó la fórmula para aplicar aquella bendición. Entonces el señor Jara se la recordó, y Monseñor Bogaríni comenzo a repetir lo que el enfermo iba diciendo.

El ilustre Prelado mejoró, porque su misión no había concluído; le quedaban todavía que escribir muchas páginas brillantes en el libro de su vida.

Otros dos triunfos oratorios

Acababa de consagrar León XIII el mundo al Divino Corazón de Jesús. Un gran tríduo celebróse, con tal motivo, en la iglesia del «Sacro Cuore» de Roma. La conclusión del tríduo fué un broche de oro. Asistieron todos los Padres del Concilio Latino Americano, los Colegios eclesiásticos de Roma, multitud de Prelados y Monseñores; aquella brillante concurrencia era presidida por el Cardenal Vicario, el Emmo. Parochi. El Obispo de Ancud, en aquella oportunidad, sube al púlpito y pronuncia un hermoso sermón en correcto latín, el cual arranca las felicitaciones de los numerosos asistentes.

Pocos días después vuelve a hacerse oir el Obispo de Ancud. Los Padres del Concilio quieren demostrar su afecto y gratitud al Cardenal Vives y Tuto, que acababa de recibir el Capelo. En el templo de San Ignacio, frente al altar de San Luis Gonzaga, el orador chileno ocupa la tribuna y habla en forma tal, con elocución tan elevada, que, al terminar, el Embajador de España se pone de pie y se dirige a abrazar a aquel mago de la palabra, y el Cardenal Vives, profundamente conmovido, ruega al Obispo bendiga los paramentos cardenalícios.

En Madrid y en Zaragoza

Nos encontrábamos en Madrid el día de San Francisco, 4 de Octubre. Fué invitado el Iltmo. señor Jara a cantar la Misa, ese día, en la Iglesia de San Francisco el Grande. Accede el Obispo y pontifica con aquella majestad que le era peculiar. Al concluir la Misa, se vuelve a la concurrencia y hace vibrar las almas con una improvisación patriótico-religiosa, que él sabía pronunciar tan magistralmente.

«Volveré, dijo entonces, volveré en mi próximo viaje a España, cargado con todas las banderas de los países hispano-americanos, para ofrecerlas a la Virgen del Pilar. Será ésta la demostración más elocuente de la unión íntima entre aquellas lejanas hijas, que se divisan a través de las brumas del Atlántico, y esta Madre-Patria, agotada por su propia fecundidad».

La concurrencia, a medida que el orador se elevaba en su discurso, se iba como electrizando hasta llegar, al final, a prorrumpir en estruendosos aplausos y romper el órgano del templo con los solemnes acordes de nuestro Himno nacional.

Ocho años más tarde cumplía el Obispo su promesa. Pocas fiestas han quedado grabadas en los anales de la ilustre Zaragoza, de un modo más indeleble como aquella de las banderas. El Obispo chileno, al pie del monumento dedicado a la memoria de los héroes de la independencia, hizo oir los écos de su palabra de oro en forma tal que nunca Zaragoza ha presenciado un triunfo más soberano.

Recuerdo que algunos meses después de este acontecimiento, estuve en la hermosa ciudad de la Pilarica, y al visitar al Iltmo. y Rvdmo. señor Arzobispo, me dijo estas palabras:

—Tienen ustedes, los chilenos, un orador gigante. Nada he oído semejante al discurso pronunciado al pie del monumento de nuestros héroes.

En Barcelona

En 1914 volví a encontrar a Monseñor Jara en España. Se hallaba otra vez gravemente enfermo en Barcelona. Cuando pregunté al Hermano portero del convento de Jesuítas de la calle de Lauria, esquina de Caspe, si estaba bien el Obispo de La Serena, me dijo:

—¡Cá, hombre, si ayer fué oleado y sacramentado!

Mi estrella me llevaba al lado del señor Jara, cada vez que se hallaba a las puertas de la muerte.

Estuve con el señor Obispo un rato: siempre sonriente, tranquilo: oyó con interés las noticias que de la Patria le daba.

El entonces Vicario Capitular de Barcelona, señor Palmarola, me dijo que había quedado conmovido y edificado al ver la emoción y la conformidad con que el señor Jara había recibido los últimos Sacramentos.

Con Pío X

Restablecióse de nuevo y se fué a Roma. Allí conferencié con él largas horas, y juntos tuvimos el consuelo de visitar a Pío X. Veinticinco días después de esa visita moría aquel santo Pontífice. No he olvidado el sumo afecto con que el Papa recibió al Iltmo. señor Jara, el interés que demostró por su salud y la sabrosa conversación que se entabló entre el venerable anciano y el Obispo serenense. Pío X, como antes lo hiciera León XIII, demostró sincero afecto por el señor Jara.

Su escudo episcopal

Para apreciar debidamente al señor Obispo de La Serena, había que conocerle no sólo en el brillo de su vida de Obispo, de orador, de escritor, de literato, sino también había necesidad de tratarlo en la intimidad. Me ligó a tan ilustre Prelado de la Iglesia una amistad no interrumpida de veintitrés años, viví con él durante nueve meses, y puedo decir que el Iltmo. señor Jara fué un sacerdote en el más alto y noble sentido de la palabra. Oraba sin cesar, jamás los desengaños dejaron en su alma ningún sabor amargo, su fervor era visible y comunicativo, su celo por las almas alcanzó vastas proporciones, amó mucho a la Iglesia y tuvo sin cesar profundo apego a la Cátedra de San Pedro.

Pro Ecclesia et Patria — Juventuti lux — Populo juvamen — Omnibus charitas — fué el lema de su escudo. Pocas veces ha habido una correspondencia más exacta entre la expresión de un lema y la realidad objetiva de las cosas: fué ciudadano eminente y Obispo ejemplar, fué mentor incansable de la juventud, fué alma llena de

caridad para grandes y pequeños; cumplió al pie de la letra con las sentencias de su escudo episcopal.

Ahora, que el dignísimo Obispo de La Serena ha entrado en la paz eterna, he querido entresacar de mis recuerdos algunas anécdotas, entre las muchas que tengo, de esa existencia tan llena, tan hermosa, tan útil, que ha concluído plácidamente, después de haber irradiado mucha luz y mucha gloria en bien de la Iglesia y en bien de la Patria, de esas dos madres que amó con todas las ternuras de su gran corazón.

MARTÍN RÜCKER.

Señora M. LUISA FERNÁNDEZ DE GARCÍA HUIDOBRO

Distinguida dama de la aristacrácia chilena

MONSEÑOR JARA

Qué decir en homenage del santo amigo que pasó?...

Su memoria pertenece a la Iglesia, a la Patria... Su nombre lo repetirán los siglos; se inscribirá en páginas inmortales, porque Dios lo hizo grande!... ¡porque fué bueno!...

Hablar de Monseñor Jara con propiedad, me parece pretencioso y tan difícil, como cristalizar rayos de sol... Su labor santa y fecunda lo sobrevivirá!

Unida a él desde mi niñéz, por el lazo fraterno de estrecha amistad, encuentro a cada paso su recuerdo, siempre benévolo... siempre afectuoso! Veo su mirada azul de niño bueno, dulce y risueño... y escucho aquel reir único, imposible de olvidar...

Dentro de la austeridad de mi hogar apareció como mensajero celeste... El sólo anuncio de su visita caía en los corazones cual baño de sol...

—Hoy viene Ramón Angel, decía mi padre, y al decirlo, se borraba de su frente el ceño adusto...

Mi madrecita, sentía toda la poesía de aquel momento de misticismo que le proporcionara el «tête à tête» con el hombre singular, que sabía hablar en el lenguaje de las almas...

¡Y nosotros!... ¡Oh! para nosotros era día de fiesta. ¡Era la alegría de la luz, que se nos entraba de lleno por puertas y ventanas!... Aquel día se abolían los castigos, el amigo de los niños descendía hasta ellos y parecía decir con Jesús: «Dejad que vengan a mí».

Sus alegres carcajadas, nos sabían a gloria, como el repicar de las campanas...

Personas hay, cuyo recuerdo no puede morir, porque, al pasar por nuestro corazón, dejaron la huella inmortal de luz de su alma... luz que brotó a raudales y que floreció el camino...

Por donde quiera que pasó, le rindieron párias a sus deslumbradores dotes de ingénio, a su elocuéncia; pero el homenage a su corazón sólo puede hacerlo quien lo conoció en intimidad.

Cúpome en suerte admirar sus rasgos de generosidad, desconcertantes, en que lo daba todo confiado en la Divina Providencia...

Los problemas del alma pertenecen al juício exclusivo del Eterno, sin que por eso deje de irradiar al exterior... Los callados heroísmos de Monseñor Jara, se desarrollaron a la luz del Santuario y ante la Majestad de Dios!...

¡Desciendan las flores de mi cariño sobre ese gran corazón!...

M. LUISA FERNÁNDEZ DE GARCÍA H.

Señor Dn. FRANCISCO CONCHA CASTILLO

Eminente literato chileno, Miembro Correspondiente de la Academia Española, etc., etc.

Gran cosa es la inteligencia, el talento claro, el ingénio, la habilidad para los estudios científicos o para las artes; pero son, a mi entender, un don más alto las prendas de carácter, la justicia y la fortaleza, asociadas a la sensibilidad del corazón: estas cualidades fijan rumbo a la vida propia y ayudan a encauzar las ajenas y a sostenerlas en sus debilidades e intercadencias. El que posee estas prendas morales, aunadas a las del entendimiento, es seguro que habrá de influir eficazmente en la sociedad de su tiempo y prolongará su estela luminosa en el porvenir.

Y este es precisamente el caso del Iltmo. Señor Doctor Ramón Angel Jara. Su talento fué indiscutible, indiscutible la rectitud de sus procederes como sacerdote y como Prelado, proverbial lo sincero y delicado de sus sentimientos.

De esta sensibilidad suya, fuerte y dócil, nacía su elocuencia. Las fibras de su corazón vibraban al roce, no ya sólo de las grandes cues-

tiones religiosas, patrióticas o sociales, sino aún al viento apacible de la amistad y de los sentimientos de familia.

¿Quién se llegó a él, que no experimentase el blando influjo de su afecto hondo, leal y duradero? ¡Qué de calladas lágrimas no enjugó con su palabra, con sus sabios consejos, con su prudente dirección!

Aquella grandilocuente oratoria, admirada en América y en España, en Italia y en Inglaterra, sabía transformarse en charla amena y cariñosa en el desahogado trato social, donde no faltan las ocasiones para la persuasiva propaganda de nobles ideas y de humildes virtudes. Y esta elocuencia sin ostentación es no menos eficáz que la otra, y deja rastros quizá más duraderos, como que se dirige a individuos determinados y no a una colectividad.

No es dable referir en un artículo breve como este, los muchos rasgos de su vida iluminados por los destellos de su gran corazón.

Aquel porte majestuoso del Prelado, aquella su voz vibrante y sonora parecían denunciar un temperamento fuerte, un carácter austero y grave; y no era así, en realidad: austero y rígido consigo mismo, era en su trato personal sencillo, indulgente, benigno, así con los grandes como con los pequeños: alma de niño en el cuerpo vigoroso de un atleta.

Vigoroso, al parecer; pues no lo era. Achaques y enfermedades graves amagaban su existencia en todo momento. Su alma, empero, permanecía erguida y robusta a despecho de sus dolencias físicas y de sus tormentos morales: y aunque llevaba sobre sí el fardo de una vida no larga, pero sí llena de grandes iniciativas y trabajos, no se rindió al cansancio ni le abatieron contrariedades; Dios le alivió la carga llamándole a sí cuando la soledad de la vida le iba envolviendo como un sudario.

Despidióse del mundo en el recogido silencio de una noche, sin más testigo que el incomparable compañero de sus últimos años, su abnegado y celoso Secretario, presbítero señor Rosselló. Poblados, en cambio, hallaría los umbrales de la eternidad con todos los seres que él amaba, presididos por aquella Santísima Virgen y Madre nuestra cuyo venerando culto tanto exaltó y fomentó él en todas las circunstancias de su vida.

FRANCISCO A. CONCHA Y CASTILLO.

Señora GRACIELA SOTOMAYOR DE CONCHA

Distinguida dama y escritora chilena

EL GRANDE ES HUMILDE

Escogiendo con delicado esmero entre todas las flores aquella con que pudiera yo contribuir a esta magnífica Corona, que lucirá nenúfares y orquídeas de preciado valor, no he trepidado en elegir la flor pequeñita y azul, que modesta y recatada se empeña en ocultarse entre el follaje, pero a la cual delata su perfume exquisito y suave: la violeta, símbolo de cristiana humildad.

La he cogido en el propio jardín de la vida del virtuoso Prelado a quien dedico este sencillo y cordial homenage.

·—※—·

Era el ilustre Obispo de La Serena, Dr. Ramón Angel Jara, de figura arrogante, alto, vigoroso; de apostura marcial, marchaba siempre erguido, con aire altivo y resuelto. Su presencia imponía en cualquier escenario en que se presentara.

Su palabra, saturada de unción a la vez que cálida y vibrante, llenaba los ámbitos de las vastas Catedrales, siempre estrechas para contener la desbordante concurrencia; y su frase, cortada con suprema elegancia, arrebataba al auditorio que, al final de cada período, sentía bullir en las manos el calor de los aplausos, contenidos sólo por el respeto al religioso silencio del tabernáculo.

En ambos continentes fué el preclaro sacerdote objeto de calurosas y entusiasta ovaciones.

·—※—·

Un día, el Pastor de la Iglesia chilena, queriendo probar la virtud del entonces presbítero señor Jara y ponerlo a cubierto de las asechanzas de la vanidad, valióse de un recurso que la jurisdicción eclesiástica le concediera; pero comprendiendo, naturalmente, que su disposición probaría al mundo entero que el señor Jara era realmente grande y por lo mismo *humilde*.

Sin mediar, pues, causa alguna que justificara tal medida, ya que se trataba sólo de aquilatar la virtud del esclarecido sacerdote, impuso silencio al briliante orador, a cuyos pies se habían mecido tantos incensarios. Quizás aquel humo sutil y embriagador habría logrado adormecer la virtud de cualquier hombre... Todos temieron al recio choque de la orden severa contra un espíritu que muchos juzgaban inflexible. Hubo un momento de expectación... Mas no tardaron en ver al virtuoso sacerdote que, inclinada su frente, acataba humilde el mandato de su Superior jerárquico, no sin rendirle antes público testimonio de sumisión, besando la mano que se levantaba para humillarle.

Este acto heróico de cristiana humildad sublimó a Monseñor Jara hasta llevarle de un vuelo sobre aquel monte en cuya cima se alza una figura divina, envuelta en un nimbo de suave claridad, que extendiendo sus manos benditas sobre la agolpada muchedumbre, ávida de verdad, de luz y de vida, deja oir estas palabras, que penetran blandamente al corazón y que repiten los siglos como un éco lejano: «Bienaventurados los mansos y humildes, porque ellos poseerán la tierra».

GRACIELA SOTOMAYOR DE CONCHA.
(Pax).

Santiago de Chile. Abril de 1918.

Señor Dn. ROMUALDO SILVA CORTÉS

Diputado de la República de Chile

Eminente Obispo y gran ciudadano

El Ilustrísimo Obispo de La Serena, señor Doctor Ramón Angel Jara, era uno de los chilenos de actuación más distinguida y sobresaliente.

Era hombre virtuoso; sacerdote ejemplar; orador de agradables formas, de elocuéncia superior y de fondo sano; varón ilustre con hermosa figura y maneras de acentuada cultura personal; y Prelado eminente que sirvió a la Iglesia y a su Patria hasta en el último día de una vida útil.

En ese conjunto felíz de cualidades que caracterizaron al noble Obispo, todos pudieron observar la sencilléz y la humildad, factores o elementos preciosos que constituyen las verdaderas personalidades, y que se manifiestan en la austeridad de la vida doméstica y en los detalles y accidentes del trato diario y directo entre el superior

o gefe y los dependientes o subordinados, o entre personas más o menos iguales en situaciones o categorías.

En la vida del señor Jara, tan conocida ya por sus conciudadanos, merecen especial recordación la pureza y la modestia del joven eclesiástico en sus primeros años de labor, la inclinación constante al estudio, el cultivo de la elocuencia y el trabajo apostólico incesante.

Después, en el profesorado, en la acción cívica, en el servicio continuado de los pobres y de los que sufren y en la dirección espiritual de poblaciones importantes, el señor Jara fué un auxiliar poderoso de gobernantes civiles, porque contribuyó con talento y eficácia al mantenimiento de la paz social.

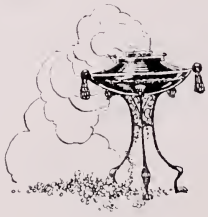
Su justa reputación de hombre superior no se mantuvo sólo dentro de nuestros límites territoriales; y se le conoció en el extranjero y se le apreciaba como chileno esclarecido, que honraba a su Patria y a sus conciudadanos.

El Príncipe de la Iglesia, institución que no perecerá por resolución de su Fundador Divino, el Obispo fiel, prudente, lleno de erudición y de amor a Dios y a sus prójimos, murió en su Diócesis.

¡Pasó a la vida eterna y verdadera!

Yo tuve el honor de ser amigo del señor Jara; y conservaré un respetuoso afecto de gratitud, recordando al que me favoreció con sus sentimientos de amabilidad y benevolencia.

ROMUALDO SILVA CORTÉS.



Señora JUANA QUINDOS DE MONTALVA

Distinguido escritoro conocido bajo el seudónimo de Ginés de Alcántoro

DOS HISTORIAS Y UN MILAGRO

¡El señor Obispo! — ¡El señor Obispo!... Un minuto de ansiedad; una marcha triunfal que atruena la sala; un ir y venir de monjitas vestidas de negro y blanco, como las golondrinas; un saludo reverencioso de doscientas chiquillas en formación militar... y por fin, una figura prócer y solemne vestida de morado, que bendice a diestra y a siniestra, y a quien acompaña la Madre Superiora.

Así se reveló a mis siete años, deslumbrados y atónitos, el entonces Obispo de Ancud, doctor Ramón Angel Jara.

El homenage de admiración que mi alma infantil rindió al Obispo, no lo hubiera desdeñado el más pomposo Cardenal del Renacimiento.

Pasaron los días, los meses y los años...

Ya no me causaban admiración los Obispos, porque vivía en una tierra que los produce en abundancia.

El azar me lleva a Zaragoza; la encuentro de flores y de flámulas prendida; veo desfilar entre tempestades de aplausos a todo un mundo oficial condecorado y deslumbrante, que se detiene en la Basílica de la Virgen Santísima; oigo la palabra inflamada de un Obispo, que ha venido de tierras lejanas a traer las banderas de gloriosas Repúblicas... Lo reconozco; y, por segunda vez, yo, — que me creía curada de sorpresas «episcopales» — me emociono de nuevo hondamente ante el Obispo de mi infancia.

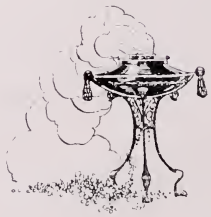
.....

Por eso, cada vez que oigo decir Monseñor Jara, me creo niña, y me siento en la Patria de mis abuelos.

Dos suspiros; y firmo, para atestiguar el milagro.

GINÉS DE ALCÁNTARA.

Santiago de Chile, Abril de 1918.



Del Sr. Dn. Francisco Huneus

Diputada de la República de Chile

MONSEÑOR JARA

Figura alta, ámplia como su alma, marcó siempre en su camino huella luminosa y bienhechora.

Fué Apóstol infatigable de la doctrina de Jesús; doctrina de amor que predicó prodigando el suyo; código de todas las virtudes y abnegaciones que él abrazó como enamorado de las flores, sin cuidar de sus espinas, que muchas clavaron y sangraron su corazón; sol que ilumina el camino y alienta nuestra vida y cuya luz y calor quiso él hacer llegar hasta las almas que asfixia la sombra de las negaciones, arrancando prejuicios e ignorancias; manantial de caridad en que alimentó su espíritu y distribuyó sus afectos.

No podríamos, en estos cortos renglones, hacer su biografía que vive fresca en sus obras, ni ponderar al orador del cual sigue hablando el eco de su fama. Haremos otros recuerdos.

Joven todavía en su sacerdocio, apasionado de la juventud estudiosa y en particular de aquella que se veía precisada a dejar la casa paterna para venir a la Universidad de la Capital, donde la ausencia del amor y del consejo de los suyos y el torbellino de muchas seducciones podían hacer naufragar, fundó el primer Pensionado Universitario. Poco más tarde sus desvelos y un celo que lo llevaba tras de cada uno de los jóvenes para reemplazar como amigo y educador a sus padres, y para suavizar, con sus ternuras, la ausencia de sus madres, convirtió esa casa en un hogar en que sólo se respiraba bienestar, intelectualidad y alegría.

Cuidó el rebaño de la Iglesia, sin mirar cercados, y cuando nubes espesas, precursoras de tormentas, obscurecían los horizontes de dos pueblos y la cordillera que los separa parecía empinar sus crestas, puso todo su corazón y la elocuéncia arrobadora de sus labios, teclado maravilloso de una alma llena de divinas inspiraciones y armonías, al servicio de la misión que lo hizo trasmontarla, como mensajero de paz. Así contribuyó a la realización del ideal concebido por grandes patriotas y merced al cual los hombres desempuñaron las armas, y en vez de ensangrentar las nieves de los Andes las dejaron blancas, para levantar sobre ellas el monumento al Redentor, que habrá de perpetuar los himnos entonados a la fraternidad de dos pueblos que nacieron hermanos a la libertad.

Más tarde, los años cayeron sobre él y blanquearon su cabeza, mientras otros dolores e ingratitudes surcaban su frente que no lograron doblar y que, helada un día, borrados sus pliegues, quedó otra vez tersa, blanca, mirando al cielo.

Y el Príncipe de la Iglesia, que con su palabra tantas veces conmovió hasta arrancar lágrimas a las multitudes, también las hizo brotar al enmudecer para siempre. Éstas regaron su tumba, mientras las preces de sus protegidos y de sus hijos de Ancud y La Serena llegaban a Dios en demanda de gracia para el Obispo amado y de consuelo para los huérfanos de su rebaño.

FRANCISCO HUNEUS.

Santiago, Abril 19 de 1918.

VELADA FÚNEBRE

que el Círculo Católico de La Serena dedicó a la memoria
del Ilustrísimo Señor Obispo

Dr. D. RAMÓN ANGEL JARA

La solemne Velada Fúnebre a la memoria del Iltmo. Sr. Obispo Dr. D. Ramón Angel Jara.

(De La Familia de La Serena, Junio 6 de 1917)

Digna de la sociedad de La Serena y del ilustre Prelado, a cuya memoria querida estaba dedicada, fué la hermosa Velada Fúnebre del Domingo 3 del presente, en el Círculo Católico.

Ocupaba el sitio de honor, en la testera del gran salón de actos, un magnífico retrato al óleo del Iltmo. señor Jara, artísticamente colocado sobre un gran paño obscuro de terciopelo carmesí con franjas de oro; rodeaba la tribuna de honor una severa guirnalda de ciprés sostenida por coronas de rosas blancas. Los lados del salón ostentaban dos emblemas preciosos de la Religión y de la Patria, guirnaldas y palmas adornadas con crespón negro. Era uno de los más artísticos, severos y hermosos arreglos que hayamos visto en La Serena.

Presidieron el solemnísimo acto el Iltmo. señor Obispo y Vicario Capitular Dr. D. Eduardo Solar Vicuña, el señor Intendente de la Provincia D. Jerónimo Espinosa Varela, el señor Alcalde D. Remigio Araya Toro, el señor Presidente del Círculo D. Roberto Chadwick y señores Ministros de Corte, Canónigos, Superiores de las Congregaciones religiosas, personal de la Curia Eclesiástica y sacerdotes del Clero secular y regular. El resto de la numerosísima concurrencia la componían distinguidas señoras y señoritas, respetables caballeros y jóvenes de nuestra sociedad, representantes de las asociaciones católicas, la Sección Superior del Seminario y todos los miembros del Círculo Católico.

El hermoso programa de la Velada fué correctísimamente ejecutado y justicieramente aplaudido en sus diversas partes.

La Banda del Regimiento «Arica» y la Orquesta del Círculo cumplieron brillantemente su cometido.

Llamó justamente la atención de la selecta concurrencia el arte y destreza de la señorita Fanny Peralta y Peralta, en las difíciles piezas de piano que ejecutó admirablemente, y el recitado tan bello como tierno de la inteligente señorita Olga Peralta Valín.

El Coro Fúnebre cantado por un grupo de señoritas de nuestra mejor sociedad, dirigido por la respetable señora Delia Vicuña de Munizaga, fué uno de los números más hermosos e interesantes.

Damos a continuación el recitado de la señorita Peralta y los discursos pronunciados en la Velada Fúnebre, de cuyo mérito juzgarán nuestros lectores.

Boceto de una Madre

— Recitado por la señorita Olga Peralta Valin —

(Del álbum de la señora argentina doña Elisa Alvear de Bosch)

« Señora:

Hay una mujer que tiene algo de Dios por la inmensidad de su amor, y mucho del ángel por la incansable solicitud de sus cuidados; una mujer que, siendo joven, tiene la reflexión de una anciana, y, en la vejéz, trabaja con el vigor de la juventud; una mujer que, si es ignorante, descubre los secretos de la vida con más acierto que un sabio; si es instruída, se acomoda a la simplicidad de los niños; una mujer que, siendo pobre, se satisface con la felicidad de los que ama, y, siendo rica, daría con gusto sus tesoros por no sufrir en su corazón la herida de la ingratitud; una mujer que, siendo vigorosa, se estremece con el vagido de un niño, y, siendo débil, se reviste a veces con la bravura del león; una mujer que, mientras vive, no sabemos estimar, porque a su lado todos los dolores se olvidan; pero, después de muerta, daríamos todo lo que somos y todo lo que tenemos por mirarla de nuevo un solo instante, por recibir de ella un solo abrazo, por escuchar un solo acento de sus labios.

De esta mujer no me exijáis el nombre a mí, si no queréis que empape con lágrimas vuestro álbum, porque yo la ví pasar en mi camino.

Cuando crezcan vuestros hijos, leedles esta página y ellos, cubriendo de besos vuestra frente, os dirán que un humilde viajero, en pago del suntuoso hospedaje recibido, ha dejado aquí para vos y para ellos, un boceto de su madre».

RAMÓN ANGEL JARA,

Obispo chileno y Canónigo argentino.

Discurso del señor Vicepresidente del Círculo D. Federico Marín Troncoso

Iltmo. señor Obispo,

Señor Intendente,

Señoras, señores:

El cargo de Vicepresidente del Círculo Católico me exige en esta solemne circunstancia levantar la voz, nó para añadir un elógio más a los que se han hecho sobre la tumba recién abierta del Iltmo. Obispo de La Serena, Monseñor Ramón Angel Jara, sino para fijar una idea que descolló entre las aspiraciones nobilísimas del venerado Obispo y aplicar sus consecuencias, como herencia póstuma para nosotros sus hijos, sus amigos y admiradores.

Aún no se apagan los destellos de esa sentencia brillante como su significado, que informó uno de los ideales de Monseñor Jara: «Juventuti lux» — luz para la juventud.— Recojamos sus últimos reflejos y guardémoslos como rico tesoro en el fondo de nuestros corazones, a la manera que la piedra preciosa esconde en sus facetas el puro rayo de sol.

Desde sus primeros años de carrera sacerdotal, el ilustre Pastor dedicó sus desvelos y sus afectos a la porción social que más necesita de luz: la juventud. Con su escrutadora mirada abarcaba el horizonte desde la altura de su ciencia, y comprendía que en Chile la juventud necesita sobre todo de ciencia educativa, de ejemplos que despierten sus energías y de rumbos que orienten sus pasos en la ruta de la existencia.

El joven, al presentarse en los dinteles de la vida, lleva como lema una interrogación; su inteligencia busca un faro que la guíe, quiere una respuesta lúcida, como son las de la verdad, a cada una de sus preguntas; exige, en fin, la fe que le conduzca a su destino inmortal.

Mas, para conseguir este ideal y convertirlo en realidad, es indispensable que su alma y su corazón, su inteligencia y su voluntad presenten una faz límpida y tersa en donde pueda reflejarse la claridad del cielo, que es la única que preserva al hombre del eterno caos.

Y ¡quién lo creyera! señores, las mismas leyes que la ciencia estatuye para que se verifiquen los fenómenos de la luz física y de los cuerpos opacos, las mismas rigen en la ciencia moral para que, a su vez, se realicen los del órden intelectual: jamás la luz se refleja en cuerpos sinnomos, esto es: nunca la verdad y el bien brillan en las almas torpes e impuras.

Obedeciendo a esta necesidad, el ilustre Prelado encauzó las extraordinarias energías de su celo sacerdotal, creando para la juventud Asilos y Pensionados, en los cuales las almas juveniles encontrasen medios para formarse convicciones verdaderas o se inspirasen en los nobles sentimientos del deber y del bien.

En la capital y en el Obispado de Ancud fué comprendido; la caridad cubrió con su manto la nueva obra del celoso sacerdote y el Asilo de la Patria, los varios Pensionados y asociaciones de jóvenes fueron el fruto de su actuación tesonera.

Con su palabra dió vida a sus obras; su verbo que comunicaba palpitaciones creadoras como bendecido de Dios, que es Verbo Eterno, enjendraba en las almas esas nociones de la verdad, del deber, de la generosidad y de las nobles aspiraciones que han de informar siempre los ideales de un joven.

Mas, señores, la luz que el orador incomparable y el gran Obispo quería para la juventud, no fué comprendida ni en toda la extensión de su necesidad, ni en toda la magnitud de su grande importancia.

Hago votos porque esa palabra elocuente del inolvidable Pontífice y esclarecido patrióta, cuyos écos aún no se estinguen en nuestros oídos, graben en nuestras inteligencias y corazones la radiante luz de las ideas grandes, justas y benéficas que nos conduzcan a la práctica del bien y a la acción común y eficáz que exigen y han exigido la Religión y la Patria.

Estas dos grandes ideas fueron las que por todas partes predicó Monseñor Jara con su avasalladora elocuéncia; justo es que sus admiradores, siguiendo sus pasos, trabajemos por ellas.

Señores, dignaos aceptar los agradecimientos del Directorio del Círculo porque habeis realzado con vuestra presencia el significado moral de esta Velada, y sed indulgentes con el que os dirige la palabra.

Os he hablado con el alma y he querido llegar hasta el corazón de los católicos y, en especial, hasta el corazón de esa juventud ávida de luz. Os diré: ¿quereis luz? Recordad los sábios consejos del ilustre Prelado que no morirá jamás en la memoria de su grey.

He dicho.

FEDERICO MARÍN T.

Discurso del señor Oscar Peña,

Socio del Círculo Católico

Iltmo. señor Obispo,
Señor Intendente,
Respetables Sacerdotes,
Señoras, señores:

La vida del Iltmo. señor Obispo doctor don Ramón Angel Jara ha sido fecunda en acciones de grande importancia; pero nada ha elevado más, a mi modo de ver, la gran figura de este Obispo cristiano como la nobilísima misión de paz que se impuso, asociado al gran Arzobispo Casanova, llevada con tan hermoso resultado a la República Argentina y la que llevó al Perú.

Sin duda, jamás se vivó al pueblo de Chile con más sinceridad y con más benevolencia, que cuando el ilustre Obispo era llevado en triunfo por las calles de Buenos Aires por millares de personas en homenage a sus sentimientos, expresados con arrobadora elocuencia, en obsequio de la paz entre Chile y la República del Plata.

¡Qué misión más santa y más noble, señores!

Traer el amor entre los hombres, arrancar bendiciones a las almas prontas a odiarse y maldecirse, es crear, es traer vida, es anular la fuerza de destrucción que la raza humana, para desgracia de las naciones, suele avivar y encender con instintos de fiera.

Proclamar la paz, como bien supremo, en el seno de las jóvenes democrácias de la América latina, es sembrar la fecunda simiente del progreso en la tierra virgen, sin ódios, sin rivalidades homicidas ni luchas sangrientas, que, en las viejas sociedades de Asia y de Europa, han traído la decadencia, en el primero de estos continentes, y ame-

nazan, en el último, cegar las fuentes de la bondad humana, principio de la muerte de toda civilización.

A este bien inmenso de la paz entre Chile y la República Argentina, contribuyó poderosamente, con su soberana elocuencia, don Ramón Angel Jara, y sólo recordando que en la gran ciudad del Plata, a los chilenos se les preguntaba con el más vivo interés por el ilustre Obispo, se llega a comprender cuán importante fué su cooperación, con cuánto anhelo se deseaba la paz por el pueblo argentino.

Hoy, los vínculos de la amistad de chilenos y argentinos se multiplican día a día, y la imagen del Cristo Redentor, colocada en el paso de Uspallata, que bendijo Monseñor Jara, es el mejor símbolo del amor de cristianos que debe ligar a ambos pueblos. Quiera Dios que jamás la bestia humana, que alimentó los ódios de Alemania y Francia durante cuarenta años y hoy arrasa los pueblos y siembra la desolación, extienda a las naciones americanas su garra sangrienta.

Cuando se selle la paz definitiva con el Perú, el nombre de Monseñor Jara será bendecido como emblema de la amistad de dos naciones; es decir, como el mensajero de la felicidad de dos pueblos, que allegó a la unión y fraternidad todas las energías de los corazones hermanos en el continente sud-americano.

En este centro de democrácia cristiana, en que la condición humana se respeta más que el dinero, los trajes, los títulos más o menos merecidos, los empleos y cargos públicos, y las múltiples creaciones del orgullo y de la fatuidad, debe ser recordado el Iltmo. señor Jara como un gran benefactor y ha de representar siempre a sus socios al gran cristiano que buscó la paz como supremo bien en el concierto de las naciones de América.

Yo, que contraje una deuda de reconocimiento para el bondadoso Pastor, quiero tributarle mi homenage de gratitud recordando en esta Velada el que, a mi juicio, es el más grande de los servicios prestados por el Iltmo. señor Jara a la humanidad, como Obispo y como hombre patrióta que no vinculó la grandeza de los pueblos en el predomínio de unos sobre otros, sino en el libre desarrollo de su actividad protegida por la bandera de la paz.

OSCAR PEÑA.

Sr. Dn. TRISTÁN FERNÁNDEZ Ch.

Canónigo Honorario y Secretario del Obispado de La Serena

Iltmo. señor Vicario Capitular:

Señor Intendente:

Señores, señoras:

I

Cerca de tres meses van corridos desde aquel día, para siempre desgraciado, en que el huracán de la muerte tronchó, aleve, el árbol robusto y majestuoso que prestaba sombra y refugio a tantas aves, y cuyas flores embalsamaban con su rico aroma nuestros campos, y aun perdura el vacío inmenso que dejara en la selva secular de la Iglesia Católica donde se alzaba gigante. Ha lucido muchas veces el sol sobre nuestros floridos valles y todavía alumbra la desolación

y la tristeza que ha causado la desaparición del escenario de la vida, de aquel «*varón eminente en obras y en palabras*», de ese sabio maestro, docto Prelado y amante Padre, cuyo nombre ha grabado la fama con buril de diamante en el libro de oro de la inmortalidad y nosotros llevamos escrito con caracteres de filial ternura en lo más íntimo de nuestros corazones; nombre querido que no acierto a pronunciar sin volver a sentir en todo mi ser los estremecimientos del dolor; pero que es para los que fuimos sus diocesanos y sus hijos en el Señor un património de honor y de gloria: el nombre esclarecido del gran Obispo y gran patrióta *doctor don Ramón Angel Jara*.

¡Oh noche infausta la que precedió al día 9 de Marzo de 1917! Yo quisiera que fuera excluída del número de las que, tendiendo su negro velo sobre la ciudad de La Serena, la han convidado a la tranquilidad y al reposo en la sucesión de los años. ¡Oh mañana sin ventura, cuya aurora vió caer más lágrimas de nuestros ojos que gotas de rocío esparció sobre los prados y jardines el alba matinal! ¡Oh despertar doloroso de los hijos que, antes que los primeros rayos del sol doraran las altas cumbres de nuestras montañas y se extendieran sobre la superficie plateada del ancho mar que baña nuestras costas, carecían ya del mejor y más querido de los Padres!

En medio de las sombras y como a traición, hirió la muerte al Pastor solícito, al Obispo sin igual, al gran orador que llevaba en sus manos el cetro del bien decir y de la elocuéncia en Chile. ¡Oh noche, triste cual otra ninguna, que arrebataste un Padre a sus hijos, un Pastor a su rebaño, una gloria a su pueblo, corre a ocultarte para siempre en el caos del olvido y no vuelvas jamás a nuestra memoria; porque tu recuerdo sólo trae de nuevo las angustias del más amargo sufrimiento a los que tan buen Padre, tan gran Pastor y tan amante Obispo hemos perdido!

Y, huérfanos y tristes, nos reunimos hoy en este hogar de la juventud católica que tanto amara, de los buenos obreros que tenían lugar tan preferente en su magnánimo corazón, para tributar a su memoria venerada el homenage del más sincero amor, de la más viva gratitud.

He aquí porqué el Directorio de este Círculo ha querido congregar en torno de ese magnífico retrato, que tan bien representa al gran Prelado y que él mismo obsequiara a esta institución, a las autoridades civiles y eclesiásticas, a la sociedad toda de La Serena, a fin

de hacer pública su manifestación de intenso pesar, ornándolo de guirnaldas y coronas de verde ciprés y blancas rosas, como símbolo de la gratitud que nunca muere y del amor que jamás olvida; porque esas hojas y esas flores, renovándose siempre frescas y lozanas en nuestros jardines, cubrirán la tumba del ilustre Obispo, como testimónio perenne de la admiración y el cariño de los que tuvimos la honra de ser sus hijos.

Que las dulces notas de la música doliente de esta Velada Fúnebre, con los armoniosos écos del canto, los primores de la poesía y la elocuéncia que a la palabra humana prestan los acentos del dolor, sean el sentido homenage que el Círculo Católico tribute en esta tarde, melancólica como nuestra orfandad, a la memoria querida del que fué su más generoso y constante protector.

II

Señores: Van a cumplirse veinte siglos que un día en las bellas riberas del Jordán se presentaron a Jesús de Nazareth los discípulos del Bautista, preguntándole si era el Mesías esperado o debían aguardar a otro, y Jesús les dijo, por única respuesta: «Id a contar a Juán que los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan y *los pobres son evangelizados*».

En otra ocasión, hablaba el Maestro Divino desde la cumbre de un monte y dejaba caer como rocío refrigerante sobre el corazón de sus absortos oyentes, estas palabras de celestial consuelo: «*Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que padecen persecuciones, bienaventurados los que lloran, porque de ellos es el reino de los cielos*».

Y en el desierto, a donde le había seguido una multitud incontable, sedienta de su doctrina de verdad y de vida, decía a sus Apóstoles: «Misereor super turbam», tengo compasión inmensa de este pueblo que me sigue. Porque el corazón del Cristo amó con ternura infinita a los pobres, a los enfermos, a los desgraciados, a los hijos del pueblo, a quienes abrió sus brazos para estrecharlos en ellos como hermanos, y les enseñó a decir, levantando a lo alto sus corazones: «*Padre nuestro que estás en los cielos*», proclamando de este modo la fraternidad cristiana, la fraternidad social.

Desde entonces, no ha habido ningún verdadero discípulo del Redentor de la Humanidad, que no ame a los pobres, que no se com-

padezca del pueblo, que no mire como hermano querido al que sufre y al que llora, que no se interese por la suerte del huérfano y del enfermo, que no tienda una mano generosa al necesitado y que no trate de enseñar el camino del cielo a los que tienen hambre y sed de justicia.

Del número de esos apóstoles abnegados de la caridad cristiana, fué el Iltmo. señor doctor don Ramón Angel Jara, desde los comienzos de su fecundo sacerdócio hasta el instante en que, en todo el vigor de su talento privilegiado, en todo el brillo de su fama mundial, ardiendo en amor por sus hermanos, se hundió en el sepulcro, como desaparece el astro del día entre las ondas del mar dejando, al ocultarse, resplandores de gloria e incendios de grana en esos incomparables crepúsculos de nuestras bellas tardes serenenses.

III

Apenas ungidas sus manos por la consagración sacerdotal, empezó el presbítero Jara a dar cumplimiento a una parte muy principal del hermoso lema que adoptara, andando los años, en su escudo prelatício: «*Populo juvamen*», protección al pueblo; lema que, desde temprano, llevó grabado en su noble corazón.

Por encargo del gran Intendente de Santiago, don Benjamín Vicuña Mackenna, organizó la Visitación de las Escuelas Primarias de la Capital y, a pedido del inmortal Arzobispo Valdivieso, fundó los primeros Círculos de Obreros que ha habido en Chile. Poco antes de entrar al Seminario, contribuyó con su palabra elocuente, que ya se revelaba soberana, a la inauguración del paseo más bello que tiene el pueblo para su soláz en nuestra Patria: el Cerro Santa Lucía. Como el águila caudal de nuestras cordilleras, quiso Monseñor Jara ensayar su vuelo desde las escarpadas rocas del histórico Huelén, y fué tan alto el giro de su talentosa oratória, que hasta hoy no ha sido superado.

Y llegaron, señores, aquellos días gloriosos del año 79. La Patria dió el grito de alarma, y a ese grito los sepulcros de nuestros padres se conmovieron, las sombras de los próceres de la independencia se alzaron sobre sus tumbas para decirnos: «Estad prestos a morir por vuestra Patria y por vuestras leyes». Sonó el clarín guerrero, lo repitieron los écos de nuestras montañas y de todas partes acudieron presurosos los esforzados hijos de esta tierra, a ofrendar su sangre

por el honor nacional. Iquique, Tacna, Angamos, Arica, Chorrillos y Miraflores, campos de lucha y de gloria, son testigos de como saben cumplir los soldados y marinos chilenos los juramentos hechos ante los altares de la Patria.

Y mientras los valientes Capellanes castrenses Fontecilla, Madariaga, Cruzat, Marchant Pereira, Valdés Carrera y tantos otros arrostran heróicos las penalidades de la campaña, un grupo de sacerdotes, no menos ilustres, se ocupa de atender a las viudas y huérfanos de la guerra. Sobresale entre todos ellos el jóven presbítero don Ramón Angel Jara que, a costa de inmensos sacrificios personales, funda el Asilo de la Patria para los hijos de los invictos guerreros de Chile y eleva al Dios de las batallas el templo magnífico de la Gratitud Nacional, impulsado por esos grandes amores que informaron todos los actos de su apostólica vida: Dios y el pueblo, la Iglesia y la Patria. «*Pro Ecclesia et Patria*», según se lee en su Escudo episcopal.

No solamente el bien temporal de sus conciudadanos preocupaba al Iltmo. señor Jara, trabajó sin cesar por el mejoramiento intelectual de los obreros y por la buena educación de la juventud. Vedlo estableciendo en la Capital de la República Pensionados y colegios, fundando diarios y periódicos o estudiando en Europa la grande obra de la Universidad Católica, orgullo de la Iglesia de Santiago; inaugurando más tarde en Valparaíso, en Ancud y en Valdivia, centros sociales, institutos de comercio, clubs de obreros y asilos para niños desamparados. A todo atendía su actividad asombrosa, su ingeniosa caridad.

Por eso, no es de extrañar que, apenas llegado a La Serena, continuara en su empeño por el bienestar del pueblo y por la ilustración de la juventud, favoreciendo las obras ya establecidas por sus ilustres antecesores o fundado otras nuevas, como la Protectora de la Infancia y el Instituto Comercial de Ovalle, su prueba postrera de amor a la juventud y al pueblo.

El Círculo Católico tuvo la honra de ser una de las instituciones más favorecidas por el Iltmo. señor Jara, a cuya paternal solicitud debe este espléndido local y el poder sostener una Escuela Nocturna que cuenta con más de cien alumnos, obra que cede directamente en beneficio de los hijos de la clase obrera.

El Directorio de este Círculo encontró siempre abierto el generoso corazón del Gefe de la Diócesis, para concederle cuanto le pedía en bien de sus asociados. ¿Cómo, pues, podríamos olvidarlo y no po-

ner de manifiesto nuestra gratitud y nuestro cariño en un acto público y solemne que reflejase los más íntimos sentimientos de los miembros de esta institución?

Este es el significado y el objeto de esta modesta Velada Fúnebre, cuyo mayor mérito consiste en el número y calidad de las distinguidas personas que nos han honrado con su asistencia.

Que traten otros de la elocuéncia soberana del Iltmo. señor Jara, de sus dotes maravillosas de diplomático y de gobernante, de su talento extraordinario, de su imaginación brillante y fecunda, de su piedad fervorosa, de su amor ardiente al suelo que lo vió nacer y a la invicta bandera que paseó triunfante por Europa, Asia y América; nosotros no queremos recordar ahora sino su generosidad inagotable, la bondad con que amó a sus hermanos hasta hacerse todo para todos, a ejemplo del Maestro Divino. Para todos tenía caridad. «*Omnibus charitas*», como reza la hermosa leyenda de sus armas prelatícias.

Y porque fué Padre solícito y Pastor desvelado, el pueblo, al cual tanto favoreció, no podrá jamás olvidarlo. Su memoria vivirá mientras haya corazones agradecidos, mientras arrulle nuestro sueño el rítmico golpear de las olas del mar sobre las rocas de la playa y permanezca en pie la majestuosa mole de nuestras cordilleras. Algún día, las generaciones que vengan en pós de nosotros, perpetuarán en el mármol y en el bronce la imponente y bondadosa figura del gran Prelado serenense. En tanto llega esa hora de justicia póstuma, nosotros, los miembros del Círculo Católico, la llevaremos esculpida en nuestros corazones mientras nos dure la existencia, como testimónio imperecedero de amor y veneración al noble, al generoso, al incomparable amigo de la juventud y del pueblo.

Señores, pidamos a Dios que envíe a esta Diócesis Prelados que se inspiren en los brillantes ejemplos de amor al pueblo, legados por sus ilustres antecesores, entre los cuales ha ocupado lugar prominente el Iltmo. señor doctor don Ramón Angel Jara, verdadero apóstol de la caridad y amante Padre de los hijos que el Señor confió a sus cuidados. ¡Bendita sea por siempre su memoria!

TRISTÁN FERNANDEZ Ch.

VELADA FÚNEBRE

que las Academias Literarias de "San Agustín" y "Santo Tomás"
del Seminario de Santiago, dedicaron a la
venerada memoria del ilustre ex-académico

Iltmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. RAMÓN ANGEL JARA

La Velada Fúnebre en memoria del Iltmo. Monseñor Ramón Angel Jara,

EN EL SEMINARIO DE SANTIAGO.

Cumpliendo los justos anhelos de las Academias de «San Agustín» y «Santo Tomás», organizadoras de esta Velada, tuvo lugar ella el viernes próximo pasado, a las 6.15 p. m., en el salón de actos del Seminario Conciliar.

El salón, severamente arreglado, ostentaba en la presidencia, colocado bajo dosel, un magnífico cuadro al óleo del recordado señor Obispo. A ambos lados del cuadro, el báculo y la mitra, insignias del Príncipe de la Iglesia, y artísticos ramos de flores naturales lo adornaban, dándole un hermoso aspecto.

A derecha e izquierda del cuadro de Monseñor Jara, tomaron colocación el Iltmo. señor Obispo de Dodona, Monseñor Rafael Edwards, y el señor Rector del Seminario y Director de la Academia de «San Agustín» don Gilberto Fuenzalida.

Después de haber ejecutado el quinteto, dirigido por el profesor don Ricardo Pinto, el nocturno 2° de Chopín, subió a la tribuna el Presidente de la Académia de «San Agustín» y Ministro de la Sección Eclesiástica del Seminario, señor Presbítero don Alfredo Cifuentes, quien esbozó con claridad y elocuéncia la fecunda vida del Crisóstomo chileno. Recordó una a una las actuaciones del Iltmo. señor Jara, ya como apóstol de Jesucristo, ya como mensajero de paz y fraternidad en momentos difíciles para la Patria, ora en circunstancias en que la Patria grabó su nombre con letras de oro en la historia universal. Al terminar, en un arranque elocuente, evocó al Iltmo. señor Edwards, allí presente, las dos circunstancias solemnes que lo tuvieron al lado de Monseñor Jara: la penúltima enfermedad de él en Roma, y después al dar el último adiós a su yertos despojos.

Después de este discurso siguieron números que, como las romanzas «Crucifixe crucifixe», cantada por el barítono señor Emmanuel Martínez, y «Io sono un fior», por el tenor señor Ludovico Muzzio, tuvieron a la distinguida y numerosa concurrencia asistente en agradables momentos. Al terminar estos conocidos artistas sus cantos, recibieron sinceros aplausos.

El discurso del señor Lizana, premiado en concurso, y el soneto del señor Rafael Cuitiño, fueron muy aplaudidos.

El Presidente de la Académia de «Santo Tomás», Presbítero señor don Eduardo Escudero, recitó una sentida poesía titulada «En la muerte de Monseñor Jara», la que, por su acabada perfección, fué admirada por los concurrentes.

Puso fin a este acto el quinteto, ejecutando con maestría y gusto, la Marcha Fúnebre de Chopín, la que le valió felicitaciones generales.

Pocos minutos después de las 7.15, se retiraron los distinguidos asistentes, que eran personalidades del clero secular y regular y del mundo social, complacidos del tributo rendido a la memoria de tan esclarecido ciudadano y amante Pastor.

PROGRAMA

I. Chopín — **Nocturno II** — Obertura por el quinteto.
II. **Discurso** por el Presidente de la Académia de «San Agustín», Pbro. D. Alfredo Cifuentes.
III. Jáure — **Crucifixe! Crucifixe!** — Romanza por el barítono señor Emmanuel Martínez.
IV. **A Monseñor Jara** — Soneto por el académico Sr. D. Rafael Cuitiño.
V. Schumann — **Reverie** — Melodía por el quinteto.
VI. **Discurso** del académico S. D. J. Luis Lizana, premiado en el Concurso.
VII. Chopín — **Io sono un fior...** — Romanza por el tenor Sr. Ludovico Muzzio.
VIII. **"A una madre"** — Boceto del Iltmo. Sr. Jara, declamado por D. Manuel Espínola.
IX. Gounod — **Ave María** — Por el tenor Sr. Ludovico Muzzio.
X. **En la muerte de Mons. Jara** — Poesía por el Presidente de la Académia de «Santo Tomás», Pbro. D. Eduardo Escudero O.
XI. Chopín — **Marcha fúnebre.**

Discurso pronunciado por el Presidente de la "Académia de San Agustín", Presbítero D. Alfredo Cifuentes G.

Ilustrísimo señor (1):

Señores:

Hace veinticinco años, bajo las bóvedas del primer templo de Valparaíso, el águila sin par de la elocuéncia chilena, cuya memoria hoy nos congrega, arrancaba a su pecho angustiado y generoso, este grito de zozobra: «Subo a esta cátedra, no sé si impulsado por la vehemência del cariño, o arrastrado por el aturdimiento del dolor». Era la hora triste para aquella ciudad, en que, llorosos, se agrupaban sus hijos en torno del sepulcro, pocos meses antes abierto, de su amado Gobernador Eclesiástico D. Salvador Donoso.

De modo semejante, venimos hoy, señores; y yo no sabría pedir a mis labios otra expresión más sincera, que la brotada entonces de los suyos. ¡Impulsados por la vehemência del cariño y arrastrados por el aturdimiento del dolor!

Vehemência de cariño, para con aquel hombre extraordinario, de alma grande y generosa, de corazón amable y de corazón de niño, que vió crecer sus años en estos mismos pátios y en estas mismas áulas, que nutrió su espíritu con santas virtudes junto al Santuario de esta casa, que cultivó su brillante talento y moduló las primeras notas de su mágica elocuéncia, en el seno mismo de esta Académia Literaria.

Aturdimiento de dolor, porque hay hombres, señores, para los cuales como jamás sentimos con mayor vehemência el deseo de la inmortalidad; hombres que, porque tuvieron corazón de Padre para todos, al bajar al sepulcro, dejaron a los pueblos llorando su orfandad.

(1) El Iltmo. señor Obispo Titular de Dodona, Dr. D. Rafael Edwards.

No es extraño, señores, entonces, que el Seminario de Santiago venga a tributarle un homenage, sencillo en sus proporciones, pero intenso y grande en su significado, porque viene a cumplir un deber de justicia y a dar una lección de alta pedagogía a la juventud que se forma en su hogar. El culto de los mayores, la exaltación de los méritos y virtudes de cuantos nos precedieron con honor en la jornada de la vida, es un estímulo eficáz para las generaciones del futuro.

Y toca a la Académia de «San Agustín», reliquia literaria de viejas tradiciones, la honra de que podrá gloriarse siempre, de haber sido iniciadora de esta idea, que encontró acogida entusiasta en su hermana la Academia de «Santo Tomás». Vienen a honrar al antiguo académico, al Secretario de 1874, la figura más prominente que haya cruzado por ella; y han escogido para hacerlo el día en que en otro tiempo se acercaban cuantos le amaron para honrarlo en su onomástico.

·—※—·

No me pidáis, señores, una minuciosa biografía. A grandes rasgos es ya conocida y admirada por vosotros, y pretender analizarla con órden y detalle, es obra laboriosa perteneciente a la maestra del tiempo, que es la historia. Ella abrirá sus páginas en día no lejano, para honrarse presentando la noble figura del gran Obispo, cuya memoria pertenecerá a los siglos. Ella nos hablará del celoso sacerdote, del apóstol incansable, del Prelado dignísimo, del consejero admirable, del político sábio, del diplomático hábil, del patrióta ardoroso, del génio privilegiado. Y, descorriendo el velo de lo que el mundo no conoce y vindicando lo que la malícia quisiera obscurecer, despertará la admiración de todos.

Yo, en cambio, señores, vengo en medio de estos centros literarios a tributar un recuerdo al hombre que con el poder de su palabra conmovió a las muchedumbres de multitud de lenguas y de variedad de naciones; al que calmó tempestades de ódio y derritió hielos de indiferencia; al hijo de este suelo que, sin la menor restricción ni figura retórica, fué el que en el mundo dió a conocer más y con más gloria el nombre idolatrado de su Patria; al que los pueblos llamaron Crisóstomo y Bossuet, sin que en nada hubiera de envidiarlos; al portento, en fin, de la palabra; al orador.

·—※—·

El antiguo adágio latino: «poeta nascitur, orator fit», sufrió una excepción en la persona del Iltmo. señor Jara. La forma de su oratória tiene un sello tal de originalidad, un conjunto tal de cualidades, que difícilmente pudiéramos creer que ella es fruto de un trabajo de minuciosa formación. Reuniéronse en él espontáneamente las admirables dotes que, rara vez, por no decir jamás, convergen en un mismo hombre. Un talento clarísimo y brillante; una memoria que multitud de anécdotas hace calificar de prodigiosa; una sensibilidad exquisita; una imaginación viva y dignísima; un sentido estético admirable; un conocimiento profundo del corazón humano; un don mágico de gentes; una riqueza de lenguaje inmensa; una figura varonil y atrayente; un gesto insinuante y variado; una acción elegante y única; y una voz potente y melodiosa; allí tenéis la suma de sus dotes naturales. Y si añadís a ellas la vasta erudición en ciencias sagradas y profanas, el estudio de los grandes modelos, sus viajes y su misma posición en la alta Gerarquía Eclesiástica, comprenderéis entonces que la mano de Dios le había bendecido y le había señalado una misión de gloria para la Iglesia y de lustre para la Patria.

La Iglesia le conoció de niño. En el seno de la Académia de «San Agustín» dió los primeros vuelos oratórios, y las páginas de nuestros Archivos empiezan a dar testimonio de lo que para más tarde prometía.

La Patria le conoció de joven. Cuando al embellecer su capital, engastando con los primores del arte la joya más preciada que le dió la naturaleza, buscó una palabra atrayente que fuera intérprete de sus sentimientos, la encontró en el joven que sobresalía ya en medio de la sociedad santiaguina y, podemos decir, que fué aquel el primer triunfo público de su palabra.

Pero la Iglesia volvió a reclamarle. Y, en una de aquellas tardes que plácidas se deslizan en esta santa casa, el joven llegó a sus puertas rodeado de amigos que venían a darle el adiós del mundo que le admiraba. Su maestro y amigo el señor Larrain Gandarillas y el señor González Eyzaguirre, le recibieron aquí con los brazos abiertos. Enmudeció entonces su voz para los hombres y se despertó para su alma, porque la preparación al sacerdocio le llamaba al recogimiento y a la oración.

Y, cuando recibió la misión de enseñar a las gentes la verdad, reveló al mundo la potencia de su génio. Que si Eurípedes afirma que la elocuéncia es la soberana de las almas y Cicerón añade que por dos cosas se impera en el mundo: por la elocuéncia y por la espada, la experiencia nos demuestra que esa soberanía la alcanzó como pocos el Iltmo. señor Jara.

Pasear la fama por uno y otro continente y arrancar aplausos delirantes donde quiera que levantara su potente voz y en el idioma que su acento resonara, es haber conquistado un puesto de honor en medio de los génios mundiales de la elocuéncia.

Yo no puedo analizar cada una de sus magistrales piezas oratorias y ni siquiera mostraros la excelencia de los diversos géneros por él cultivados, de uno de los cuales, podemos afirmar que fué verdadero orador: el religioso-patriótico. Pero os diré que cuando fué necesario restañar hondas heridas abiertas por la guadaña de la muerte, resonó su voz con los acentos del profeta del dolor. Él hizo gemir al pueblo entero de Concepción ante los despojos de su gemelo en la elocuéncia, el Iltmo. señor Salas; él hizo vibrar los aires y encender los ánimos en patrióticos sentimientos pidiendo paz y gloria sobre la tumba de los caídos en las jornadas del 79 y del 91; dió vida a las cenizas de Las Heras; lloró, como el Maestro, sobre las humeantes ruinas de la gentil Valparaíso; exaltó a los humildes hablando de Don Bosco y ante el sepulcro del popular Fray Andresito, y rindió tributo a los grandes, evocando la memoria de Portales, en la pieza culminante de su pluma, de Carnot y Cánovas del Castillo; y tendría que hacerme demasiada violéncia para no mostraros la imagen con que presentaba el ocaso del siglo XIX en la Oración Fúnebre del último, porque fuera envidiada por el mismo cincel de Miguel Angel: «Asis-
« timos, exclama, a la agonía de un siglo que se despide de la vida
« entre violentas convulsiones. Y si pone espanto en el alma la
« vista de un moribundo que agita sus manos en demanda de socorro
« porque siente que se entumecen sus miembros, que perturbadas co-
« rren la sangre por sus venas y las ideas por su mente, y que el co-
« razón, como ave cansada de aletear, se desfallece y rinde, ¡ah, seño-
« res! ¿cómo queréis que no se sienta aterrado el mundo en presencia
« de un siglo que, fiero de sus luces y de sus placeres, desdeñaba a
« las edades pasadas, y hoy, como gigante derribado, tiende sus bra-
« zos suplicantes, porque no encuentra fuerzas para restituir la paz
« a las naciones, porque falta calor a su sangre y vigor a su ciencia
« para iluminar el caos que sus doctrinas van creando, y porque

« siente corroídas sus entrañas por un veneno que va llegando al « corazón, donde tiene su asiento la autoridad, sin que haya medio « humano capáz de impedir la catástrofe pavorosa de la muerte? » (1).

Y si de la Oración Fúnebre pasamos a los discursos académicos o de ocasión, dejando en el camino sus admirables panegíricos, ¿quién poseyó como él el secreto del ingénio y de la oportunidad, quien supo valerse con mayor arte y discreción de todas las circunstancias, sin que se escapara a su penetrante mirada el más mínimo detalle o coincidéncia, para sacar partido ventajoso?

Él conmovió e hizo brotar lágrimas de ternura al infortunado Presidente Balmaceda cuando, al inaugurar la Iglesia de los Huérfanos, le habló sobre « El Templo y la Orfandad ». Extasió a los padres y madres de familia en su profunda Conferencia sobre la restauración de la misma por Nuestro Señor Jesucristo.

Y, como águila para quien están abiertos los espacios, buscó otros horizontes y desplegó en ellos sus alas con grandeza inimitable. Obscurecido el horizonte de los Andes, trepó sus cimas y en los pueblos y ciudades fué el ídolo de las turbas que le pasearon como a los triunfadores de los antiguos tiempos. La señora del Rimac le vió llegar también y en ella escribió entonces la página única que registran los anales de la diplomácia. Cambiar los sentimientos rencorosos de un soberano llevando en la mano promesas halagadoras y ofrecimientos ventajosos, es una habilidad que honra al diplomático que lo alcanza. Pero presentarse en medio de un pueblo hostíl, sin más escudo que la grandeza de corazón y sin otra arma que el poder mágico de la palabra, y trocar de improviso los ódios en simpatías, los recelos en confianza, los « muera » en « viva », las canciones hirientes en notas del Himno que encarna la imagen de la Patria enemiga, esto, señores, es haber conquistado el primer puesto en la historia de la diplomácia, es haber merecido el sello de las bendiciones de Dios en el sublime ministerio que el Verbo Eterno vino a traer a la tierra: « dar paz a los hombres de buena voluntad ». Y esa conquista y este milagro fueron obra del Iltmo. señor Jara.

Un día las colonias extrangeras se encontraban reunidas en la ciudad santa en devota peregrinación. Todas ellas, según su turno, habían escogido sus mejores oradores para que en sus respectivos idiómas les dirigieran la palabra; tocó el suyo a la española, y, mien-

(1) Exordio de la Oración Fúnebre de Cánovas del Castillo.

tras alguien se atrevió a insinuar el nombre del señor Jara, la mayor parte, que no le conocía, dudó y temió; pero hubieron de rendirse al sentimiento y entusiasmo, cuando se levantó la voz de aquel apóstol de apartadas regiones, en el sitio mismo en que pronunció las últimas palabras un Dios que agonizaba.

Y ¿qué decir, señores, de aquella escena que contempló el Vaticano de Roma y que jamás se borrará de nuestros recuerdos? Allí estaba el Soberano de blancas vestiduras, rodeado de su corte; Purpurados y Obispos en torno suyo y, cerrando el atrayente cuadro, una corona de diecinueve pabellones que hacían la guardia de honor al Rey de los pueblos y al Padre común de los cristianos. Resonó la voz del Obispo chileno en aquel histórico recinto y vimos brotar lágrimas por las mejillas de ancianos Prelados y oímos brotar palabras de entusiasmo de los labios del Pontífice Supremo. Y el orador, señores, que así lograba conmover en aquella ocasión, había llegado a la humildad de consultar la opinión sobre algunas partes de su discurso a los alumnos de entonces del Colegio Pío Latino-Americano. Rara modestia, que bien se explica en quien siempre se negó a la publicación de sus obras oratórias, consiguiéndolo sólo como limosna una Institución de Caridad, poco tiempo antes de su muerte.

Señores: la sola e incompleta enumeración de estos triúnfos oratórios, puede dar una pálida idea de quien los alcanzaba. En estilo maravilloso y único, que hace vano y peligroso todo intento en imitarlo, encerró la profundidad de ideas concebidas por su brillante talento.

Y porque hubo quienes con pueril capricho, si no fuera con culpable insensatéz, pusieron en duda lo profundo de su cocepción oratória, basta, señalándoles sus obras, decirles: «abrid y leed», ya que la muerte nos impide decir: «escuchad y atended». Y entonces, saliendo de su error, verán que siempre es peligroso juzgar sin conocer.

·—※—·

Y yo me pregunto ahora: ¿Cuál era el secreto que daba calor y aliento a ese conjunto de cualidades naturales y adquiridas, para sacar de ellas todo su fruto y su valor?

Señores: no me lo preguntéis a mí; allí tenéis su vida y en ella toda os dirá: fué la grandeza de su corazón. En él se albergaron los amores más puros y más elevados de la vida: su madre, su Patria,

su Iglesia.... Ellos le hicieron apóstol de la juventud y del pueblo, hombre de acción y sacerdote de oración, obrero abnegado y Padre cariñoso de cuantos tuvieron la suerte de conocerle. Y sí, marcado con el distintivo característico de cuantos fueron verdaderamente grandes, tuvo que beber el amargo cáliz de las contradicciones y de las ingratitudes de los hombres, yo me complazco, señores, en proclamar muy alto en esta ocasión, lo que hace muy poco me confirmaba el santo Obispo de la Concepción, arrancado también ayer al cariño de los suyos, al decirme: «*como nadie supo olvidar y como pocos supo perdonar*».

Ilustrísimo señor:

Vuestra presencia en esta Velada honra a los que han querido ofrecerla y viene a evocar vivísimos recuerdos. Fuisteis vos quien en hora triste velasteis, siendo aún niño, allá en Roma junto al lecho del gran Obispo moribundo; vos recibísteis en esa y en multitud de otras ocasiones sus más íntimas confidencias; lo mirasteis siempre como a Padre, y, cuando la repentina y cruel notícia de que se habían cerrado para siempre sus ojos y que gimiendo había dicho que se ahogaba ya la voz en su garganta, hirió vuestro corazón, entonces corrísteis presuroso para estrechar por vez postrera los despojos de quien tanto os había amado. Recibid nuestra gratitud, mientras él os bendice desde el cielo.

¡Sea siempre exaltada su memoria y, cuando el bronce o el marmol quieran perpetuarla al través de los siglos, cincele erguida su figura en medio de las imágenes de la Iglesia y de la Patria, sosteniendo la una dos cayados en sus manos y acompañada la otra por el angel divino de la paz, mientras el de la resurrección y de la vida le señale un sitio en la mansión de los grandes y en la región eterna de los buenos!

ALFREDO CIFUENTES G.

Santiago, 31 de Agosto de 1917.

En la muerte de Monseñor Jara

(Poesía compuesta y declamada por el Presidente de la Académia de "Santo Tomás", Presbítero Eduardo Escudero).

I

¡Qué terrible el poder con que despliega
Su melena de viento el torbellino!
Emprende apenas su fatal camino
Y cubre el sol con fúnebre cendal.
Todo tiembla ante él: entre las ramas
Esconde el pajarillo su cabeza;
El insecto se oculta en la maleza,
Y sube al cielo el águila caudal.

II

Y el monstruo avanza, y a su paso troncha
Las copas de los árboles robustos,
La escondida raíz de los arbustos,
Y el cáliz delicado de la flor.
Nada resiste a su furioso empuje;
Y cuando llega al lóbrego horizonte,
Siente su base de granito el monte
Conmovida por súbito temblor.

III

¡Este poder es pálido reflejo
Del poder que la muerte representa!
Y el terrible furor de la tormenta
Del furor de la muerte imagen es.
¡Ah, la muerte también desde el instante
De la caída original primera
Emprendió su fantástica carrera
De tiempos y naciones al través!

IV

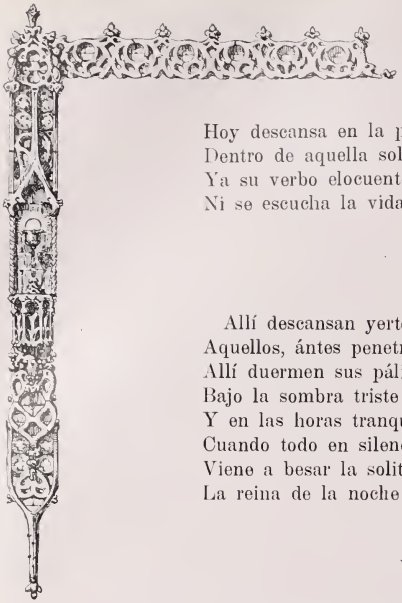
Y, pisando con planta vencedora
La cervíz agobiada de los siglos,
Hace avanzar los pálidos vestiglos
Que conducen su carro triunfador.
Y nada la resiste: todo cae
De su siniestra faz al ceño adusto:
Igual es ante ella lo vetusto
Y lo que ostenta juvenil vigor.

V

En el abismo que a su paso se abre
Sin excepción la humanidad sucumbe,
Y no se escapa del fatal derrumbe
Ni el encanto sin par de la niñéz.
Y en medio a la vorágine espantosa
Que los arrastra a su pesar envueltos,
Todos van a caer así revueltos
De la cima en la negra lobreguéz.

VI

¡Y también él cayó! Y era un gigante
De génio vasto y corazón profundo.
El éco de su voz oyólo el mundo,
Lleno el pecho de asombro, resonar.



Hoy descansa en la paz del cementerio:
Dentro de aquella solitaria tumba
Ya su verbo elocuente no retumba
Ni se escucha la vida palpitar.

VII

Allí descansan yertos para siempre
Aquellos, ántes penetrantes, ojos;
Allí duermen sus pálidos despojos
Bajo la sombra triste de una cruz.
Y en las horas tranquilas de la noche,
Cuando todo en silencio ya reposa,
Viene a besar la solitaria losa
La reina de la noche con su luz.

VIII

Sacude, ¡oh Patria mía!, tu cabeza
Adormecida por fatal beleño,
Y al despertar de tu tranquilo sueño
Cubra tu frente funeral crespón
Y, avanzando con paso tembloroso,
Cubiertas por el llanto tus mejillas,
Dobla junto a su losa tus rodillas
Y levanta hacia el cielo el corazón.

IX

Allí está él: es cierto que no viven
Ni se oyen rebullir ya sus cenizas;
Es cierto que no siente de las brisas
El soplo bienhechor sobre su téz.
Es verdad que esa frente, en otro tiempo
Albergue de la idea creadora,
Del mármol de Carrara tiene ahora
La siniestra frialdad, la palidéz.

X

Mas también es verdad que aquella losa
Dentro su seno lóbrego no encierra
Sino lo que naciendo de la tierra
Al seno de la tierra vuelve allí.
Alza en cambio tu frente al firmamento;
Mira esa estrella hermosa que titila
Con fulgurante luz: es su pupila
Que desde el cielo te contempla a tí!

EDUARDO ESCUDERO.

COPIA

de unos pocos autógrafos de eminentes personalidades españolas
y que, por suerte, tengo en mi poder

Autógrafo que se encuentra en un retrato de la serenísima Infanta Isabel de Borbón, regalado al Iltmo. señor Jara.

Para el Excmo. señor Dr. D. Ramón Angel Jara, Obispo de La Serena y Administrador Apostólico de la Diócesis de Ancud, en recuerdo de mi viaje a Buenos Aires y como prueba de agradecimiento y admiración hacia el eminente Prelado chileno, cuya fama de orador exímio es ya mundial, por su elocuentísimo e inolvidable discurso pronunciado en la Basílica de Luján, en la conmemoración del Centenario de la independencia argentina.

ISABEL DE BORBÓN.

Mayo, 29 de 1910.

Carta del eminente político español Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Maura.

El Presidente
del Consejo de Ministros

Madrid, 19 de Agosto de 1909.

Excmo. Señor Dr. D. Ramón Angel Jara, Obispo de San Carlos de Ancud.

Mi respetable Prelado e ilustre señor mío:

Mucho sentí, cuando hace pocas tardes tuvo V. E. la bondad de venir a esta su casa, en compañía del Iltmo. señor Obispo de Sión, no tener oportunidad de saludarle.

Las obligaciones de Gobierno, muy apremiantes estos días, quitan todo tiempo para el soláz de visitas tan gratas. Como recuerdo de ésta conservaré en mucha estima el libro que se sirvió dejarme, conteniendo la reseña de la peregrinación Hispano-Americana al Santo Pilar de Zaragoza. He repasado sus páginas y admirado en ellas, no ya la grandeza del acto realizado, ofrenda igualmente grata a nuestras devociones tradicionales y a nuestro amor nacional, sino la *elocuencia soberana* que animó la palabra de V. E., en cuantas ocasiones tuvo que llevar la voz y expresar los votos de la América creyente, así en Roma como en Zaragoza.

Es muy cordial la felicitación que le envío por esas páginas que perpetúan tan brillantemente su hermosa misión en tierra de España.

De V. E. muy afmo. atento S. S.

q. s. a. p. b.

A. MAURA.

Dedicatorias que se encuentran en libros regalados a Monseñor Jara por el gran político y distinguido escritor Excmo. Sr. Marqués de Valdeiglesias.

El ilustre Obispo de La Serena, Monseñor Ramón Angel Jara, insigne orador que posee la elocuéncia de un Fray Luis de Granada y la elevación y majestad de un Fray Luis de León.

En testimónio de respetuosa consideración y en recuerdo del patriótico discurso de Luján, que tan hondamente conmoviera todos los corazones españoles, y en el que el ilustre Obispo chileno culminó, cual águila de la oratoria, las más altas cimas de la elocuéncia.

MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS.

Madrid. 14 de Abril de 1914.

—Para que el ilustre Obispo y exímio orador, Monseñor Ramón Angel Jara, pueda leer este excelente libro en su viaje, se lo envía su admirador que, al oir en brillante peroración ese verbo de oro con que el esclarecido Prelado electrizaba a las multitudes, experimentó intensamente la belleza que, en cascadas de elocuéncia incomparable, brotaba de los labios del orador de fama mundial.

EL MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS.

ALGUNOS TELEGRAMAS

DE CONDOLENCIA

Santiago, 9 de Marzo de 1917.

Ilustrísimo Vicario, Obispado.

La Serena.

Profundamente consternado por irreparable pérdida ilustre y venerado Prelado, presento a V. S. y Cabildo Eclesiástico sentidas condolencias. Aplicaré Santo Sacrificio sufragio alma bendita.

Nuncio Apostólico.

Moneda, Santiago, 9 de Marzo de 1917.

Ilustrísimo Vicario, Obispado.

La Serena.

Lamentando profundamente fallecimiento Ilmo. señor Obispo Jara, sírvase presentar Honorable Cabildo Eclesiástico manifestaciones condolencias del Gobierno, por pérdida de tan esclarecido y virtuoso Prelado. Queda autorizado para hacer la sepultación en la Catedral.

Huidobro,
Ministro del Culto.

Santiago, Marzo 9.

Señor Vicario Obispo Solar.

La Serena.

Lamento del fondo del alma fallecimiento Iltmo. Obispo Monseñor Jara. Este es un gran duelo nacional que entristece a todo Chile, y que, de un modo especial, afecta a nuestra Iglesia. Una vez elegido el Vicario Capitular tenga la bondad de comunicármelo.

El Arzobispo de Santiago.

Condolencia del Excmo. Sr. Presidente de la República Argentina Dr. Hipólito Irigoyen.

Buenos Aires, Marzo 10 de 1917.

Señor Jaime Rosselló.

Palacio Episcopal, La Serena.

Me asocio duelo chileno-argentino por la irreparable pérdida que acaban de experimentar ustedes con el fallecimiento del ilustre Monseñor Jara, tan alta y dignamente apreciado en nuestra Patria. Dígnese aceptar la expresión de mi más profunda condolencia.

Irigoyen.

Contestación dirigida al Excmo. Sr. Presidente.

La Serena, 10 Marzo de 1917.

Excmo. Señor Doctor Irigoyen.

Buenos Aires.

En nombre Ilustrísimo Obispo Auxiliar, Cabildo y mío propio, agradezco sentida condolencia con que, interpretando nobles sentimientos Nación hermana, se asocia Vuestra Excelencia irreparable desgracia

que enluta a la Iglesia y a la Patria, con el fallecimiento de nuestro amadísimo Prelado, Monseñor Jara.

Formulo votos porque la gran República, que Vuestra Excelencia gobierna y a la que nuestro ilustre Obispo estaba ligado por estrechos vínculos de amistad y gratitud singulares, vea realizados los nobles y levantados ideales que Vuestra Excelencia anhela para el bien de esa República que los chilenos aman de todo corazón.

JAIME ROSSELLÓ.

Buenos Aires, Marzo 9 de 1917.

Señor Jaime Rosselló.

La Serena.

Desde mi lecho de enfermo recibo triste noticia fallecimiento mi ilustre amigo Monseñor Jara. Ruégole presente Venerable Cabildo e Ilustrísimo Obispo Auxiliar sentimiento de mi íntima condolencia por tan grande pérdida.

MARIANO ANTONIO,
Arzobispo de Buenos Aires.

La Plata (Argentina), Marzo 11 de 1917.

Venerable Cabildo.

La Serena.

Lleno de dolor por la muerte del amigo y digno Pastor, envío a Usted e Iltmo. Obispo Auxiliar mi más sentido pésame.

JUAN NEPOMUCENO,
Obispo de La Plata.

Concepción, Marzo 9.

Iltmo. señor Vicario.

La Serena.

Envío a Vuestra Señoría, Venerable Cabildo, Clero y católicos de esa Diócesis los sentimientos de mi más sincera y profunda condolencia por la muerte del gran Obispo, por quien lloran hoy la Iglesia y la Patria.

LUIS ENRIQUE,
Obispo de Concepción.

Valdivia, Marzo 9.

Monseñor Solar Vicuña.

La Serena.

Inesperado fallecimiento Iltmo. Monseñor Jara, de indelebles recuerdos entre nosotros, es una desgracia irreparable para la Iglesia chilena, y afecta de un modo especial al infrascripto para quien el inolvidable y querido extinto fué siempre Padre cariñoso. Ruego Vuestra Señoría Ilutrísima acepte mi condolencia más sentida y la trasmita también al Venerable Cabildo y Clero esa Diócesis. Próximo martes celebrarán-se aquí solemnes funerales.

Obispo Klinke.

Tucumán (Argentina), Marzo 9 de 1917.

Señor Presbítero Jaime Rosselló.

La Serena.

Comprendo el duelo de la Diócesis de La Serena; deploro el fallecimiento del ilustre Obispo y apreciado amigo.

Pablo,
Obispo de Tucumán.

Salta (Argentina), Marzo 10 de 1917.

Capítulo Catedral.

La Serena.

Nombre Diócesis presento a Usted sentido pésame irreparable pérdida eminente Obispo y notable amigo Monseñor Jara. Saludos.

José Gregorio,
Obispo de Salta.

Almendral, 9 de Marzo de 1917.

Iltmo. señor Obispo Solar Vicuña.

La Serena.

Con el más profundo dolor impúseme triste fallecimiento del venerable Hermano y dignísimo Obispo Monseñor Jara. Al enviarle mi sentida condolencia, formulo votos para que el cielo conceda a La Serena un digno sucesor de él.

Obispo, Silva Lezaeta.

Santiago, Marzo 9.

Iltmo. señor Solar Vicuña.

La Serena.

Ruégole aceptar mi más sentida condolencia por el fallecimiento del eminente y santo Prelado, que era gloria de la Iglesia y de la Patria y que fué para mí un Padre queridísimo.

RAFAEL EDWARDS,
Obispo y Vicario.

Santiago, Marzo 9 de 1917.

Señor D. Jaime Rosselló.

La Serena.

Al amigo querido presento mis más sentidas condolencias por fallecimiento inolvidable señor Obispo Jara. Asociándome duelo que aflige Iglesia, ruégole avisarme si funerales tendrían lugar después lunes próximo para poder asistir.

VAGNI,
Auditor Nunciatura Apostólica.

Buenos Aires, Marzo 9 de 1917.

Venerable Deán.

La Serena.

Cabildo Eclesiástico bonaerense con profunda pena se asocia duelo Iglesia serenense por la pérdida del ilustre Pastor Monseñor Jara, con honor contado en el número de sus miembros.

MARCOS ESCURIA,
Deán.

Buenos Aires, Marzo 11 de 1917.

Al Venerable Cabildo Eclesiástico del Obispado de La Serena.

En nombre del Círculo Militar y en el mío propio presento a ese Venerable Cabildo sentimientos de honda y sentida pena por fallecimiento del ilustre Obispo, Monseñor Ramón Angel Jara, figura de altísimo relieve de la Iglesia chilena y americana.

Este Círculo Militar conservará, como un recuerdo imperecedero en sus anales, el día en que el glorioso Prelado con su porte majestuoso y su palabra arrebatadora enteramente patriótica, nos pronunciara una de sus más elocuentes improvisaciones, ensalzando la fraternidad de armas de los Ejércitos argentino y chileno de la época heróica, y la inconmovible amistad de las Patrias chilena y argentina de hoy.

La República de Chile está de duelo con la pérdida de su hijo eminente y predilecto, y los argentinos, de quienes fué tan noble amigo el venerable muerto, la acompañan con la más franca simpatía en este momento de dolor.

General Riccheri.

Constitución, Marzo 10 de 1917.

Iltmo. señor Vicario D. Eduardo Solar Vicuña.

La Serena.

Sorprendido penosamente fatal noticia, ofrezco a Vuestra Señoría y distinguida Diócesis muy sentida condolencia por la desaparición de su dignísimo Obispo, que es gloria de Chile.

Obispo Gimpert.

Asunción (Paraguay), 16 de Marzo de 1917.

Reverendísimo Deán de la Catedral.

La Serena.

Sorprendido dolorosamente noticia telegráfica fallecimiento Monseñor Jara, apresúrome enviaros expresión sincera condolencia y seguridades que esta Diócesis llora como suya inmensa desgracia.

Bogarini,
Obispo.

Temuco, 10 de Marzo de 1917.

Señor Vicario.

La Serena.

Muerte Monseñor Jara estímola duelo nacional. Asóciome de corazón sentimiento Iglesia y Diócesis serenense.

Obispo Sepúlveda.

Paillacon, 9 de Marzo de 1917.

Señor Vicario.

La Serena.

De paso Santiago recibo triste noticia. He ordenado funerales Ancud. Sentido pésame.

Obispo Ancud.

Santiago, Marzo 9 de 1917.

Iltmo. señor Obispo Eduardo Solar Vicuña.

La Serena.

Acepte sentido pésame muerte Obispo Jara. Dígnese presentar Cabildo.

Miguel,
Obispo de Legion.

Iquique, 10 de Marzo de 1917.

Iltmo. Obispo Solar Vicuña.

La Serena.

Reciba Vuestra Señoría Ilustrísima muy sentido pésame por sensible pérdida que Iglesia y Patria experimentan muerte Monseñor Jara, la que he conocido por su atento telegrama al llegar del interior. Ruégole trasmitir Venerable Cabildo expresión condolencia. Cumpliré deberes fraternal caridad con ilustre difunto.

Obispo Caro.

San Juan (Argentina), Marzo 11 de 1917.

Venerable señor Deán de la Catedral.

La Serena.

Acompaño de corazón a esa ilustre Iglesia en la pérdida del gran Obispo y mi particular amigo Monseñor Angel Jara.

José Américo,
Obispo de Cuyo.

Santiago, Marzo 9.

Señor Presbítero Jaime Rosselló.

La Serena.

Usted comprenderá de cuanto dolor está llena mi alma. Yo lo amaba como al mejor y más querido de los Padres.

Obispo Edwards.

Chillán, Marzo 10 de 1917.

Cabildo Eclesiástico.

La Serena.

Me asocio al duelo de la Diócesis por fallecimiento del eminente Obispo y querido amigo.

Reinaldo Muñóz,
Obispo de Poglia.

Santiago, Marzo 10 de 1917.

Venerable Deán y Cabildo Eclesiástico.

La Serena.

Deán y Cabildo Eclesiástico de Santiago hondamente conmovidos desgracia aflige esa Diócesis, fallecimiento dignísimo Obispo, Ilustrísimo señor Jara, trasmiten sincera, fraternal condolencia Venerable Cabildo Eclesiástico La Serena, acompañándolo preces al cielo ilustre difunto, acertada elección Vicario y pronta feliz cesación viudéz Iglesia serenense.

Baldomero Grossi,
Deán.
Domingo Guzmán,
Secretario.

Viña del Mar, Marzo 10 de 1917.

Ilustrísimo señor Obispo Solar Vicuña.

La Serena.

En nombre Universidad Católica y mío propio envío por medio de V. S. I. el más sincero pésame a esa Diócesis por sensible fallecimiento ilustre Prelado.

Rücker,
Rector.

Santiago, Marzo 9 de 1917.

Monseñor Solar Vicuña, Obispado.

La Serena.

Seminario de Santiago asóciase profundo duelo Iglesia chilena.

Jilberto Fuenzalida.

Copiapó, Marzo 10 de 1917.

Iltmo. Sr. Obispo Dr. Eduardo Solar Vicuña.

La Serena.

Sentimiento general unánime ha causado dolorosa desaparición Ilustrísimo señor Jara de Iglesia en que militaba con tanto celo y brillo. Dios lo habrá recibido en su misericordia y justicia. La prensa, sin distinción política, enlútase y dedica sentidos elógios al grande Obispo e ilustre americano. Los que nos honramos con su suave amistad y seguimos aunque de lejos su camino, volvemos la vista a su Vicario y lloramos con él por Chile, por la Diócesis y por nosotros su incomparable pérdida.

Bruno Sergio Pizarro.

Santiago, 10 de Marzo de 1917.

Iltmo. señor Vicario General.

La Serena.

Como Cónsul de España y como particular lamento grandemente pérdida egrégio Obispo Monseñor Jara, tan amante y tan distinguido de España. Dígnese aceptar mi más sentida condolencia, sintiendo que obligaciones imprescindibles impídenme asistir funerales; telegrafío Presbítero D. Angel Fernández dígnese representar Consulado Español en solemnes exéquias.

Balanda,
Cónsul de España.

Concepción, Marzo 11 de 1917.

Señor Deán Olivares.

La Serena.

Deán y Cabildo Eclesiástico Concepción, acompañan Venerable Deán y Cabildo La Serena en dolor y oraciones por fallecimiento del incomparable Prelado.

Benigno Cruz,
Deán.

Buenos Aires, Marzo 11 de 1917.

Señor Jaime Rosselló.

La Serena.

Profundamente apenado asóciome con mis plegarias al duelo de esa ilustre Iglesia, por el fallecimiento del preclaro Obispo Monseñor Jara, cuya arrebatadora palabra resonó en días inolvidables en esta parroquia, ante un pueblo inmenso obligado por el lugar sagrado a contener sus aplausos.

Acompaño a usted en el gran dolor que lo afecta con fallecimiento su bondadoso Prelado.

Monseñor Rasore,
Rector de la Merced.

Santiago, 10 Marzo 1917.

Venerable Cabildo.

La Serena.

A nombre del Consejo Central de la Unión Católica y en el mío propio me apresuro a enviar al Venerable Cabildo Eclesiástico de La Serena la expresión del hondo pesar con que nos ha contristado el lamentable fallecimiento del insigne Obispo de esa Diócesis don Ramón Angel Jara, por tantos títulos ilustre y tan admirado como amado por cuantos tuvieron el honor de conocerlo y admirar las excepcionales prendas de su fecundo espíritu y de su nobilísimo corazón. Ruégole representarme en las exéquias.

Abdón Cifuentes.

San Carlos, Marzo 10 de 1917.

Señor Jaime Rosselló.

La Serena.

Vivamente impresionado y con el más profundo sentimiento manifiesto a usted nuestra sentida condolencia por fallecimiento del Ilustrísimo señor Obispo, al que amábamos de todo corazón. Nos unimos al duelo que enluta esa Diócesis y acompañamos a usted en el gran dolor que lo afecta por fallecimiento su amadísimo Prelado quien, como pudimos apreciar en nuestra casa, le tenía verdadero cariño de Padre.

Juan Francisco Rivas.

Santiago. Marzo 10 de 1917.

Señor Deán, Catedral.

La Serena.

Reciba de Intendencia Santiago sentida condolencia por sensible fallecimiento Iltmo. Obispo Ramón Angel Jara.

Urzúa,
Intendente.

Castro. Marzo 10 de 1917.

Señor Jaime Rosselló, Palacio Episcopal.

La Serena.

Nos asociamos de corazón al duelo de esa Iglesia.

Jorge y Manuel Larrain.

Copiapó, 9 de Marzo de 1917.

Señor Presbítero Gabriel Cortes, Cura Vicario.

La Serena.

Con la más profunda pena por fallecimiento Monseñor Jara, mi recordado amigo, ruego a usted se digne expresar mi pésame a las personas de la familia que están en esa. Inmediatamente que supe esta

desgracia nacional, hice izar a media asta la bandera de la Intendencia; pues considero que la irreparable desgracia, no sólo es para el clero, sino para todo el país. Que Dios tenga al ilustre amigo en el lugar que merece, son mis más sinceros deseos.

Juan S. Prado Puelma,
Intendente.

Santiago, Marzo 10 de 1917.

Señor Jaime Rosselló.

La Serena.

Profundamente afectado, acompáñolo en estos dolorosos momentos que enlutan la Iglesia serenense y tendrán su corazón oprimido por inmenso pesar.

Alfredo Marín.

Santiago, 16 de Marzo de 1917.

Cabildo Eclesiástico.

La Serena.

Ana Luisa García Moreno de Larrain y familia, manifiestan al Cabildo Eclesiástico de La Serena su sentida condolencia por irreparable pérdida del eminente Prelado y venerable amigo.

Santiago, Marzo 11 de 1917.

Señor Jaime Rosselló, Palacio Episcopal.

La Serena.

Muy de cerca afecta a usted la pérdida de Monseñor Jara que deja desolada esa Diócesis. Lo acompaña en su dolor quien tanto lo admiró y lo quiso.

Alfredo Cifuentes.

Santiago, Marzo 9 de 1917.

Señor Jaime Rosselló.

La Serena.

Inmenso pesar por fallecimiento Iltmo. señor Obispo. Mi más sentido pésame por duelo que enluta esa Diócesis y a usted afecta tan de cerca. Ruégole comunicarme detalles su fallecimiento.

Doctor Prado.

Arzobispado, Buenos Aires, Marzo 10 de 1917.

Presbítero Jaime Rosselló, Curia Eclesiástica.

La Serena.

Mi más sincera condolencia por la desaparición del ilustre Prelado Monseñor Jara.

Izaguirre.

Valparaiso, Marzo 12 de 1917.

Señor Aurelio del Río.

La Serena.

En nombre del Club conservador de Valparaiso nos asociamos al duelo que aflige a esa ciudad, con motivo sensible fallecimiento Ilustrísimo señor Jara.

Daniel Lyon,
Vicepresidente.

Obispado Tucumán (Argentina), Marzo 9 1917.

Señor Presbítero Jaime Rosselló.

La Serena.

Ruégole exprese al clero de esa Diócesis mi sentida condolencia por el fallecimiento del amadísimo Obispo y amigo.

César Padilla,
Secretario.

Curicó, 11 de Marzo de 1917.

Cabildo Eclesiástico.

La Serena.

Profundamente sorprendido impóngome inesperado fallecimiento Monseñor Jara; asóciome justo duelo esa Diócesis por pérdida tan benemérito Prelado.

Visitador Parroquial Diocesano.

Santiago, Marzo 9 de 1917.

Señor Jaime Rosselló.

La Serena.

Reciba nuestro sentido pésame por irreparable desgracia que enluta Iglesia serenense.

Rodolfo Errázuriz y señora.

Santiago, Marzo 9.

Señor Jaime Rosselló, Palacio Episcopal.

La Serena.

Profundamente conmovidos irreparable pérdida gran Obispo, gloria de Chile, amantísimo de la Compañía de Jesús, acompañámosle sentimiento. Le consagraremos Misas y oraciones.

Superior Jesuítas.

VARIAS NOTAS

DE CONDOLENCIA

Palacio Episcopal
Trujillo (Perú)

Trujillo (Perú), 14 de Marzo de 1917.

Señor Deán del Cabildo Eclesiástico de

La Serena.

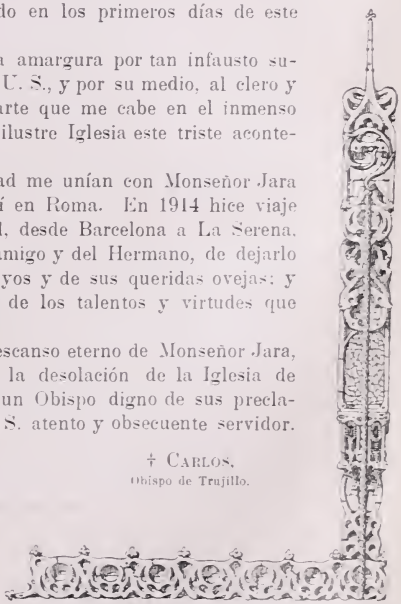
He tenido el sentimiento de saber, por noticia telegráfica comunicada a los diarios de Lima, el lamentable fallecimiento del Obispo de La Serena, doctor don Ramón Angel Jara, acaecido en los primeros días de este mes.

Llena mi alma de la más intensa amargura por tan infausto suceso, me apresuro a manifestarle a U. S., y por su medio, al clero y pueblo católico de La Serena, la parte que me cabe en el inmenso dolor que ha debido causar en esa ilustre Iglesia este triste acontecimiento.

Lazos de la más estrecha fraternidad me unían con Monseñor Jara desde el año 1899, en que lo conocí en Roma. En 1914 hice viaje con él en la más íntima cordialidad, desde Barcelona a La Serena, cumpliendo con el grato deber del amigo y del Hermano, de dejarlo en su Palacio, en el seno de los suyos y de sus queridas ovejas; y entonces pude darme cabal cuenta de los talentos y virtudes que adornaban al Prelado que lloramos.

Pido a Dios, juntamente con el descanso eterno de Monseñor Jara, que se digne abreviar el tiempo de la desolación de la Iglesia de La Serena, con el advenimiento de un Obispo digno de sus preclaros antecesores, y me suscribo de U. S. atento y obsecuente servidor.

† Carlos,
Obispo de Trujillo.



ACADEMIA CHILENA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL
ACADEMIA ESPAÑOLA

Domicilio: Biblioteca Nacional
Santiago de Chile

Impuesta la Academia Chilena del lamentable fallecimiento del Iltmo. señor Obispo doctor don Ramón Angel Jara, acordó por unanimidad, en junta de ayer, dirigirse a V. S. Iltma., manifestándole su más sentido pésame por tan inesperada desgracia.

Al trasmitir a V. S. Iltma. el acuerdo de esta Academia, me es grato reiterarle los sentimientos de mi más distinguida consideración.

M. Salas Lavaqui,
Secretario.

Santiago, 16 de Marzo de 1917.

Al Iltmo. señor Obispo doctor don Eduardo Solar Vicuña.

La Serena.

Santiago, 13 de Marzo de 1917.

Ilustrísimo Señor:

La Liga Patriótica Militar, inspirada siempre en su propósito de engrandecer y estimular cuanto pueda prestigiar a nuestra Patria, se considera de duelo por el fallecimiento del eminente doctor Iltmo. señor don Ramón Angel Jara.

Su noble actuación logró reputación no sólo americana, sino mundial, personificando al apóstol que fundió, en un sólo ideal, el amor a Cristo y a su Patria.

Su verbo tenía el don especial de hacer amar a Chile, aun allí donde se le juzgaba con recelo.

Fué un heraldo de la paz continental, sin olvidar jamás sus ideales, de ver a nuestra querida Patria grande y respetada por sus gloriosas tradiciones.

El Ejército y la Armada lo consideraron como a uno de los suyos, y por eso hoy inclinan sus banderas ante el que fué, antes que todo, gran misionero del prestígio nacional.

Reciba el Iltmo. y Honorabilísimo Cabildo de la Iglesia de La Serena el homenage respetuoso de los viejos tercios que forman en las filas del Círculo de Oficiales Retirados y Liga Patriótica Militar.

Dios guarde a S. S. Iltma.

V. M. Zegers R.
J. A. Ruiz Tagle M.,
Secretario.

Al Iltmo. y Honorabilísimo Cabildo de la Iglesia de La Serena.

La Serena, Marzo 12 de 1917.

La I. Municipalidad, en la sesión extraordinaria que celebró el 10 del presente, se impuso de la irreparable desgracia que hoy lamenta todo el país, con el inesperado fallecimiento del Iltmo. señor Obispo de la Diócesis, doctor don Ramón Angel Jara, acordando enviar a U. S. I. su más sentida condolencia.

Al transcribir a U. S. I. este acuerdo de la H. Corporación que represento, me congratulo en manifestarle que la I. Municipalidad estuvo hoy representada por varios de sus miembros, en las honras fúnebres que se celebraron en la Iglesia Catedral.

La ciudad entera de La Serena ha manifestado ya con su asistencia a las exéquias, el intenso pesar que la aflige, de suerte que al Alcalde infrascripto, sólo le resta, una vez más, hacerse eco de esos sentimientos de dolor y de profunda admiración hacia la memoria del gran Obispo y patriota, a quien tanto debe la Nación.

La existencia del señor Jara constituyó un ejemplo de civismo y abnegación por sus semejantes, por lo que es justo ahora señalarlo a las generaciones venideras, a fin de que el recuerdo de sus obras sea el mejor premio a sus afanes de virtuoso Prelado de esta Diócesis.

Con distinguida consideración saluda a U. S. I. su muy atento y S. S.

Remigio Araya T.
Alcalde.

Iltmo. señor Obispo de Selga y Vicario Capitular de la Diócesis de La Serena, doctor don Eduardo Solar Vicuña.

Presente.

«Círculo Español»

Santiago de Chile, 24 de Marzo de 1917.

Iltmo señor don Eduardo Solar Vicuña, Vicario Capitular del Obispado de La Serena, en Sede Vacante.

Ilustrísimo señor:

La colectividad española, a que representa el «Círculo Español» de Santiago de Chile, no puede menos que tomar parte en el duelo que aflige a esa Diócesis por la muerte del que fué su dignísimo Obispo, doctor don Ramón Angel Jara.

Este Prelado, que llevaba en su pecho una de las condecoraciones más altas de la Madre Patria, fué siempre un leal hijo y amigo de España, y dió durante toda su fecunda vida, pruebas del amor que le profesaba y de la solidaridad que lo vinculaba a su historia y a sus tradiciones.

Quiera, pues, recibir, Iltmo. señor, el más sentido pésame de este «Círculo Español» y de toda la colectividad española que representa en Santiago.

Con sentimientos de la más alta y distinguida consideración, me digo de S. S. Iltma. atento y respetuoso servidor.

José Noriega V.
Presidente del C. E de S. de Chile.

«Unión Nacional»
Secretaría General

Santiago, 2 de Abril de 1917.

Ilustrísimo señor:

Esta Secretaría General, interpretando fielmente los sentimientos de la unanimidad de los miembros del Consejo General de «La Unión Nacional», oído verbalmente a cada uno de ellos, por estar sin celebrar sesiones este Consejo, y no pudiendo aguardarse más el cumplimiento de un sagrado deber, como es la manifestación de la más sentida condolencia, del íntimo pesar con que «La Unión Nacional» ha visto desaparecer a su más grande bienhechor, el Iltmo. señor Obispo de La Serena doctor don Ramón Angel Jara, viene por la

presente en dejar constancia de estos sentimientos y presentar a la Iglesia serenense, por intermedio de V. S. Iltma., el pésame más sentido.

Dios guarde a V. S. Iltma.

F. Javier Labbé L.
Pro-Secretario del C. G.

Al Iltmo. señor Vicario Capitular doctor don Eduardo Solar Vicuña.

La Serena.

CENTRO CATÓLICO
DE EMPLEADOS
Ramón L. Falcón 2453

Buenos Aires, Marzo 19 de 1917.

Señor Vicario Capitular de La Serena.

Chile.

Ilustrísimo señor:

El Centro Católico de Empleados con Sede Social en la ciudad de Buenos Aires (R. A.), impresionado ante la irreparable pérdida sufrida por la Iglesia chilena, con el fallecimiento del ilustre Obispo de La Serena, Monseñor Ramón Angel Jara, se permite ofrecerle al señor Vicario Capitular sus condolencias ante el sensible vacío que el virtuoso sacerdote y eminente orador sagrado ha dejado en el clero de ese país hermano.

Saludan respetuosamente al señor Vicario Capitular y se suscriben sus Attos. y Ss. Ss.

E. Romero Brizuela,
Presidente.

Engo Granotich,
Secretario.

ALGUNAS PUBLICACIONES

de las hechas en el primer aniversario del fallecimiento
del Ilustrísimo Señor Jara

A la memoria del Iltmo. Señor Jara.

(De «La Familia» de La Serena, Marzo de 1918)

Como era de esperarlo, resultaron muy solemnes y concurridas las exéquias oficiadas el 9 del presente en la Iglesia Catedral por el alma del Iltmo señor doctor don Ramón Angel Jara. Pontificó en ellas el Iltmo. señor Obispo de Selga y Vicario Capitular del Obispado doctor don Eduardo Solar Vicuña, con asistencia del Venerable Cabildo Eclesiástico, clero secular y regular, Seminario, sociedades y cofradías piadosas.

También estuvo presente un grupo escogido de amigos del Iltmo. señor Jara, entre los cuales había Ministros de la Iltma. Corte de Apelaciones, miembros del foro, del comercio y de la industria y representantes de las más distinguidas familias de nuestra sociedad.

La música y el canto, que fueron espléndidos, estuvieron a cargo del Seminario. El ornato del templo, como igualmente el catafalco, coronado por las insignias pontificales, eran de gusto severo y elegante.

Sobre la tumba que guarda los restos venerados del gran Obispo serenense, manos amantes y piadosas habían derramado bellas y olorosas flores, símbolos del cariño de la tierra que tanto amó y de esas otras flores más bellas aun, de sus virtudes sacerdotales, con que decoró y perfumó el santo ministerio que el cielo le confiara.

Del Pbro. Sr. Dn. Jaime Rosselló

HOMENAGE ÍNTIMO

(De «El Chileno» de La Serena, Marzo 9 de 1918)

Fué de traición la noche aquella...
Sangraron los corazones, y las almas, en espasmo supremo de dolor, sintieron conmociones de cataclismo...
Un sol se apagaba...
Un gigante caía vencido...
Un corazón, inmenso como la caridad, sentía el hielo del sepulcro. La muerte triunfaba...

·—※—·

Ha transcurrido ya un año desde aquella noche negra en que la muerte, con intención siniestra, quiso besar la frente de aquel génio que, a los resplandores de la sabiduría, juntaba aquella otra aureola de la santidad, descansando así sobre sus sienes augustas una doble corona que proyectaba claridades de cielo.

Y realmente, al contacto de aquella fuerza extraña con que la muerte quiso arrancar la vida de un hombre extraordinario, palidecía, con serenidad desconcertante, aquel rostro que tantas veces contemplara animado por ese soplo de misterio que brilla en la frente de aquellos apóstoles que, iluminado su verbo con destellos de belleza eterna, asombran y extasían con los acentos de prodígio de aquel himno robusto y grandioso que toda su vida entonan a su Dios y a su Patria.

·—※—·

Envuelta en las tinieblas de la noche, cual racha de hielo que mata, penetró hasta el aposento del sabio y del santo esa muerte cruel, que robó a sus hijos el mejor de los Padres...

La ciudad episcopal sufrió extremecimientos, como si desmayara de dolor, y la noche sintió humedecerse sus pupilas con lágrimas de amargura...

¡Era que Monseñor Jara, el Obispo gigante, había muerto!...

¡Qué de misterios encierra la vida!... ¡Siempre las sombras queriendo triunfar de la luz!. .

·—※—·

Aunque es mejor ciertamente dejar, a veces, que el alma vierta sus lágrimas en el silencio y la soledad, no hay duda que a nadie extrañará el que, en este día de sombríos recuerdos y que es para mí una renovación intensa de desgarramientos de alma, sea yo el que consagre una palabra de gratitud y afecto al santo y sabio Obispo que, si fué bueno y grande para con todos, para mí fué grande y bueno sin limitación.

Mucho podría decir de lo que en el corazón del gran Obispo se encerraba. Los años que tuve la incomparable suerte de vivir a su lado, en medio de la intimidad que brinda una vida de hogar, me ofrecieron ocasión propícia para aquilatar los tesoros incalculables que enriquecían su alma.

Sinembargo, considerando que es de todos demasiado conocida la huella luminosa que señaló su trayectoria de triunfos y virtudes, no es mi intención recordar, ni siquiera en forma rápida, aquella vida cargada de méritos y que, con sobrado motivo, fué el asombro y admiración de dos mundos.

Es cierto que, tanto en los viages por Europa como en América, y en que me cupo la honra de acompañar a tan ilustre Prelado, pude formarme idea de la poderosa influéncia que su mentalidad robusta había ejercido en los hombres de ciencia y de poder. Donde arribaba Monseñor Jara, eran agitadas las palmas del triunfo y segados los laureles para coronarlo de gloria.

Pero, si mis pupilas se deslumbraron ante esa apoteósis de luz con que saludábase las jornadas brillantes del ilustre Obispo y eminente ciudadano, debo confesar sinceramente que no sé qué admirar más, si esos resplandores del genio, cuyas proyecciones abrazaban dos mundos, o aquella otra grandeza que no conocía otros testigos que las paredes de un solitario hogar, tan enorme era el caudal de

virtudes que, en el silencio y sin ostentación alguna, atesorara el gran Obispo; virtudes que hicieron de Monseñor Jara un santo.

Repito que no es mi intención recorrer las páginas brillantes que forman la vida de aquel hombre extraordinario que, más bien que doblado por los años, cayó al sepulcro al peso de un trabajo intenso y glorioso, sino dejar tan sólo el que mi alma destrozada vierta lágrimas de sangre...

·—※—·

Han pasado los días y los meses, y el recuerdo de aquella hora fatal en que, en un extremecimiento doloroso, se deshojaron las flores y lloraron las estrellas y sangraron los corazones, me tiene obsesionado...

¡Qué penas tan hondas y escondidas tiene reservadas la muerte!...

Mi alma vivía anegada en luz; y, junto con helarse en sus venas la sangre que daba vida al corazón gigante del santo y sabio Obispo, aquellas claridades, que tenían algo de cielo, trocáronse en sombras de muerte y de dolor.

Con cerrar los ojos a esta vida y volar a regiones de eterna luz, me señaló el gran Obispo — que era también mi Padre amantísimo — el primer paso de una ascensión de calvario.

Y por tanto, en las horas de soledad, mi alma, que ántes sentíase constantemente regalada con delectaciones de privilégio, llora lágrimas de sangre y sufre penas de agonía.

¡Qué solo me siento!...

Y por esto es que, llevando sobre mi corazón el peso de una fría losa de sepulcro, necesito correr tras horizontes de nueva vida, que ocasionen en mi alma desgarrada y que siente hielos de tumba, una floración de dulces consolaciones.

La nostálgia de patria y de hogar me hiere con fuerza de crueldad; y sólo el correr en busca del calor del corazón de aquella que es mi madre, podrá mitigar esas penas de soledad que me matan.

·—※—·

Frente a un Tabor alzóse el Calvario...

Y aquellos días de privilégio en que recreaba mi vida con la grandeza de alma de aquel santo Obispo, que tuvo para mí ternuras y cuidados de Padre amantísimo, tornáronse noches de tristeza que me están helando el corazón.

Por tanto, en este día de fatal desgracia y en que se cumple ya un año de orfandades para mi alma, he querido ántes de abandonar esta ciudad, cuya memoria me acompañará toda la vida, consagrar un sentido recuerdo de gratitud intensa al Obispo ilustre, que para mí lo fué todo y al que yo también amaba con todas las fuerzas de mi corazón.

Podrán el tiempo y la distancia alejarme de la tumba donde reposan las cenizas venerandas del Iltmo. señor Jara; pero las enseñanzas que con su ejemplo me diera y el profundo afecto y gratitud por las bondades y ternuras que, sin mérito alguno de mi parte, ámpliamente me prodigara, las llevaré siempre sobre mi corazón y, en los momentos de lucha y decaimiento, me serán apoyo robusto, camino de luz y delectación suprema.

Sí, mi amadísimo Obispo y Padre, dejad que un juramento de eterno afecto y de gratitud intensa vaya a turbar el reposo de vuestra tumba y, junto con las plegárias y las lágrimas, os deje también mi corazón.

J. ROSSELLÓ.

Marzo, 9 de 1918.

EL PRIMER ANIVERSARIO

(De «El Chileno» de La Serena, Marzo 9 de 1918)

Hace un año, junto con la Iglesia de Cristo, vistiéronse de fúnebres crespones la oratoria, la diplomácia y el patriotismo, y hoy, al recordar la desaparición del eminente orador, ilustre diplomático y patrióta Pastor, se renueva en el alma de los que le amamos, el duelo causado por su desaparición del mundo.

La memoria bendecida de Monseñor Jara, es de aquellas que se aquilatan con el transcurso del tiempo. Éste, acostumbrado a destruirlo todo, sepultando en el olvido las ruinas de cuanto encuentra a su paso, parece detenerse respetuosamente delante de aquellos que, habiendo sabido dominar las almas por el amor, viven y se perpetúan en ellas con el recuerdo de las virtudes que les adornaron.

Y Monseñor Jara supo ofrecer a la consideración de los demás, los frutos de su brillante espíritu, bajo una diversidad de aspectos y fases que lo hacían acreedor al respeto universal.

El sacerdote humilde para los sencillos, al lado del diplomático para los estadístas; el Pastor benévolo, al lado del rígido observante de la disciplina eclesiástica; el orador elocuentísimo para los literatos y, por fin, el patrióta sin tachas ni vacilaciones para los chilenos todos, no fueron sino algunos de los brillantes destellos de un espíritu superior, para quien es preciso otorgar la inmortalidad del mármol o del bronce.

¡Oh, su patriotísmo!

Donde quiera que se presentaba una ocasión, para demostrarlo con hechos que salían de los límites de toda vulgaridad, Monseñor Jara volaba allí y hacía resonar el nombre de Chile entre vítores y aplausos.

Y como quiera que éstos se extinguen con su propio eco, erigía monumentos como el del Carmelo, o dejaba en depósito sagrado el pabellón pátrio, como en Roma y el Pilar de Zaragoza.

¿Qué más que el haber arrancado en las orillas del Rimac, entusiastas vivas y hurras formidables a Chile?

Pues hay una nota, sino tan sonora, mil veces más significatíva, la que queremos recordar hoy.

Al hacer la presentación de los estandartes sudamericanos ante Su Santidad, en la gran fiesta «de las Banderas», al ofrecer la nuestra a las miradas del Sumo Pontífice, lo hizo en tales términos de ardoroso patriotísmo, que el Gefe Supremo de la Iglesia, sin poderse contener, lanzó un sonoro —¡Bravo!—que repercutió en las ámplias bóvedas del Vaticano.

Los que conocemos algo de la rigidéz de las ceremónias pontificias, podemos presumir cuan intenso sería el amor pátrio que vibraba en cada palabra del que fué nuestro venerado Pastor, y por él podemos imaginarnos también cuanto nos amaba.

Por eso perdurará su memoria, y cuando alcemos la vista hacia la bella colina del Santa Lucía, al mirar el monumento del Carmelo que nos legara, veremos surgir el recuerdo del Pastor que sabía darlo todo por su grey, al lado del chileno que, junto a su Dios, llevaba en el corazón la imagen adorada de la Patria.

O. M. A.

BÁCULO Y MITRA

(Homenage a Monseñor Jara, en el primer aniversario de su muerte)

(De «El Chileno» de La Serena, Marzo 9 de 1918)

El recuerdo del Iltmo. señor Ramón Angel Jara perdura al través del tiempo y la distancia. Ha quedado flotando, como una aureola alrededor de su esclarecido nombre, su bendita memoria. Memoria fresca, cariñosa y simpática, que el olvido no puede borrar del corazón de los hijos de esta católica ciudad.

El ilustre Prelado, mago de la elocuéncia mundial e hijo predilecto de las glorias de Chile, poseía en alto grado un alma espléndidamente bella y exquisitamente artística. Su personalidad era un génio; su virtud elevada y excelsa hasta lo ideal, y su patriotismo grande y sublime hasta lo infinito.

Al oirle sus brillantes improvisaciones, un soplo de grandeza y majestad dominaba su porte gentil y marcial. De sus labios fluía a torrentes el oro purísimo de su arrebatadora elocuéncia, y las multitudes, vencidas por la fuerza irresistible de sus mágicas palabras, le aclamaban delirantes de entusiasmo!

Monseñor Jara completó, con esplendoroso brillo, una de las existencias más gloriosas que pueda desear un orador, un hombre de iglesia y un intelectual investido de la púrpura, coronado por la mitra! Su vida fué una no interrumpida apoteósis de triunfos y de aplausos desbordantes; pues durante largos años llevó de un modo deslumbrante el cetro soberano de su elocuéncia avasalladora!

¡Cayó el titán abrazado a la cruz redentora; la seda tricolor del estandarte nacional cubre su sepulcro, al través de la bella luz de la gloria que envolvió la augusta ancianidad del más grande de los Obispos, no solamente de Chile, sino también de la América toda!

«Memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris».

IGNACIO CORTÉS MUÑOZ.

Pelicana. 9 de Marzo de 1918.

ÍNDICE

Páginas

Introduccion 9

Muerte y funerales 19

Oraciones Fúnebres 43

Algunos juicios de la prensa del país y del extrangero 87

Artículos necrológicos dedicados por altas personalidades argentinas y chilenas a la memoria del Iltmo. Monseñor Jara ... 143

Velada Funebre que el Círculo Católico de La Serena dedicó a la memoria del Iltmo. señor Obispo Dr. Ramón Angel Jara. 207

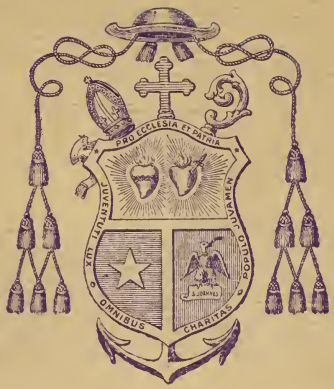
Velada Funebre que las Academias Literarias de «San Agustin» y «Santo Tomas» del Seminario de Santiago dedicaron a la venerada memoria del ilustre ex-académico Iltmo. y Rvdmo. señor Doctor Don Ramon Angel Jara 225

Copia de unos pocos autógrafos de eminentes personalidades españolas 241

Algunos telegramas de condolencia 247

Varias notas de condolencia 263

Algunas publicaciones de las hechas en el primer Aniversario del fallecimiento del Iltmo. señor Jara 271



16711TC 733
08-07-03 32180 MS

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01277 2424